Tiempo de beatas y alumbrados.





Tiempo de beatas y alumbrados.

Manuel de León de la Vega

Tiempo de beatas y alumbrados.

1 ROMA 1527

El doctor Francisco Delicado se dirigía ilusionado en una elegante carreta desde Sevilla hacia Venecia. Mucha gente le había hablado de la ciudad flotante llena de canales, de los fastuosos palacios sobre el agua, de las románticas góndolas, de aquellas ciento veinte islas unidas por cuatrocientos cincuenta y cinco puentes y de los amaneceres llenos de estrellas chispeantes sobre las aguas. Conocía el doctor el apogeo del poder veneciano venciendo a los turcos, estaba al tanto de su cultura refinada y de pintores de la talla de Tintoreto, Bellini, Tiziano o Veronés. El doctor sin embargo era un especialista en enfermedades venéreas y la idea de viajar solo tenía un objetivo: escribir y publicar en Venecia un libro sobre los lugares donde se reproducía la sífilis y descubrir la permanente

corrupción que había en Roma. Por eso, antes de llegar a Venecia, el primer lugar que visitaría sería la ciudad de las siete colinas, para comprobar con sus propios ojos que los prostíbulos visitados por el clero eran los más insanos y las aberraciones sexuales vaticanas las que peores consecuencias traían para la salud, como ya era sabido.

A la caída de la tarde, después de una semana de viaje, el carruaje del doctor llegaba a la hora de la fresca al puerto de Valencia a la par que otro lo hacía poco tiempo después. El aire marino saturado de minúsculas gotas de mar y el olor a algas era una terapia involuntaria para los hombres de tierra adentro que llegaban resecos del sol y de los vientos. El mar, desde tiempos remotos, siempre había sido balsámico y relajante, como también el lugar mitológico y de la épica donde Ulises recuperaba sus fuerzas.

Los viajeros del segundo carromato bajaron lentamente y también sintieron la suave brisa refrescándoles y reponiendo su

cansancio. No todos los días llegaban al puerto este tipo de carrozas trasportando a gente significativa, porque la mayoría de los trotamundos hacía su camino andando.

Uno de los arrieros, una vez despachadas las cuentas con sus viajeros, no tardó en volver de regreso. No lo haría así el otro mulero que puso las cebaderas a sus caballerías con el pienso y la paja y se dispuso a pasar la noche en las afueras de Valencia para no ser molestado. Estaba excesivamente cansado.

El doctor parecía haber llegado sin problemas con los bandoleros y contento con su tiro de mulas, sin embargo, en el otro carruaje parecían molestos y cansados de sus peripecias en los caminos de herradura llenos de polvo y de piedras. De este carromato bajaron dos frailes que acompañaban a una beata joven con hábito de franciscana terciaria. Eran fray Juan Olmillos y fray Santander que acompañaban a la santa beata Francisca Hernández que en este

tiempo vivía en Valladolid. Por el cuidado con que trataban a esta beata los dos frailes, parecía ser una persona de mucha estima. Le ayudaron a bajar sujetándole los brazos y le pusieron un pequeño descanso como escalera para que descendiese sin lastimarse.

— Hoy tengo verdaderas ganas de descansar. No me gusta viajar por el resto de España porque los caminos son todos malos. Solo por Castilla se anda bien, -confesaba la beata-.

— ¡Buenos o malos caminos!, el caso es que todas las calzadas están atestadas de gente de un lado para otro, - añadió fray Santander al que no se le escapaba una sola palabra de la beata revelandera-.

— A quienes debe gustar viajar es a los pastores trashumantes que, con sus rebaños de un lado para otro, ven multiplicarse sus ganados- señaló Francisca con cierto tono irónico, pero también de fastidio por sentir sus huesos doloridos por el traqueteo del camino. Solo le contentaba el que hubiese acabado la jornada-.

—Más descansados estaremos cuando estemos en Roma y cumplamos con nuestro cometido, - dijo Fray Santander sin saber que el doctor Delicado le estaba escuchando-.

— ¿Acaso vuestras mercedes se dirigen a Roma?, preguntó el doctor, con cierto apuro por su atrevimiento, pero intuyendo algunos rasgos judíos que los hermanaban-.

Fray Juan Olmillos no tuvo inconveniente en explicar que iban a coger una vieja galera con poca carga que les llevaría pronto a Roma, pero no sabía más del tema. El viaje estaba pagado por la Orden franciscana y solo tenían que llegar a puerto y subir a cubierta.

—Parece que la Providencia nos ha reunido para ir al mismo lugar y en el mismo trasporte -dijo Delicado, presentándose como doctor que se ponía a su servicio.

— Muy agradecidos estaremos de tener a vuestra merced cuando vengan los mareos. Dicen que el Mediterráneo es un mar tranquilo, pero que cuando se trastorna es de temer, -dijo fray Santander, siempre muy temeroso de las tormentas-.

—No se olvide tampoco vuestra merced- advirtió, cauteloso, Delicado- de los piratas berberiscos, porque estos son capaces de llevarnos cautivos a Argel. Tenemos suerte de que *"La Luz"* es una galera de guerra y nos sentimos privilegiados de la protección que nos ofrecen otras embarcaciones a lo largo del trayecto.

— ¿Dice vuestra merced que se llama "La Luz" la galera que está en la bocana y que saldrá mañana? - preguntó fray Santander como si algo le hubiese iluminado-.

—Ciertamente, así se llama nuestra galera: La Luz.

El doctor añadió otras explicaciones más exhaustivas que las dadas por Olmillos haciéndole comprender que era una galera de

guerra y no de carga, pero que admitía (en secreto) a gente como ellos que pudiesen pagar un poco más. Mientras los soldados vigilaban el Mediterráneo, sacaban algunos maravedíes extra para sus gastos y los de su casa transportando gente de confianza. También podían comprar mejor comida para los galeotes que en caso de peligro los defenderían de los piratas. Fray Santander solo vio señales del cielo como presagios reveladores de buen éxito.

—Siempre hemos creído que la santa beata Francisca es "La luz para reformar a los espíritus" y la galera se llama "La luz". Todo apunta a una consumación escatológica del final de los tiempos. Ya hemos visto como Carlos V acaba de deponer de su reino a Francisco I rey de Francia. Después será la caída Roma y el inicio del Papa reformador, que no será otro sino yo mismo en el nombre de Dios, -terminó de explicar su visión fray Santander-.

El doctor no entendía nada de aquel lenguaje mesiánico-apocalíptico-reformador en boca de estas tres enigmáticas personas. Los dos frailes parecían un pozo de misterios y entendía que un mundo de inspiraciones e iluminaciones se abría cada vez que miraban al cielo. La persona más natural de los tres, en su porte y prudencia, parecía ser Francisca. Ella era el personaje más sorprendente como mujer que viajaba con dos hombres y parecía ser el centro de todas las miradas. Sin embargo, su belleza de mujer joven no resultaba excesiva ni extraña en ninguno de sus gestos. Se había limpiado el sudor y el polvo del camino y se había dado unos toques de jazmín en las mejillas y en el cuello.

Parecía una mujer delicadamente exuberante, reconocía para sus adentros el doctor Delicado.

— Ella podría ser un personaje de la novela que llevo por un tiempo dando vueltas en mi cabeza. Quizás ella pudiera ser el

personaje central, aunque lo ambiente en Andalucía. Se podría titular *La lozana andaluza* o retrato de la lozana andaluza –se decía el doctor-.

Todo esto pasó por un instante en la imaginación del doctor Francisco Delicado, cuando Francisca se acercó a él, esbelta, lozana, delicada y sensual, para presentarse y preguntarle dónde pasaría la noche. En momentos como este, Francisca no parecía una beata, porque su belleza y lubricidad de gestos provocaban enseguida un magnetismo y fascinación que atraía a las personas más indiferentes.

—He visto un mesón con buen aspecto, cerca de la casa de pescado cecial. No sé si los olores a pescado nos dejarán dormir, pero estando tan cansado del viaje, creo que yo sería capaz de dormir en la punta de un alfiler.

Francisca sonrió tibiamente, mientras se fijaba en el aspecto bien cuidado del doctor. El pelo negro y el rostro moreno bien afeitado, el

pantalón ceñido y corto a la rodilla, sin pliegues ni arrugas. La nariz aguileña y el lóbulo de la oreja abultado. Una camisa oscura de manga larga que parecía de seda, con una casaca verde y botones adelante, sin mangas, cinchada a la cintura. Un sombrero adornado con plumas y unos zapatos de punta roma. A Francisca le hubiese gustado tener un hombre así de gallardo. Sin embargo, la vida la había llevado por otros derroteros. Ahora quería reformar la iglesia al lado de estos dos creadores y visionarios de la reforma apocalíptica que como otros muchos conversos soñaban nuevos tiempos. Durante el camino, estos dos frailes franciscanos le habían puesto la cabeza trastornada con tantos acontecimientos del fin de los tiempos y le seguían martilleando.

—La Reforma de la iglesia es inminente, pero vendrá unida a una conquista militar y política. Son ideas bien claras, enraizadas en el antiguo judaísmo español y que han llegado a nosotros con ese espíritu mesiánico. – decía como la cosa más natural fray Santander.

—Sin duda que son tiempos preñados de señales de los últimos tiempos, a punto de inaugurar una nueva era. Por eso urge propagar el mensaje, la palabra profética, la visión apocalíptica, -exponía Olmillos consciente de que otros querían hacer una reforma más lenta y profunda, más fundada en la Biblia-.

—Aunque Alcaraz e Isabel de la Cruz crean que somos un peligro, unos entusiastas engañosos, y nos acusen a la Inquisición, esta no los creerá, -afirmó Fray Santander con rotundidad, como si hubiese olvidado la manera de actuar de la Inquisición-.

—No debes olvidarte que la joven Isabel de la Cruz se ha hecho maestra y predicadora laica en Guadalajara, cuando en España hay decenas de miles de clérigos, religiosos y teólogos. Pero además como mujer, ha sido capaz de organizar reuniones de pobres y aristócratas y sus ideas penetran en los conventos franciscanos, los conventículos de Pastrana y hasta el castillo de Escalona.

Olmillos se sentía rebajado por el éxito de esta mujer que se había adelantado a Lutero en la percepción del amor de Dios en cuyo abandono o dejamiento los hombres se sentían salvos.

—Una simple bordadora no puede tener tanto poder espiritual, -manifestó despectivo fray Santander-.

El fraile Olmillos lo cogió por el hombro y esperó una respuesta que le convenciera.

— ¿Por qué estás tan seguro de que no pasaremos nuestros días encarcelados o quemados?

—Todos saben que muchos de los inquisidores creen, como nosotros, que el tiempo final se acerca, espantados como están con Lutero, -añadió Santander convencido de que las ideas de una reforma político religiosa iba a cambiar la faz de la tierra-.

Alcaraz, el predicador laico de Guadalajara, efectivamente les había acusado, nada menos que ante la Inquisición, para que

interviniera en este caso de evidente exhibicionismo religioso. Había propuesto que fray Andrés, provincial de los franciscanos, tomara radicales medidas ante lo que parecía una drástica y revolucionaria reforma eclesiástica. Lo que Ocaña, Olmillos y Santander proponían era una reforma donde la cabeza de la iglesia, el papado, tenía que desaparecer para tomar posesión un Papa reformador. Se llevaría a cabo, no mediante persuasión espiritual, sino por un acto de conquista militar de Roma, con la invasión del Vaticano y la destitución del Papa. Ya lo había anunciado fray Santander en un incendiario sermón en Escalona.

—La iglesia está a punto de sufrir una reforma, -clamaba amenazante fray Santander-. Prepárense ahora los que están en el poder porque vienen días en que habrá lamentos y rechinar de dientes manifiesto. Tiemblen los engañadores, porque el tiempo se ha cumplido. Tiemblen los usurpadores y los que están en autoridad porque serán echados como puercos. Como dice en Lucas 18:31 el

tiempo se ha cumplido y la reforma de la iglesia está a las puertas. ¡Oh hermanos amados! El fin del mundo toca a su fin y es inminente la venida del Mesías en su segunda venida para antes de doce años.

Resultaba chocante el atrevimiento con que estos dos frailes y la beata revelandera, Francisca Hernández, proclamaban la reforma de la Iglesia, pero mucho más atrevido e irreal el querer quitar el sibilino poder del Vaticano por el simple hecho de que ellos así lo desearan y lo indicaran. ¿Eran tan inocentes y cortos de miras o solo recogían las inquietudes que se respiraban en los ambientes castellanos? ¿Quién les pudo aconsejar y pagar su pasaje hasta Roma para que destituyeran al Papa con solo decirle "vete que me pongo yo"? ¿Nadie les indicó que serían maltratados y no saldrían con vida ante tal propuesta? ¿No sabían que en aquellos ambientes vaticanos la traición, el engaño y el asesinato eran la moneda de cambio entre los ambiciosos? ¿Cuántos días les dejarían vivir?

A estos cuatro aventureros que embarcaron en *La Luz* la navegación por el Mediterráneo trajo buenas oportunidades para la conversación y la tranquilidad. Durante el día todos viajaban en cubierta y por la noche los soldados habían habilitado tres pequeñas tiendas de campaña para descansar. Pasaron las largas horas en conversaciones de todo tipo, llenándose todos de brisa de mar, del arrullo de las olas y del graznido de las gaviotas.

— ¡Que fastidio de gaviotas! - murmuró malhumorada Francisca, sin que se le notase en exceso su disgusto-.

—Eso es que estamos llegando a la costa, -dijo el doctor Delicado mientras le indicaba con la mano los primeros arrecifes de la costa-

Francisca entonces se asomó a babor, fijándose en los perfiles de la costa en lontananza.

— ¿Ha visto, doctor, los barcos de pesca que parecen diminutas hormigas? - indicó Francisca como si hubiese hecho un gran descubrimiento-

—Sí, son los pescadores de Fiumicino, -respondió el doctor complaciente-.

Fiumicino se asomaba por la proa mientras la suave bruma dejaba ver el verde de las colinas de Roma. Fiumicino era un gran pueblo pesquero en la costa del mar Tirreno y los pescadores recogían sus redes al amanecer para vender en puerto lo pescado en la noche.

Los cuatro viajeros habían llegado a Roma casi sin novedad. El doctor solo tuvo que intervenir el primer día, pero les dio un poco de zumo de jengibre y cesaron los mareos. A veces los carros mareaban tanto como el mar, pero en tierra tenías la opción de bajarte y un rato caminando aliviaba el estómago. Los frailes y Francisca no habían

sido malos pacientes. Parecían estar acostumbrados a la mar, aunque fuesen de tierra adentro.

Dos días después los frailes y la beata revelandera estaban caminando por las calles de Roma. Se habían despedido del doctor Delicado y Francisca le había dado un beso.

—Gracias buen doctor por su ayuda. Si no hubiese sido por mi vocación y por estos hábitos, me hubiese gustado tener un hombre con las cualidades que vuestra merced tiene, - se atrevió a decir Francisca, lo que ruborizó al doctor que no se lo esperaba-.

—Yo también llevo un buen recuerdo de vuestra merced. En el libro que estoy escribiendo será la protagonista porque nadie tiene el perfil de ese personaje como usted. Su rostro ilumina todo, su carácter serena el entorno, su figura transforma el mundo de los hombres en personas nuevas, pero es su sabiduría de la vida la que encanta cualquier plática.

El doctor también besó su mano y se despidió de los frailes, mientras se dirigió a la Roma pontificia. Las conversaciones con Francisca le habían dejado confundido y desorientado respecto a la atractiva beata con aquellos ojos demasiado alegres para ser beata, como había dicho el papa Adriano de Utrecht cuando la conoció siendo cardenal. Sin embargo, el doctor Delicado, haciendo honor a su nombre, no consideró el aspecto moral de Francisca que, aparte de matices religiosos, se movía como una pícara prostituta. Francisca no parecía moverse por sentimientos, sino por instintos. El cosmos de Francisca parecía estar más allá del bien y del mal, pero a la vez aparecía siempre un sentimiento de benevolencia y sonrisas complacientes que a casi nadie hería su sensibilidad. Podías estar cerca de Francisca, metido en su mundo y no sentir repugnancia en el inmenso burdel de sus devotos. Francisca era sin duda su *Lozana andaluza*.

Los días siguientes en Roma, todo fueron rumores sobre las tropas de Carlos V que, decían, venían de camino. Las seis mil prostitutas que había en Roma salían en bandadas como si los soldados estuviesen cerca. Nadie sospechaba que se atreviesen a entrar en el Vaticano y saquearan la ciudad. Solo fray Santander profetizaba tiempos de destrucción y muerte y soñaba con ser el nuevo Pontífice reformador.

—Este es el fin. Este es el castigo del cielo y de la tierra, porque la corrupción ha llegado hasta el mismo Papa. Que no vengan más prostitutas a Roma, porque su caída está cerca... Llegan los soldados que serán guiados por Dios siendo Él la lumbre de la noche y la sombra del día para castigar los habitantes romanos y probar a sus siervos que serán escarmentados por su vicioso vivir… Que salgan todas las concubinas de las casas del clero y del papado, porque vienen días de dolor y de muerte… Que nadie más maldiga a los españoles, porque ellos serán su liberación. Que el Papa se esconda

en el Castillo de Sant Angelo si quiere salvar su vida. Allí será su destitución y la llegada del Papa Reformador… ¡Todas las profecías de Apocalipsis 17:14-16 serán cumplidas literalmente!

Las predicciones y profecías de fray Santander, más que adivinaciones del futuro, eran los comentarios secretos habituales en las calles de Roma. Cuando realmente llegaron los cuarenta y cinco mil soldados de las tropas imperiales, hombres llenos de furia contra Clemente VII al que culpaban de sus sufrimientos y miserias, Roma gritó de muerte y de espanto. Los soldados llenos de hambre, a los que se les dio Roma para compensar con el saqueo las pagas atrasadas y siempre pendientes, hicieron bien su oficio de sanguinarios chacales. El brutal saqueo, el pillaje y las violaciones eran la manera de mostrar el odio hacia un papado conspirador y guerrero.

Aquella mañana de mayo de 1527, Clemente VII salió a dar su lánguida bendición a los fieles que llevaban horas esperando en la plaza de San Pedro. Apiñados como ganado, chorreando sudores por la humedad del Tiber, las gentes crédulas cantaban y clamaban al paso del Papa, hasta que uno de los consejeros, Francesco, le detuvo en seco.

—Su santidad, algo grave sucede porque llegan rumores de agitación. Dicen que se oyen alaridos, juramentos, improperios y la guardia suiza se vuelve corriendo. Vuélvase enseguida a palacio y desde allí podremos ver mejor lo que pasa.

El papa sospechó enseguida lo que sobrevenía, pero no esperaba que los soldados se atreviesen a llegar hasta la plaza de san Pedro y menos aún a su residencia. Quedó más tranquilo al escuchar de nuevo a su almidonado consejero que acababa de recibir las últimas noticias.

—El que está anunciando estas cosas y aparece colgado de la estatua de San Pablo es Bartolomeo Brandano.

– ¿Quiénes son los sus seguidores? –preguntó preocupado el Papa-.

–Los que le aplauden son dos frailes españoles y una beata muy conocida en España, Francisca Hernández, que proclaman la llegada del fin del papado. Brandano se tiene por profeta notorio. Es un ermitaño de Siena que anuncia a toda voz la inminente caída de Roma. Es un visionario de tantos, por lo que parece no hemos de preocuparnos, -determinó el consejero suspirando de alivio-.

El ermitaño ciertamente tenía un aspecto sobrecogedor colgado de aquella estatua, desnudo, flaco y con una larga cabellera roja cubriéndole los ojos y parte de la cara. El ruido de multitudes despavoridas indicaba, sin embargo, que el tedio atroz de los ejércitos del emperador español Carlos V ahora despertaba y venían

a saciar su hambruna en las abundantes despensas vaticanas. Poco importaban los presagios y vaticinios de fray Santander, Francisca o Brandano, porque la tormenta de sangre que se estaba desatando en Roma nadie sabía ni podría explicar las consecuencias del pandemonio horrible de sus truenos sinaíticos.

El consejero papal farfulló entrecortado, a media voz y mirando al cielo, mientras veía a las multitudes entrar en la plaza con la amenaza de la muerte.

—El horror es tan absurdo como el amor. ¡Pobre de quien intente comprenderlos! ¡Pobre Roma y abandonado Vaticano que nunca más serán lo mismo después de esta pesadilla!

El Papa preguntó enseguida a Francesco qué pretendía decir.

— ¿Qué está pasando Francesco?

—Nos han informado que los mercenarios españoles, efectivamente, han entrado en Roma en dirección al Vaticano. Los

padres han comenzado a degollar a sus mujeres y sus hijas para salvarlas del deshonor. Nuestras prostitutas no han podido saciar la pasión soldadesca ni su sed de venganza y vienen a reclamar su paga con el botín del Vaticano.

—Pero eso es horrible, es una doble masacre indigna de Carlos V, -gritó rabioso el Papa-.

—Eso no es lo peor. Anuncian que van convertir la basílica de San Pedro en establo para los caballos del emperador.

Los gritos, acabaron siendo un solo grito descarnado y ensordecedor cuando los Tercios españoles y alemanes entraron en la plaza vaticana. Decían que habían sido los Lansquenetes luteranos los que habían abierto las tumbas de la cripta, los que durante días por las calles del Trastevere dieron patadas a las calaveras que decían ser de San Pedro y San Pablo. En las mentes de estos soldados el Papa no era más que el Anticristo, un sistema de poder

religioso que iba contra las doctrinas de Cristo. De aquella noche el Papa solo recordó los gritos, lamentos desgarrados de desesperación y pavor. No tuvo que hacer ningún esfuerzo para ver el jinete pálido que en Apocalipsis venía montado y espoleado por la Muerte y tras de sí el infierno con potestad de matar hasta la cuarta parte de la tierra. En los días siguientes el olor a cadáveres recorrería la ciudad corroborando la desdicha. Piernas, brazos, torsos a medio sepultar apestarían las calles y las impregnarían de hediondez y corrupción durante meses. Los tres días del saqueo, del furor de hierro de los mercenarios que superaron en brutalidad a los bárbaros del medievo, señalaban que el mundo ya no sería igual después de este instante de la incursión genocida. Eran los horrores que anticipaban el parto de la modernidad.

El Papa llamó al escultor Cellini y un grupo de jóvenes para que le relatasen lo que habían visto por las calles.

—Algo terrible y macabro, su santidad.

—Sí, eso lo hemos visto todos. Pero ¿cómo lo habéis visto vosotros?, –preguntó el Papa a Cellini de nuevo-.

—Nosotros llegamos a los pies de los muros del Borgo, detrás del Vaticano, y ya entonces encontramos que corría la sangre en medio de un estruendo de tiros, humo y niebla. Allí, entre los invasores, un hombre sobresalía entre todos, majestuoso y triunfante. Era el Duque de Borbón.

—Decidme de una vez qué pasó, -dijo impaciente el Papa que veía dibujada la sorpresa y la confusión en el rostro del escultor-.

—Propuse a los compañeros disparar los arcabuces al mismo tiempo contra la masa humana y disparamos y nos escondimos.

— ¿Quién murió? ¿A quién matasteis? –gritó el Papa

—Cuando nos asomamos de nuevo, entre los soldados vimos que yacía de muerte el Borbón.

—Entonces matasteis al Borbón.

El astuto Papa comprendió entonces mejor la situación y vio el motivo por el cual deberían de huir. Aun así, quiso que Cellini diese su opinión.

— ¿Qué ocurrió después?

—Los soldados pasmados de horror, con la mirada encabritada y enajenada hacia nosotros, nos dieron miedo y huimos. Queremos advertirle que debemos irnos todos al santuario del Castillo de Sant Angelo.

Cellini no sabía lo que había provocado, pero estaba seguro que debía correr. Eso mismo pensó el Papa que ya tenía el propósito y el modo de salir de aquella masacre.

—De acuerdo, propondré el marcharnos de inmediato, - dijo el pávido y aterrorizado Papa-.

En el Castillo de Sant Angelo, el Papa ordenó fundir las alhajas del tesoro vaticano con las que sobornaría a los conquistadores de Roma. Durante el mes que duró la toma completa de Roma, Cellini los pasó fundiendo el oro y la plata que pagarían las soldadas de los Tercios del emperador.

Francisca Hernández y los dos frailes apocalípticos habían tenido la suerte de salir vivos antes de que las tropas entrasen en la plaza de San Pedro. Abucheados y golpeados por los fieles del Papa, habían emprendido el camino, un tiempo antes, a la casa donde se hospedaban. Pertenecía al mecenas e intelectual Mariano Lenzi que también hospedaba al agonizante anciano escritor sefardita Judá Abrabanel, al que llamaban León Hebreo. Al genial médico y filósofo le gustaba hablar y escribir en castellano y como la gente

había huido de la ciudad hacia el Sur, Lenzi sentía alivio y tranquilidad al tener esta compañía de españoles que podía comunicarse mejor con León Hebreo. No se sabe mucho del recorrido religioso del judío León, pero parece que mientras Roma caía, en su penúltimo día de vida, acepto a Jesús como el Cristo. Los frailes y Francisca volvieron a ver las señales del cielo para los tiempos últimos y en la muerte del judío, (ese guantazo furtivo de Dios para quienes no le esperan), vieron el mejor modo de descansar y no querer ver la orgía de terror que corrió durante los tres días más largos de la historia de la ciudad.

Sin embargo, el regreso a la noble casa de Lenzi de estos tres religiosos, supuso recorrer toda la miseria humana en parcelas de horror, desesperación o locura. Algunos soldados, sabedores de la victoria, habían comenzado a violar a las mujeres en las mismas casas saliéndose de la disciplina militar al ver muerto al Borbón.

—Están desenfrenados e indignados y no tienen piedad de nadie.

Francisca decía esto al ver matar a una madre que escondía a su joven hija que no pasaba de ser casi una niña.

—Escondámonos en los soportales porque vienen matando con golpes de espada y arcabuces a cuantos puedan alcanzar – dijo Olmillos desencajado y tembloroso-.

En uno de los portales agonizaba un señor de mediana edad con el cuello medio cortado que apretaba, ya sin fuerzas, con la pretensión de no desangrarse.

— ¡Pieta per favore!¡Pieta! - murmuró sin aliento y sin voz-.

No pronunció más palabras porque su rostro desencajado se dejó caer y dejó al descubierto la mortal herida. El trabajo del jinete de la Muerte había sido diligente y no había cometido ningún error. Los frailes y la beata revelandera le dieron la bendición con la señal de la cruz y procuraron salir pronto de allí por el tufo a sangre y vísceras.

—Aunque seamos españoles debemos tener cuidado con nuestros soldados y con los italianos, -apuntó con palabras entrecortadas el asustado Olmillos-.

—Hoy la ira del cielo puede matar con sus rayos vengadores a cualquiera, pero preservará al llamado a ser el nuevo Papa reformador –comentó al momento Santander, siempre lleno de confianza mesiánica-.

—Al que llevan vestido de mozo de cuerda, ¿no es el cardenal Caetano?, -preguntó para asegurarse Francisca-.

Los soldados habían sacado del palacio al cardenal Caetano y ahora lo bajaban a puntapiés y bofetadas por las calles.

—Aquellos que siguen un funeral vestidos con los ornamentos litúrgicos son soldados alemanes y el cardenal, que no quiere hacer de muerto, debe ser Numalto- aseguró con precisión Francisca habituada a reconocer personas y no olvidarse de ninguna cara-.

Por el accidentado camino a casa vieron también cómo los eclesiásticos fueron sometidos a las más ultrajantes mascaradas. Se fueron enterando que el cardenal Ponzetta, partidario del emperador, también fue robado y escarnecido. Las religiosas corrieron la misma suerte de muchísimas otras mujeres e incluso niñas de diez años que perecieron en manos de la soldadesca lasciva. Muchos sacerdotes, vestidos con ropas de mujer, fueron paseados y golpeados por toda la ciudad. Otros jugaban a los dados sobre los altares o se emborrachaban en unión de las prostitutas de la ciudad. Por primera vez Francisca dejó caer una lágrima de rabia y consternación y gimió llena de dolor como Cristo camino del calvario.

—¡Roma, Roma!, no digas que no fuiste advertida. Si tus palacios fueron saqueados, si la nobleza y los eclesiásticos fueron escarnecidos, si han sido saqueadas las tumbas de tus hijos, si tus mujeres han sido violadas, si las reliquias han sido esparcidas por las calles como estiércol, todo ha sido culpa del Papa guerrero y

vengativo. Pero lo peor de todo es que Dios ha sido ofendido y el Anticristo entronizado en la imagen del Papa.

Con el Papa escondido y destituido, y con Roma, la ciudad más bella y corrupta, saqueada y llena de pestilencia, Francisca y los frailes habían visto cumplir los sueños de ver la caída del poder Vaticano. Sin embargo ¿se había cumplido su propósito? ¿Quién en aquellas circunstancias de destrucción y muerte se atrevería a proclamarse Papa reformador? Desde luego fray Santander no tenía temple ni carácter para serlo, pues estaba muerto de miedo. Menos aún Francisca que siempre estaba en todos los lugares, pero en ninguno adquiría compromiso. Después de todo ¿quién les había metido en el torbellino de aquella visión reformadora, sin darles una escapatoria para salvar la vida?

Una vez que los Tercios habían vuelto a sus lugares de destino, nada les impedía volver a Valladolid. Así lo hicieron y sin demora

llegaron a la capital que esperaba el nacimiento del futuro Felipe II. Sin embargo, la llegada de Francisca a Valladolid conmocionó los ambientes religiosos de los alumbrados y sus devotos. En cada lugar tuvo que dar explicaciones de lo que había visto y del dolor de haber contemplado tantos rostros desencajados de pánico y desesperación, tantos degollados a espada. Ella pensó que estos horrores no podían ser una señal del cielo como decía fray Santander. La ira de Dios nunca podía ser tan destructora. Desde entonces buscó otras maneras de supervivencia donde los cuatro jinetes del Apocalipsis no aparecieran más. Ella estaba hecha para el regalo, para el disfrute y goce de la vida y no para la muerte y la violencia.

En el crepúsculo rojizo de Valladolid, los vencejos y los murciélagos iniciaban la cacería rutinaria de la vida y las alondras habían dejado de cantar escondiéndose en los campos de cereales esperando la noche. Francisca, en los pocos momentos de soledad de que disponía, comenzó a recordar sus primeros años de vida en

Salamanca mientras aparecían titilando en el cielo las primeras estrellas. Su vida comenzaba de nuevo, como otra Francisca, porque el viaje a Roma y aquel horrible saqueo le habían cambiado los pilares de su existencia. Había percibido el odio humano como un cáncer que mataba el alma y ella solo buscaría un poco de amor que curase a tanta gente ahogada en el rencor.

2 LA PERFECTA ALUMBRADA.

La extensa planicie se coloreaba de arcilla roja y amarillenta, y se vestía de rastrojos secos y de verdes encinas cerca de un montico lleno de piedras. En medio del espacioso llano aparecía como aplastado un pequeño pueblo, Canillas de Abajo, situado a no más de seis leguas castellanas de Salamanca. Dos burros cargados de sacos de manzanilla recién apañada llegaban al pueblo a la hora de comer. El hato que llevaban no pasaba de unas alforjas de piel de carnero y una pequeña y agujereada manta Palentina que cubría el lomo de ambos asnos.

— ¡Mala albarda le has puesto hoy al burro que lo traes escocido y con las mataduras comidas por las moscas!, -comentó la mujer que

llevaba una rebeca roja con remiendos en los codos y una falda negra-.

—Tienes razón Eudosia, que vengo todo el camino espantando moscas y tábanos, que hacen retorcer al pobre animal de molestias y picaduras. Cuando llegue a casa lo curaré con un poco de vinagre rebajado y tomillo -contestó la otra manzanillera, a la que llamaban la Morena, que traía un saco a cada lado de su montura.

La manzanilla que portaban era entonces muy estimada para curar las infecciones de todo tipo que aparecían entre estas gentes con poca higiene. Unos la usaban para hacer gárgaras y quitar la inflamación de las anginas, a otros les aliviaba el estómago y otros les calmaba los nervios. También la usaban mucho para las infecciones de los ojos, cuando aparecían con orzuelos o cerrados. La manzanilla la segaban cuando las margaritas blancas y amarillas estaban bien abiertas. Después en casa iban descabezando cada flor,

una por una, y la ponían a secar. Entonces el olor a manzanilla impregnaba toda la casa y hasta las sábanas escondidas en el baúl olían a perfume. Cuando estaban bien secas y metidas en bolsas de papel de estraza, solía venir un mercader converso que hacía trueques e intercambiaban su manzanilla por una hoja de tocino, algunos chorizos, salazones, escabeche o miel. La gente se ganaba la vida aprovechando estos recursos que la sabia naturaleza producía en abundancia en los barbechos.

Por las calles, las pocas gentes del pueblo parecían espantapájaros de melonar. Vestidos los hombres de oscuro, andrajosos muchos de ellos y con sombrero de paja, reflejaban cansancio y fastidio de la vida y de la tierra. Las mujeres vestidas de negro y pañuelo a la cabeza tapaban la boca y el rostro para no ponerse morenas. Trabajaban como los hombres en el campo, hacían las tareas de la casa, cuidaban de los hijos, cosían, lavaban y también tenían que parecer damas de sociedad cuando el hombre las mirase. A veces era

difícil tanto equilibrio entre trabajo y hermosura, apareciendo el despreció y la desatención de los hombres frente a las mujeres de mediana edad y llenas de hijos.

Uno de los niños más harapientos que se podían ver en Canillas de Abajo, con el hambre metida en los huesos, ponía un “picapán” para cazar pájaros sobre una cagada seca de vaca con un pequeño trozo de pan de señuelo. Se escondió el pillo hambriento detrás de unas tapias caídas y esperó con ansiedad a que algún gorrión corriera veloz a la trampa.

— ¡Pica, pica pajarillo, pica, pica, picapán!, -cantaba en silencio el pobre niño hambriento y lo repetía para que cayera pronto en la trampa el pájaro tan hambriento como él.

El pardal dio dos o tres vueltas, pero al final picó el pan y se soltó el resorte que le atrapó. No tardó en morir. El casi mozuelo escuchó el revoloteo y acudió raudo como un depredador famélico. Después

de soltarlo de la trampa, lo peló acelerado y con habilidad lo destripó con una pequeña navaja. Prendió unas pajas y unos palos con un chisquero de mecha y asó la riestra de pájaros que ya había cazado durante la mañana, condimentados con solo una pizca de sal. Después de bien churruscados los gorriones en las brasas, los devoró y saboreó como si fuese el banquete de un rey. Relajado y sentado junto a la tapia en ruinas solo escuchaba el pio pio de gorriones que desgarraban el silencio normal del pueblo. También las crestudas abubillas y los cucos llamaban la atención al más afanado en las duras labores del campo. El niño comenzó a cantar desentonado, dirigiéndose a su pobre y destartalada casa:

— ¡Pica, pica pajarillo, pica, pica, picapán! -.

En la otra esquina de este pequeño pueblo, de viviendas de adobe y tapiales, con cimientos de piedra, cuando el siglo XV caminaba hacia su final, acababa de nacer una hermosa niña llamada Francisca

Hernández que no tardó en quedar huérfana de padres y desvalida de casi todos sus familiares. Normalmente sucedía al revés. Mucha de la larga prole solía morirse siendo niños. Ya lo había advertido la partera de esta niña, aunque no se cumplieron los augurios como ella pensaba. Sin embargo, contraria a su oficio, la partera era evidente que despreciaba la vida humana o al menos no practicaba el derecho a la vida.

—Antes que puedan causarte muchos sufrimientos tantos hijos, habrás perdido la mitad, si no todos. - le comentó insensible a la dolorida parturienta que ya tenía cinco hijos “pillos”-.

La comadrona observó la mueca de tristeza que recorrió el rosto de la lastimada mujer y procuró enmendar su negro pronóstico.

—La gente no podemos apegarnos demasiado a lo que esta sociedad considera como un eventual desecho, como algo que no nos deja vivir con normalidad.

Aquella mujer, llena de los dolores del parto, no podía entender que la vida que traía al mundo era un desecho, algo incómodo. ¿Era la vida humana algo inservible e inconveniente para la humanidad? ¿Era su hija recién nacida como uno de aquellos perrillos que tiraban a la laguna para matarlos? Aquella mujer no hacía muchos días había visto a su marido coger cinco cachorros de la perra para ahogarlos.

— ¿No te da pena matarlos?, -le preguntó con el instinto de madre a flor de piel-

—Pues claro que sí mujer, pero no tenemos pan para todos. Tenemos que subsistir. Los pobres además de serlo tenemos que parecerlo si no queremos que nos pidan más diezmos, más impuestos reales, más beneficencia y socorros.

— ¿Acaso estamos tan mal que no podemos dar una décima parte de nuestras cosechas?, - había preguntado a su marido sin pretender ofenderlo-.

— ¿Es que acaso no sabes que los recaudadores de alcábalas son peores que los diezmeros de la iglesia? Nos controlan el pan, el vino, la miel, el tocino, la linaza, los ganados, las ropas hechas, el lino, el aceite, la pellitería (pieles adobadas –aclaró-), los cueros, la madera, las aves de caza, la fruta, la leña, las especies. No quiero seguir, porque me siento mal sabiendo cómo vigilan nuestros sudores y no tienen compasión cuando llega nuestra hambre.

Estaba claro que la comadrona, por lo que siguió diciendo, tampoco creía que aquella criatura era un ser humano, que contenía ya toda su persona de mujer. Era tan poquita cosa, estaba tan mal preparada para la vida, que nadie temía que su espectro después de su muerte pudiera volver para importunar a los vivos, como creían algunos que temían el espíritu de los mayores; las ánimas. No era pues una cuestión demográfica, sino que parecía que se había llegado a la insensibilidad de la sociedad romana o china, cuando a las niñas las tiraban al estercolero. Los infantes recién nacidos, como en la

Tabula Cebetis, aparecían en una especie de zona marginal, entre la tierra de donde salen y la vida donde todavía no han penetrado y de la que les separa un pórtico con la siguiente inscripción: *Introitus ad vitam*, ¡bienvenido a la vida! Evidentemente la matrona pensaba que aquella recién nacida no había pasado el pórtico para ser persona y mujer.

Francisca pasó sus primeros años en un ambiente de judíos obligados a convertirse. Esta sociedad se había especializado en un vivir forzadamente hipócrita, en auténticos farsantes involuntarios en la feria de la vida. Ellos eran los impuros, manchados, infectos, defectuosos, señalados, infames, viles, afrentados o notados. Era un entorno donde se inventaban falsas genealogías, porque muchos dentro de sus familias seguían judaizando, sin conversión al cristianismo. Ser converso era una desgracia, y, por tanto, la invención y falsear el pasado era una necesidad para parecerse lo más posible al cristiano viejo sin serlo. En definitiva, era una parte

de la sociedad que quería librarse del estigma de su origen judío y a la vez tomar todas las precauciones para parecerse a la sociedad a la que se quería pertenecer, asegurar su supervivencia y proyectarse al nuevo futuro.

De aquellos años en Salamanca, Francisca recordaba con dolor, los malos tratos y la violencia de los castigos que los niños y las jóvenes criadas o mozas recibían en el ambiente judeoconverso.

—El castigo físico mantendrá la disciplina y contribuirá a la formación y educación del niño – decía Lópe de León, maestro de la "havrá", la escuela comunitaria.

—Buen siglo tenga mi padre por los castigos que me dio, - decía Andrés de Cabrera otro maestro convencido de que, si Dios al que ama disciplina, no deberían ser malos los castigos-.

Los nuevos tiempos ya habían hecho correr otra frase proponiendo otra metodología sobre las disciplinas; *"Mantén una*

manzana al lado de la vara, para darla al niño cuando hace bien”. Sin embargo, las bofetadas dadas a Francisca por sus parientes y los castigos de los señores a quien servía como criada, habían quedado grabadas a fuego. Una cosa era la disciplina y el orden y otra la violencia indiscriminada. Francisca solo en una ocasión había visto hacer el “viduy”, la confesión de los pecados que se parecía mucho a la judía. Allí oyó por primera vez, a un tejedor de lienzos, pedir perdón a Dios por maltratar a su hijo. Pero eso era lo raro y casi incomprensible, porque todas las relaciones paternofamiliares y en la escuela, mostraban la singular pedagogía del castigo.

— Este tejedor de lienzos – recordaba Francisca – debe ser todavía judío, porque entona la Tefillá o Amidá que decía ser la *Oración de las dieciocho bendiciones*.

Como buena observadora de la vida, se daba cuenta de las casas en que no se comía tocino o lo comían muy asado de manera que solo le

quedase el torrezno. Se daba cuenta del cuidado que tenían algunas familias judeoconversas para no ser acusadas de judaizantes. Mantenían el secreto sin imprudencias como el zapatero Juan de Almería que enseñaba a rezar en hebreo a su hijo de doce años. Cuando aprendió el "lecurie azarpariel" y otras palabras en "gargüero", el chaval quiso enseñar la oración a su hermana. También el niño enseñó a la hermana a "sabadear" o inclinar rítmicamente la cabeza cuando decía "Jehová". Cuando el padre vio todas aquellas imprudencias que les podían llevar a la Inquisición, este dio al niño unos buenos coscorrones en la cabeza que le duraron un mes.

La capacidad de observación de Francisca estaba por encima de lo normal.

—Esto es "cenceño" – dijo Francisca a un cristiano nuevo "portugués", joyero, indicando que era pan ácimo-.

—Es que la recentadura estaba seca y el pan salió sin gracia- replicó enseguida la cocinera disimulando su tradición judía-.

Sabía la beata quién descansaba los sábados y trabajaba los domingos. Quien preparaba la "adafina", la olla que los judíos preparaban el viernes para comer el sábado donde no se podía trabajar. Todo quedaba grabado en la retina de Francisca como una fotografía partida en trozos. Solo habría que unirlos y saberlos expresar con habilidad para que pareciesen revelaciones del más allá. En Salamanca, como en otros lugares de España la inquietud religiosa estaba a flor de piel y el mundo de los conversos en el seno del cristianismo, suponía un fenómeno mal asimilado. Todo eran fingimientos, pensando una cosa, diciendo otra y haciendo la contraria. La realidad era una máscara con una gran sonrisa, pero dentro llena de enorme dolor y amargura. Por eso no era de extrañar la vida de placeres diversos que habían planeado el cura de Navarrete, Medrano, y Francisca Hernández. Sacar provecho de la

religión y hacerlo en nombre de Jesucristo, eran los mejores medios para dejar la miseria y el cansado trabajo. En la mente de Francisca solo existía un propósito de vida.

— ¡Por el Dios de verdad juraré que nadie me volverá a dar más golpes! Viviré la vida lo mejor que pueda porque estoy cansada de pesadumbres.

Francisca no estaba sola, pero se sentía en soledad a pesar del carácter abierto y alegre de sus años jóvenes.

—Como judeoconversa o cristiana nueva, me siento que no formo parte de nada en esta Castilla. Nos aislamos sin darnos cuenta y hasta nos sentimos culpables de nuestra soledad. Hasta nuestro Dios parece diferente.

Francisca comentaba estas cosas con Fray Juan de Sahagún, padre de los novicios del monasterio de San Francisco también

converso. Le descubría sus sentimientos como si estuviese en confesión.

—Creo que para huir de la soledad lo mejor es el amor, - decía Francisca sin saber a qué clase de amor se refería-.

—Si es verdadero amor, si es entrega al otro, si es compartir con el otro, - decía el fraile con parsimonia y piadosa explicación-, sí que te ayudará, porque, si solo amas para propio beneficio, para que te acompañen, te mantengan o te entretengan, seguirás en soledad.

Aquella conversación era un presagio de su futura vida y a la vez un compendio de su niñez y juventud, donde se había encontrado sola y privada de muchas cosas.

Pero, si el hambre agudiza el ingenio, ella debió pasar muchas necesidades y con ellas, su ingenio y artería, cautivó a los hombres más encumbrados. Sus primeros pasos en Salamanca dieron pronto

con el oficio que mejor le venía a una mujer desamparada y sin letras: ser beata de la orden tercera franciscana.

—Es un oficio en el que se aprende a alcanzar el cielo y donde se cultivan las doncellas, -le manifestó una beata vieja que apodaban la Andariega, pero que se llamaba Brianda de Benavente-.

—Si se aprende a tener sentimientos divinos ¿por qué gritan y berrean las beatas a la hora de comulgar, levantando bandera de santidad y gimiendo como si estuvieran locas? - indicó Francisca extrañada de aquellas manifestaciones.

—Eso ya lo irás aprendiendo de los maestros, si sigues esta profesión.

— ¿Por qué lo primero que hace una beata para mostrar santidad es cortarse el pelo, despojarse de su vestimenta, de su lenguaje, de su trato y conversación ordinaria, cambiando su rostro y apareciendo amarillas, sucias, flacas, gimiendo y suspirando con la cabeza baja? -

insistió Francisca a la vieja beata como queriendo sacarle algún oscuro secreto que pregonaba precisamente su sigilo-.

—Eso es una parte de nuestra doctrina y de nuestros secretos.

La Andariega no pudo resistirse a la curiosidad de Francisca que buscaba un oficio respetable y rentable o al menos para hacer más llevadera la vida. Los ojos vivarachos y cautivadores de Francisca reclamaban una oportunidad y ella tenía en sus manos el poder dársela. Como maestra que veía en Francisca un reflejo de sí misma cuando se inició como beata, comenzó a enseñarle unos primeros pasos y como primera y necesaria doctrina, la de "presentar santidad".

—Debes ponerte en contemplación, presentándote a Dios y diciendo estas palabras: ¡Señor, aquí estoy, aquí me tenéis! Solo estas palabras, solo esta oración, pues diciendo estas palabras solas, te librarás de los malos pensamientos, de las sucias consideraciones,

de carnales movimientos, de conceptos infieles, de herejías y blasfemias contra Dios, contra los santos, contra la iglesia, que anda consumida, loca y sin juicio y sin figura de mujer.

— ¿Acaso no hay ritos también entre las beatas y sus nuevas doctrinas?, –preguntó apresurada Francisca-.

—Muchas beatas hoy se están haciendo contemplativas y se pasan todo el día mirando al cielo y en la noche pidiendo a Dios que sustente sus cuerpos. Una mujer joven a la que llaman Marí Sánchez, hija de un pobre hortelano, comulgaba todos los días porque tenía hambre del Sacramento y cuando no se lo daban caía enferma, pero yo creo que de verdadera hambre.

La Andariega se echó a reír a carcajadas porque no podía entender que alguien pensase que con solo comer la hostia pudiese alimentarse. Francisca apenas sonrió porque solo le interesaba saber

el motivo por el que tantas beatas salían cada día revolucionando el mundo de los espíritus.

—Pero cuéntame de los ritos que hacen las beatas.

—Hacemos reuniones por las noches y nos disciplinamos para no sentir la tentación. En realidad, nosotras no deseamos el matrimonio, aunque también sentimos la tentación de la carne.

— ¿Y qué hacéis en esas reuniones?, - preguntó Francisca para que no divagara la vieja beata-.

—Cada cual cuenta sus cosas. La noche pasada una joven decía que veía a Jesucristo todos los días, en la hostia, en el templo, en su casa y en cualquier rincón. Unas veces veía a Jesucristo en el pesebre, otras veces glorioso, otras en la cruz, y que lo veía con los ojos corporales.

— Pero esta mujer ¿acaso no está loca?, -declaró Francisca sin ningún reparo-.

—Yo misma la he sacado de un rapto que tuvo. No podía levantarla, ni despertarla. Pesaba como una piedra. Cuando despertó como de un sueño profundo, confesó que había visto las riquezas del cielo y me preguntaba si había yo visto aquellas maravillas del Señor. Estos sentimientos, visiones y raptos son habituales, aunque parezcan arte de magia, -manifestó la Andariega que estaba segura de que algo sucedía en aquellos ambientes-.

—Pues yo nunca podré ser una de estas beatas llenas de arrobamientos y vistazos al cielo, -confesó entristecida Francisca-.

—Pero con tus ojos y tu cuerpo puedas dar castidad a los hombres. También puedes dar sabiduría y revelación del porvenir, porque puedes llegar a ser impecable ya que los perfectos no tienen necesidad de hacer obras virtuosas. No tienen necesidad de obedecer a los hombres, aunque sean prelados, sino solo a Dios.

—Pero ir contra los preceptos de la iglesia es herejía, -señaló Francisca algo confundida-.

—Por eso nosotras vamos todos los días a la iglesia donde algunas se trasponen y tienen arrobamientos para manifestar santidad. Otras se muerden las manos y sangran. Otras se tiran por el suelo y dan grandes golpes en el suelo. A veces se nota que todo es fingido, pero otras veces algunas bajan de la alta grada del altar diciendo: ¡Jesús!, ¡qué cerca de Dios me he visto!

—Yo, beata Brianda, tengo mucho miedo a esos mundos de locura, -confesó Francisca con cierta pena-.

—Pero puedes ser revelandera. Me acuerdo de cierta beata que predijo que el rey nuestro señor había de ser casado tres veces y la cuarta mujer había de tener entrañas de leona.

— ¿Acaso esas cosas las creen los reyes?, -quiso averiguar Francisca-.

—Pues claro que confían y hasta piden tiempos propicios para sus empresas. Algunos poderosos preguntan por el día del juicio final y al darle un plazo de cinco años, cambian sus perspectivas de vida.

Francisca conocía el caso del acemilero, un tal Hernández, al que acudían las beatas. Era el caso contrario de lo que solía ocurrir, pues las gentes acudían a las beatas.

— ¿Por qué causa se juntan las beatas en su posada y están tanto tiempo en sus aposentos?

—Son adoctrinadas por un doctor y después pasa cada una a tratar cosas del espíritu. No se sabe de qué tratan ni que hagan porque todas están muy duras y temerosas. Algunas no quieren entrar porque dicen no les parece bien aquello.

— ¿No te parece un personaje extraño este acemilero?

—Pues dicen que a su posada acuden hombres y mujeres para que les enseñe la oración mental. Cuentan que le pasan cosas de santos y

que en el Sacramento solo ve pan y a Dios, y hasta ha visto en la hostia al niño Jesús. También manda que obedezcan a una beata con quien él comunicaba, porque un ángel se lo había indicado.

—También dicen que las beatas van por la mañana a los confesores mozos y ellos por la tarde las visitan, especialmente a las mozas de sangre liviana y de buen parecer.

Francisca había aprendido en pocas lecciones todas las actividades de las beatas y había comenzado su carrera con todas las reglas aprendidas. Era un mundo nuevo de aventuras religiosas el que se abría desde ese momento. Iniciada su actividad social de atención a mayores y desamparados, pronto sus agudas observaciones sobre la vida la encumbraron a revelandera. Rápidamente, alrededor de ella, se arremolinaron gentes de todas las clases, pero principalmente un grupo de clérigos seculares y otros de franciscanos y legos.

En Salamanca, en 1517, Medrano, el presbítero de Navarrete, converso judío pero que renegaba constantemente contra los judíos como disimulo, conoció a la joven beata Francisca. Su encuentro fue un choque de tempestades. La vida entera de Medrano cambió por completo. La beata ya tenía fama de santa y los jóvenes monjes de san Francisco, eran animados constantemente a visitar a Francisca por el gran provecho que creían sacaban de su comunicación. Medrano desde entonces quedó vinculado a Francisca como su otro yo, compartiendo sus actividades, todos sus escándalos, todos sus procesos inquisitoriales.

El tribunal de la inquisición de Valladolid había llamado a declarar a Francisca. En la audiencia inquisitorial, Francisca entró como si fuera una santa bajada de los altares. Escoltada por varios frailes con la capucha inclinada en señal de humildad, le acompañaban también el bachiller Bernardino Tovar, Diego Villareal

y Medrano. El inquisidor puso en guardia al escribano y comenzó el interrogatorio.

—Hay crecientes rumores sobre las cosas escandalosas que ocurren entre vuestra merced y sus devotos ¿Qué tiene que decirme?

—Si el sentir a Dios y el acercarse a Dios es escándalo, debe haber muchas personas escandalizadas. Yo soy una gran sierva de Dios como puede comprobarlo por toda la Orden franciscana, cuyos jerarcas son adeptos a mi persona, siendo yo su consejera para gloria de Dios.

El inquisidor se sintió fastidiado y se dio la vuelta para hablar con el escribano y el fiscal.

— ¿Cómo me traen una persona, al servicio de Dios y los hombres solo por cosas escandalosas? ¿Acaso su fama no es conocida por nuestra jerarquía que la tiene por santa?

Resultaba sorprendente en aquellos días el liberalismo de la Inquisición sobre las palabras escandalosas de la beata, porque en la inquisición de Valladolid no quisieron meterse con los franciscanos, ni con Francisca. Medrano había sido encarcelado porque además de decir que Francisca era persona alumbrada, añadía que la opinión de la beata estaba por encima de doctores y teólogos. En materia de castidad Medrano admitió permitir abrazos y carantoñas en su trato con la beata pero que Dios amortiguaba su naturaleza como si fuera un niño. Pero esto también lo tapó la inquisición en Valladolid.

El siglo se había despertado bajo el signo de la renovación espiritual. Era un momento milenarista, de fugaz reflexión sobre el pasado y el futuro y el salto de la mujer al primer plano del agitado escenario hispano. A Francisca le habían propuesto escoger una profesión y parecía que su independencia innata la colocaba entre las mujeres que tenían la audacia de usurpar el espacio masculino. Ella sin posibilidades de asaltar el espacio intelectual por no tener

medios, sí podría hacerlo en el plano religioso, aunque la competencia fuese numerosa. De todas partes salían mujeres santas, sensuales, visionarias, extáticas, lujuriosas, místicas, beatas, hechiceras, milenaristas, iluminadas, posesas, apocalípticas, ascetas o milagreras para hacerse un hueco en la religión. Francisca tendría un poco de todas y nadie la podría destronar.

Había muerto el cardenal Cisneros en 1517, el mismo año que Lutero clavó sus 95 tesis en la iglesia de la universidad de Witemberg y el año también en que la Corte se trasladó a Valladolid. El cardenal había sido un gran agitador de reformas entre otras virtudes, pero también de la mística visionaria castellana. Había permitido una espiritualidad llena de superstición y de ignorancia, donde cada cual hacía un Dios a su medida.

El obispo Juan de Cazalla había presentado a Francisca ante Cisneros como una de las estrellas rutilantes de la nueva espiritualidad. Es

muy probable que el cardenal no tuviese a la beata Francisca entre las predilectas de la ambiciosa espiritualidad del éxtasis, palabras o visiones sobrenaturales tan habituales entre los “recogidos” y que tanto ambicionó poseer él mismo.

Por estas fechas, habían preguntado a Francisca, con malévola intención, varias personas de aquellos conventículos devotos:

—Beata Francisca, ¿dónde estará el ánima del cardenal Cisneros?

—Aunque no lo veo claro, parece que el cardenal no está en buen sitio, – contestó Francisca con menos habilidad que en otras ocasiones, como si estuviese enojada con el cardenal-.

Un estudiante llamado Juan Ramírez, oriundo de Ciudad Real, como acababa de morir su esposa, también preguntó entre lágrimas:

— ¿Dónde se halla el ánima de mi amada esposa?

—El ánima está en buen lugar- había respondido Francisca contrariamente al pronóstico del cardenal y con intención de molestar-.

En aquella tarde de comienzos de verano habían aparecido extrañas y amenazadoras nubes. Medrano, que ya acompañaba a Francisca en casi todos los actos públicos y privados, dijo a los concurrentes que era Francisca la que había provocado aquellos arreboles en el cielo con sus oraciones. La fama de revelandera corrió muy deprisa. Como sonido de trompeta de pregonero se hicieron célebres sus adivinaciones y consejos en toda Castilla. Los aires de libertad y de reformas de Cisneros parecían haber creado tempestades impredecibles de controlar.

Cuando el cardenal Loysa, siendo fraile y residiendo en Toro, vino a consultar a Francisca, era prueba evidente de que la fama de sus intuiciones y revelaciones tenían la consistencia de convencer a

uno de los futuros consejeros de Carlos V. El fraile le había dicho impacientado y con cierto rubor:

—Beata Francisca,- hizo Loysa un largo silencio en señal de sumisión- quisiera que me aconsejase si me conviene trazar mi camino hacia Roma.

Ella le explicó, con retórica de santidad, que sí. Que todo era para el servicio de Dios y le iba a ir muy bien en Roma, dándole a entender que ella alcanzaba las cosas del porvenir. Cuando hicieron padre provincial a Loysa, Medrano movió todos los medios para dar entender que ya lo había predicho Francisca Hernández antes de que lo eligiesen.

De todas las partes venían preguntando por Francisca y hasta un ermitaño, que por su vocación no debería tener contacto con el mundo, bajó para conocer aquella nueva piedad. Francisca y Medrano no despreciaban los ayunos, ni la contemplación de la

Pasión de Cristo, pero sostenían que estos eran “principios de perfección” pues no tenían necesidad de hacer ayunos y obras. Llegaron a sostener que aún pensar en la humanidad de Cristo estorbaba el *dexamiento* en Dios. Cada detalle de esta nueva espiritualidad corría como reguero de pólvora, no solo por las calles salmantinas, sino hasta los mismos tribunales de la Inquisición. Aquel viernes de Pascua de 1520 no midieron bien sus palabras y Francisca se expresó con cierto escándalo.

—Vosotros, mis devotos, que sois personas religiosas, podéis comer carne el viernes. Dios sabe ver los corazones y no los estómagos.

—Yo también comeré carne este viernes, - apuntó enseguida Medrano, endiosado y lleno de gula-.

Los oyentes enseguida entendieron “que no se querían conformar con lo que estaba dispuesto y declarado por la Iglesia”. Hubo dos

venerables frailes, que pasaban por personas honestas y religiosas, que oyeron aquellas palabras y estaban dispuestos a testificar sobre lo dicho: fray Luis de Sarmiento y fray Juan d'Escalona de la orden de la Santísima Trinidad. Mal se pondrían las cosas para Francisca y Medrano, si estos religiosos denunciaban.

No hizo falta esta denuncia, porque el inquisidor Alvarado tenía otras delaciones encima de su mesa y los tenía ya citados. El inquisidor preguntó sin rodeos a Medrano:

— ¿Qué relaciones tiene vuestra merced, reverendo señor, con Francisca Hernández? -interrogó el inquisidor como queriendo parecer correcto-.

—Creo que la beata es persona alumbrada. Sin haber estudiado supera a muchos teólogos eminentes, aunque no le podría decir si esta ciencia es por infusión de gracia o no, -contestó Medrano con

habilidad para escapar de ser interrogado sobre sus relaciones carnales y continuó con la exaltación de Francisca-.

El inquisidor que apreció astucia en Medrano y no haber contestado a su pregunta, le insistió para que precisara más.

— ¿Cómo entiende el reverendo señor que el “saber” de Francisca es ciencia?

—Lo veo por sus buenas obras que le veo hacer, por su vida y ejemplo. Por esto pienso que es más de Dios que de otra cosa, -aclaró sereno Medrano.

—Pero ¿vuestra merced no ha tenido amoríos con Francisca?, –atacó sin demora el inquisidor-.

—Niego que entre nosotros haya habido ningún género de libertades, por cuanto yo la he tratado con toda limpieza de obra y de corazón como gran sierva de Dios y nada he hecho que pueda ofender a su majestad, -aclaró contundentemente Medrano-.

Sin embargo, el inquisidor tenía pruebas suficientes sobre sus negocios que no eran diferentes de los de muchos clérigos, pero, indudablemente, tan turbios como los de ellos, y dio el asalto final a Medrano.

— ¿En nombre de Francisca, ha recibido vuestra merced joyas o dinero *sub specie pietatis*? ¿No le ha solicitado y no le ha dado un estudiante de Trujillo, que se metió fraile, la cantidad de catorce mil maravedíes? – voceó el inquisidor y dio un golpe en la mesa, como harto de la hipocresía de Medrano. Todavía el inquisidor no sabía que la cantidad exacta, entregada por el estudiante, eran veinte mil maravedíes-.

Las pequeñas estafas o esta gran "donación" del de Trujillo, se hacían en nombre de la piedad y en servicio de la religión. Sin embargo, los inquisidores ya se habían cansado de tanta denuncia. Medrano quedaría incomunicado y con la prohibición de verse con

Francisca que había sido llevada a casa de un vecino de Salamanca, llamado Francisco de Tejada. Este debería controlar las visitas a Francisca y fue el mismo que informó a los inquisidores que los que más la visitaban eran personas conversas de judíos.

A pesar de la fama y escándalo de la beata revelandera y el cómplice amante, estos no eran más que simples discípulos de fray Juan Hurtado. En el convento dominico de San Esteban de Salamanca, Hurtado buscó reformas verdaderas que cambiasen la vida espiritual tan relajada entonces. Medrano y Francisca serían los que recogieron los frutos del árbol vareado por aquellas prédicas de la quema de vanidades.

Hurtado era una especie de Savonarola, que invitaba a dejar los objetos de lujo, los maquillajes, los libros licenciosos, profetizando contra el lucro y depravación de la Iglesia. Perfecto fraile y hombre de oración sería inspirador de fray Juan de la Cruz y Luis de

Granada, pero también de estos dos hermanos gemelos de religión que eran Francisca y Medrano. Si a unos los inspiró al estudio y la piedad, a Francisca y Medrano para tener ganancias, viviendo de la piedad y la superstición de la gente. Este franciscano, tío de Medrano y cercano a él, había mandado que este estudiase Cánones y Santos Padres en Salamanca y es quien introduciría a Medrano en el círculo de Francisca. Fray Juan Hurtado era un franciscano de ideas renovadoras. Cuando Medrano se enfadó con él, lo acusó de fino hereje, cuyo padre se había circuncidado en Córdoba y había sido quemado en Cantalapiedra por la inquisición.

A Medrano no le quedó otra salida que la cárcel inquisitorial por un tiempo. Indicaba Medrano a su hermano, por carta, cuando entró en prisión:

—No te olvides de bien proveer, que Dios dará buen galardón de cuan bueno es todo lo que nos envía, - y aparecía debajo una larga lista de peticiones-.

—Quiero que me mandes un jubón, zapatos, naipes, vihuela y una Biblia –esto parecía normal, pero añadía-:

— Te pido que busques un buen vino, perdices y pollos jóvenes, algún cuartillo de ave y menudo de ansarón para las tardes; ternera asada (carnero asado no me los envíes que suelo comer poco carnero) y cabrito; una salsa (no la de perejil) y algún pastelito de vaca para las mañanas, porque no puedo comer cocido, sino de muy mala gana. Procura que venga todo bien caliente (y no con tantos huesos, aunque cueste un poco más). Mándame algún palomino o solomillo de vaca para cenar. También queso añejo, confites de culantro, aceitunas, naranjas, guindas, peras, albérchigos, duraznos y pepinos (compra una cestita para que venga fresca la verdura). Para

postre te pido manjar blanco (porque me hace mucho provecho) y muchos huevos (que si no fuera por los huevos mi comida no sería nada).

Cuando la Inquisición vio la lista, todos quedaron desconcertados, porque esto parecía ir más allá de la herejía que ellos combatían. El inquisidor escribió a la Suprema sobre el asunto.

—Parece –decía el asustado inquisidor- que Medrano, por las cosas que pide, debe ser epicúreo en vez de cristiano, pues toda su felicidad y bien está en comer y beber como lo tuvieron los epicúreos, muy alejado de la bondad, santidad y abstinencia que predica, por lo que debe ser un gran hereje.

Sin embargo, Medrano estaba enfermo del corazón. Nadie creía que aquellas pantagruélicas comidas pudiesen aliviar su enfermedad, pero parecía ser una dieta reglamentada para sobrevivir a sus

dolencias. Para comprobarlo su Reverencia el señor inquisidor Fresneda solicitó el médico del Santo Oficio.

— ¿Ha visitado al cura Medrano que está preso y es vecino de Navarrete?, - le preguntó con curiosidad el inquisidor Fresneda-.

—Le he visitado tres o cuatro veces y le he encontrado con una pasión que llaman *tremor cordis* que son palpitaciones cardiacas las que le han causado ya varios desmayos. Si estos desmayos se repiten podría morir ya que tiene mucha imaginación y además es bastante colérico y arrebatado, -indicó el doctor-.

— ¿Qué se puede hacer entonces?, -el inquisidor pareció preocuparse al ser Medrano una pieza importante en los procesos que traía entre manos-.

—Es menester libertad y anchura. Además, debe tener conversación apacible para que se pueda sosegar, pueda dormir y no vuelva a caer en dicha enfermedad.

—Además de las comidas tan exageradas que más parecen las bodas de Camacho, ¿qué pueden significar los naipes, la vihuela y la Biblia que también pide? ¿Servirá todo esto también para curar su enfermedad?, – siguió preguntando el inquisidor lleno de curiosidad-

—Los naipes ya los recomienda Maimónides con el propósito de entretener, como también recomienda el estoraque para hacer sahumerios y ser usado en caso de desmayo. La vihuela la recomienda Castiglione como elemento que todo buen cortesano debe dominar. La petición de una Biblia indica que su cultura es más que media, pero además encontrará en ella palabras de consolación y alivio para todas las enfermedades del cuerpo y del alma.

Medrano parecía llevar al pide la letra el pensamiento de la época relativo a la salud. Se tenía salud si había equilibrio y orden armónico entre la naturaleza y otras condiciones “no naturales”. La vida cultivada necesitaba como dietética, luz y aire, alimentos y

bebidas, trabajo y reposo, sueño y vigilia y también afectos del alma. Sin embargo, el inquisidor y el fiscal, no entendían el hábito de Medrano de cocinar, ni las exquisiteces sobre los vinos. El médico le siguió informando ampliamente.

—Parece usar Medrano los vinos tintos y hasta los vinagres como recetas para el corazón según lo expone Arnaldo de Vilanova, médico que ha sido de Papas y Reyes. Pero también las frutas como la naranja o las aceitunas son buenas para el estómago como dice Medrano. Los pepinos que pide Medrano sirven para relajar el estómago y en caso de desmayo su olor le hace volver en sí.

— ¿Y por qué Medrano no pide pescado que es lo mandado por la santa iglesia como comida de los viernes?

—Muy probablemente sea porque no conoce las propiedades dietéticas y medicinales de los pescados. Medrano es un hombre de interior y ha vivido mucho tiempo en Castilla.

Medrano era un joven de unos treinta años cuando conoció a Francisca. Apuesto y con ademanes delicados, se había gastado toda su fortuna y la de sus dos hermanos mientras estudiaba en Salamanca. Entonces dejó de estudiar. Se había ordenado de sacerdote a los quince años, viviendo en esta ciudad otros quince más. Su vida religiosa, al principio, estaba llena de mortificaciones, de pobreza y enfermedad, de manera que llamaba la atención el abandono de sí mismo.

— Era tan enemigo de mí, y recibía tantos géneros de penitencia y tormentos que llegué a ponerme tísico y tener muchos desmayos por haber estragado mi estómago – explicaba a fray Juan de Sahagún.

Ahora Medrano no solo había entrado en el círculo de la beata Francisca, sino que ya era su administrador y financiero. Nunca más volvería a privarse de nada. Francisca mantenía una casa con varias criadas las cuales servían a los devotos que comían y bebían como si

todos los días hubiese un banquete. Medrano decía que para todos los gastos no alcanzaba un maravedí, pero él conseguiría remediar la necesidad consiguiendo de sus devotos muchos miles. Lograba inculcar la idea de que era una buena obra el hacer el bien a la beata, lo uno por ser pobre y lo otro por tenerla por sierva de Dios. Alonso Calero vendería su hacienda antes de hacerse fraile, persuadido de que servía mucho a Dios y para que, como los apóstoles de la primera iglesia vendían todo por Dios, ahora puesto todo en manos de Francisca Hernández, ella lo distribuyese como habría menester. Desde aquel día, Francisca y Medrano, se compraron trajes nuevos y ya no habría más deudas.

Medrano lucía una sotana de presbítero de fina tela de Chambray, aunque el sastre que le hizo la prenda y el bonete decía ser de Gadar. Francisca se había hecho varios trajes. El hábito de franciscana terciaria, no era obligatorio, pero lo llevaba en la mayoría de las ocasiones y estaba hecho de muselina fina y adornado

con toda clase de medallas y adornos sagrados. Una falda de raso de seda azul con una rebeca de lana blanca. Un vestido rojo de seda china para sus visitas más privadas. Siempre llevaba un pañuelo de seda cubriendo la cabeza, menos en casa y en sus reuniones con los devotos que se soltaba el pelo.

Los días siguientes parecían una luna de miel para Francisca y su devoto Medrano. Alfonsa la cordonera había descubierto, mirando por la ventana, algunas escenas de la vida de ambos religiosos. La cordonera había comenzado su profesión haciendo redes para pescar en los ríos. Ahora Alfonsa las enviaba a todos los mares porque había llegado a dominar el cáñamo y el esparto de modo que nunca se rompían. Hacía casi diez especialidades de redes, pero su fama la tenían las llamadas "jábega" o "dozena" y la "fisga" que se vendían muy bien en Galicia. Comentaba a su amiga la comadrona asuntos íntimos que pocos sabían, aunque la comadrona conocía casi todas las novedades de la ciudad.

— Fíjate bien en lo que te digo. ¿Sabes que hacen esos dos juntos en casa?... Pues te explico.

Se acercó más al oído de la comadrona para darle más emoción y misterio a la confidencia-.

— ¿Estás segura de lo que vas a decir? Mira que son gente con muchas influencias y dicen que tienen muchos protectores y adeptos entre los jerarcas de la Iglesia.

—Tan segura como que les veo por la ventana, -respondió la Alfonsa con gesto de autoridad-. Allí siempre aparece Medrano vistiendo y calzando a Francisca de pies a cabeza. Se miran a los ojos durante largo rato. Le guisa su comida y le ruega que coma y beba, como si fuera una niña. Tienen tanta familiaridad como si estuviesen casados.

Salamanca a la caída de la tarde, cuando el sol teñía de rojo las piedras de la catedral, parecía contraerse y empequeñecer. Para

Francisca, sus ansias de volar por otros mundos, descubrir otros paraísos, contrastaban con la vulgaridad de la gente, enfrascada en las mismas tradiciones, los mismos trabajos, la sempiterna necesidad de comer y vestir. Sin embargo, ella sabía que aquella monotonía de la sociedad era pura farsa, una hipocresía delatora de una doble vida. En Salamanca vivía mezclada una *massa damnata* de beatas, devotos, alumbrados, erasmistas, luteranos, homosexuales, glotones, avaros y viciosos de todo tipo que aparentaban ser personas normales. La predominante presencia de conversos a las misas era señal inequívoca de que seguían siendo judíos o musulmanes. La misa era su tapadera. Muchos de los clérigos eran conversos de judíos que odiaban a la religión de Roma y por todos eran tenidos como los cizañadores de la nación. En los últimos días Francisca había observado, al escuchar a tanta gente que se le acercaba, que los tiempos estaban cambiando y una revolución se estaba preparando.

—Fíjese, santa beata, que Pedro Maldonado, señor de Babilafuente y su primo Francisco Maldonado, señor de la Villa del Maderal en Zamora, quieren formar una comunidad o junta como la iglesia primitiva, donde todos los bienes y servicios sean comunes y así nadie les pueda robar su sudor, -decía una hilandera de merina castellana que le había hecho a Francisca una rebeca para el invierno-.

—Pero ¿cómo lo sabes tú? - preguntó intrigada Francisca ante esta confidencia que la sorprendía-.

La hilandera le explicó con todo lujo de detalles, su relación con el Maldonado salmantino al que le había hecho ciertos favores íntimos, pero que era una buena persona a pesar de sus debilidades. Decía que Maldonado no estaba de acuerdo con la administración que Carlos I había impuesto a las ciudades como Salamanca, a la que se le privaba de muchas libertades adquiridas. Que este había

hablado con el obispo de Zamora, Antonio de Acuña, y estaban de acuerdo de que la guerra de las Comunidades, si Dios no lo remediaba, sería inminente.

Llamaban a esta hilandera, la Carda, por lo de “cardar la lana”. Era una mujer muy activa, pero decía que le gustaba ser como Francisca. Estaba cansada de ser mujer porque todo eran cargas y trabajos sin cesar, sin que nadie se acercase a ella con gratitud y reconocimiento. A Francisca todos la adoraban, vivía para cuidar sus manos y su cuerpo y sin embargo ella tenía las manos agrietadas de retorcer tanta lana. El único recuerdo agradable era Maldonado al que no veía desde no sabía cuándo. En todo lo demás la vida de la Carda se parecía a los consejos de Eximeno en *El carro de las donas*, los cuales aprendió de memoria.

—Con las palabras *tema* (a Dios), *ame* (al marido), *pierda* (la vida antes que ofender a Dios), *obedezca* (al marido), *críe* (a sus

hijos), *adoctrine* (a criados y familiares), *cure* (a marido e hijos en sus enfermedades), *pida* (ayuda a Dios para realizar su misión), *esté* (honesta y devotamente en la iglesia), *gobierne* (su casa con industria), *traiga* (limpio al marido y a los hijos), *repose* (en casa y no ande con vecinas y malas mujeres), *sea* (templada en el comer y el beber), *dé* (limosna a los pobres) y *persuada* (a su marido para que sea devoto y vaya a la iglesia) está resumida mi vida, - comentaba la Carda a Francisca con gracia pero con cierta amargura-.

La Carda había sido criada y aprendiza desde los ocho años. Le habían enseñado el oficio de coser y tejer una tela de tiras y lienzo en telar bajo de mujer. También le enseñaron el cardo y el tinte, llegando a tener ruecas y tornos de hilar propios, pero salió sabiendo de todo: cómo se blanqueaba la lana y a estas las llamaban las curadoras, y las que doblaban y preparaban las telas para venderlas que llamaban las lianderas. Ser mujer, además de profesional de la lana, era también ser profesional de todo lo demás.

Salamanca cada día estrechaba más el cerco al administrador de Francisca, su inseparable Medrano. La inquisición, de nuevo, lo había hecho abjurar de levi por proposiciones sospechosas. No era ningún hereje ni apóstata, pero le habían prohibido dar la comunión a "personas niñas", tenía que despedir a la mujer salmantina que tenía en su casa y pagar una multa de cien ducados.

La ciudad de los jóvenes estudiantes se encerraba cada día sobre sí misma y seguía manteniendo las mismas costumbres de siempre: sus romerías, sus rogativas para quitar sus males, sus calamidades, sus sequías e inundaciones. Y para todo había una bula papal con el título de siempre, como si nada se pudiese hacer sin permiso y sin bendición de la iglesia: *"Paulo obispo, siervo de los siervos, ad perpetuam rei memoriam. El Romano Pontífice, Vicario de Cristo, teniendo el principal señorío de mano del Señor sobre las gentes y sobre los Reinos…" etc*. ¿Cómo se había podido convertir el cristianismo en aquella exaltación de la persona del papa? Si Cristo

no tuvo ni donde reclinar su cabeza, si bajó de los cielos para hacerse siervo y servir, no teniendo nada como posesión ¿cómo aparecía un hombre ocupado en ser su Vicario y teniendo el principal señorío de las gentes y los Reinos del mundo?

En la cabeza lúcida de Francisca estas bulas solo confirmaban que su picaresca y el provecho que sacaba de su santidad y revelaciones, otros ya lo habían inventado antes. Las bulas no eran más que "burlas" a Dios, como lo expresaba el *Diálogo de Mercurio y Carón* de Alfonso de Valdés. En este Diálogo se sostenía que los teólogos habían llegado a ignorar al Dios de las Sagradas Escrituras y con argumentos verdaderos y falsos habían logrado que fueran los hombres religiosos los que tuviesen la última palabra. Todo lo que querían ellos, los teólogos, se convertía en dogma de la iglesia:

— ¿De qué manera? - preguntaba Carón y el ánima le respondía-.

—Yo te pondré un ejemplo tan grosero como tú deseas. Dime ¿cómo te llamas?

—Carón.

— ¿Qué te quieres apostar, si te hago conocer que eres cabrón?

— Desde luego, que no podrás- respondía Carón no muy convencido-.

—Apostémonos el viaje en la barca: que te pague el doble o no te pague nada, -insistió el ánima para turbar más a Carón-.

—Estoy de acuerdo.

Carón se preparó para escuchar el argumento.

—El cabrón tiene barbas y nunca se las peina: tú tienes barbas y nunca te las peinas: luego tú eres cabrón.

—Gentil teología la tuya – dijo Carón sorprendido, pero a la vez reconoció no haber conocido otra forma de estudiar la teología que a base de silogismos-.

— ¿Nunca leíste las epístolas de san Pablo? -

—Ni aún las oí nombrar, sino en la misa.

— ¿Y los Evangelios?

—Lo mismo.

— ¿Pues cómo puedes llamarte teólogo?

— ¿Acaso para ser teólogo es menester conocer las Epístolas y los Evangelios?

— ¿Pues qué leías? - preguntaba Carón con atrevida curiosidad-.

—Scoto, santo Tomás, Nicolás de Lira, Durando y otros doctores, pero sobre todo Aristóteles.

Esta parte del *Diálogo de Mercurio y Carón* se lo habían leído a Francisca en uno de los viajes a Alcalá. Era uno de los diálogos que

corría en octavillas entre los estudiantes alcalaínos, pero que también había dejado su huella en la vida de la beata impostora. Se daba cuenta de la corrupción de la teología, del negocio con las bulas, de la depravación de tantos frailes y clérigos que solo se preocupaban de sus beneficios y prebendas. Era una crítica descarnada a la iglesia que no se podía cortar por lo evidente de sus hechos y resultados. El pueblo aparecía ignorante de religión porque nadie lo enseñaba y lo guiaba. Al menos Francisca les daba consuelo y esperanza; sus palabras, llenas de cordura y de sentido común, eran un bálsamo para el afligido. Alfonso de Valdés, no solo había escrito un monumento brillante de la lengua española, sino que había retratado fielmente una sociedad cristiana exteriormente, pero sin Cristo, sin Dios, sin espíritu. Gentes que iban a la iglesia, asistían a las misas, tomaban parte de la general idolatría, pero estaban vacíos por dentro, como Francisca.

Desengañada Francisca de la vida religiosa, procuraba vivir de la religión como un pícaro más de aquella sociedad. Como el *Mercurio* del Diálogo, buscaba en todas partes cristianos verdaderos, comparando las costumbres de los pueblos con las leyes que Cristo había dado, pero no pudo encontrarlos hasta que un amigo de Carón llamado Alastor, le dijera:

—Toma la "doctrina cristiana" en la mano y después de bien leída y considerada, acuérdate de todos los pueblos y provincias que has andado en la tierra; y aquellos, que viviendo con más policía exterior que otros viste vivir más contrarios a esta doctrina cristiana, sábete que aquellos son los que se llaman cristianos.

¡Triste ironía la de Alastor! Se llaman cristianos los más contrarios a la doctrina cristiana. El mundo al revés.

Nunca más volvería a Salamanca la beata. No quería volver, porque allí había perdido la fe. Muy pocos años habían sido los

vividos con devoción y con esperanza. La plenitud de su tierna juventud, de su belleza y atracción personal buscaba otros lugares que supiesen apreciar sus dones. Aquella sociedad no distinguía ni apreciaba al joven, que pasaba de niño a adulto. Ella se sentía plenamente adulta con tan pocos años. Si la fe mueve montañas, tendría que encontrar de nuevo su fe en otro lugar, porque todos los ideales religiosos que movían su vida se habían ahogado. Salamanca, como Roma, la cabeza de la religión cristiana, tenía un insoportable hedor a corrupción que le obligaba a tapar las narices o soportar su asco.

3 VALLADOLID 1520

Cuando llegó a casa don Pedro, estaba fuera de sí, enormemente enfadado. Venía de la iglesia, pero parecía que se hubiese encontrado por el camino con todos sus enemigos. Don Pedro de Cazalla, uno de los hombres más prominentes de la burguesía de Valladolid estaba fuera de sus casillas. Funcionario de la Hacienda real, casado con Leonor de Vivero, era uno de tantos cristianos nuevos ocupando posiciones de responsabilidad en la Corte y ahora parecía un arrebatado. Llamó a su mujer al aposento donde habitualmente hacía su vida Francisca Hernández para hablar con las dos. Esta famosa mujer, cuando llegó de Salamanca se fue a vivir a casa de su amigo Tovar, pero solo estuvo un año y medio. Acababa de instalarse en casa de Pedro de Cazalla. La habitación estaba adornada de yeserías

y de artesonado geométrico de madera, siendo bastante espaciosa. Allí se juntaron los tres para no ser oídos por el servicio. Sin embargo, la criada de Francisca, Mari Sánchez, ponía su oído, como siempre, cerca de la puerta para saber qué pasaba al otro lado. ¿Les echarían ya de casa, cuando todavía no se habían asentado convenientemente en la ciudad?

Pedro Cazalla parecía haberse calmado un poco. Su voz era menos agitada, pero Mari Sánchez seguía oyéndolo todo desde aquella posición.

—Leonor, -dijo, solemne y enojado, el Cazalla-, no tenemos Rey, sino un bobo. Pero además parece que el diablo ha traído a la emperatriz a Castilla. Esta es tan víbora como su abuela que nos metió la Inquisición aquí y nosotros la pagamos. Ojalá, vengan más guerras con Francia y triunfen las Comunidades para que destruyan la Inquisición y dejemos de ser perseguidos y sufrir todos.

Pedro de Cazalla dejó de vocear y terminó de calmarse, mientras se dirigió de nuevo a Leonor.

—Mira lo que te digo: si no hubiese construido esta hermosa casa aquí en Valladolid, me iría a vivir a Portugal. Lo que aquí hace la Inquisición no tiene nombre y los que algo entienden de ella son unos andrajosos. Por eso hemos de esconder toda la plata y lo mejor de la hacienda y comenzar a usar platos de loza para aparentar pobreza. Tengo miedo que esto termine mal.

Don Pedro volvió a los pensamientos que le habían hecho decir todo lo que sentía, porque no había llamado bobo al rey por nada, ni hablado mal de la Inquisición por capricho. Era un hombre perseguido y atrapado entre dos mundos del que no era fácil salirse. Envidiado de muchos, tenía que sufrir los rigores de una sociedad que discriminaba al "marrano". Parece que los conversos de judíos permitían la palabra "marrano" haciéndola provenir de "marhanata",

el Señor viene, pues así no se sabía si esperaban al Mesías o al Jesús de la Segunda Venida, la Parusía. Los "marranos" llevaban años queriendo alejar la Inquisición de Castilla y habían conseguido bulas de Roma, pero Isabel, la Católica, y ahora su nieta, tampoco estaba dispuesta a ceder sobre este terreno. El cambio político no llegaba, pues Felipe el Hermoso, con su muerte temprana, anuló sus esperanzas y ahora todas las apuestas estaban sobre una frágil carta: el movimiento comunero. Decía más tranquilo don Pedro

—La mayoría de los conversos apoya las Comunidades y la influencia de estos debe progresar hacia una integración cristiana pero nunca dependiente de Roma.

— En cambio – comentó Leonor de Vivero para apoyarle- la sociedad cristiana castellana, o una parte de ella, se ha inventado unos estatutos de limpieza de sangre, que son la vergüenza de Europa. A partir de ahora todo el que no sea cristiano viejo, o no

tenga antepasados católicos no formará parte de la sociedad castellana.

—Ya se está implantando este Estatuto en las Órdenes militares, los colegios, los cabildos eclesiásticos y hasta en la propia Inquisición, -añadió don Pedro- A partir de ahora será necesario el certificado de limpieza de sangre para los solicitantes de estos puestos públicos.

—¡Pobres de nuestros hijos!, –suspiró Leonor con inquietud-

— Sin embargo, -indicó Pedro Cazalla- lo que peor llevo es el control que los demás llevaban de mi conciencia, de mis pensamientos, que casi siempre son contrarios a los de esta sociedad ignorante e hipócrita, superficial y ceremoniosa.

—También yo siento lo mismo como mujer y como conversa -señaló Leonor favoreciéndole-.

— ¿Acaso no basta una confesión general de mis malas obras y pensamientos solo a Dios? - preguntaba el Cazalla a las dos mujeres de la habitación como esperando su aprobación-.

Hubo un tiempo de silencio que no obtuvo respuestas.

— ¿Acaso, Dios no nos ve justos delante de Él? Entre Dios y yo no hay más que un hilo pues somos justos por el *beneficio de Cristo*, - siguió dando su discurso teológico don Pedro con el asentimiento absoluto de las dos excepcionales mujeres que tenía delante y que callaban para calmarle-.

—Si me apuran un poco, el dar limosna para que te vean y para promover la vagancia tan habitual en este siglo, no es menester, pues Dios mira la voluntad y no el dinero. Y no digamos más de las indulgencias, los perdones, etc. que es simplemente un “saca dineros”, - terminó don Pedro su peligroso discurso que mostraba la

confianza de sus confidencias también en la persona de Francisca Hernández-.

Pedro Cazalla, después de su enfado lleno de razones, calló para no ser más imprudente de lo que ya había sido. Se sentía acorralado por dentro y por fuera y se retorcía de disgusto. Su universo de verdades se estaba reduciendo, avasallado por una sociedad envidiosa que quería vivir de la fortuna de los más activos y diligentes. La rutina de los días le ponía más zancadillas de las que podía soportar y no estaba dispuesto a dejarse pisotear mientras pudiera defenderse. Aquella mañana se encerró en su cámara y no saldría hasta más tarde.

Quien sí salió, como era habitual, fue Francisca quien recorrió los lugares típicos de Valladolid hasta la plaza Mayor. Seguía siendo la ciudad, como su nombre indicaba, un valle soleado (Vallisoletum), una ciudad viva, encrucijada de culturas, cruce de caminos y también

una charca en medio del secano de sus alrededores. En Valladolid había muerto Cristóbal Colón en 1506 y por tanto también se sentía muy de cerca a las Indias, el Nuevo Mundo por él descubierto. Ya no se soñaba con una Atlántida más allá de las Canarias y las Azores, ni en las legendarias siete ciudades de oro macizo, fundadas por siete obispos portugueses al huir con sus fieles de la invasión de los árabes, ni en la mítica sirena Cíbola, que se oía cantar pero nadie la podía ver, porque aquellas leyendas eran ya una realidad en Valladolid. El Nuevo Mundo se olía por las calles y las leyendas del Dorado parecían ser verdad. Se sentía llegar el oro y la plata, y las especies perfumaban de aromas las calles del centro. Se vendían sedas de China y de Persia de mejor calidad que las italianas, algodón y esmeraldas que venían de la India, los rubís de Birmania, los zafiros de Ceilán de donde también venían la mayoría de las especias para las drogas, los perfumes, los cosméticos y otras para

sazonar la comida. La suave brisa era un pañuelo perfumado de los olores de la pimienta, la canela, el clavo de olor y la nuez moscada.

Pero ahora Valladolid parecía ser el centro de la rebelión de los comuneros. Padilla, uno de sus jefes, que sentía que todo el golpe de la guerra se estaba preparando contra él, envió mensajeros a las ciudades para que le enviasen auxilios. Necesitaban refuerzos con urgencia. Él, personalmente, había llegado a Valladolid y recorriendo la ciudad calle por calle les gritaba con pasión. Francisca siempre curiosa escuchó su discurso.

—*"¿Por qué no os dignáis volver la vista hacia unos hombres esforzadísimos que están dispuestos a sufrirlo todo en defensa de los miserables plebeyos? ¿Cómo permitís que soldados de un ejército tan benemérito sean degollados como carneros dentro de los atrincheramientos? Sabéis que muchos de los soldados rasos, hallándose sin víveres, sin licencia se han marchado a sus casas, y si*

al momento no se reponen otros en su lugar, se prepara la ruina de todas las ciudades confederadas con la derrota de las tropas. Si enviáis auxilio al momento, hay esperanza de que los virreyes puedan ser vencidos. Ellos confían principalmente en su fuerte caballería, y hacen muchísimo desprecio de la debilidad del ejército de los populares, quienes si manifestasen lo contrario sería muy fácil acabar con ellos".

Habiendo dirigido estas cortas palabras a la junta y al pueblo, a toda prisa se volvió al ejército. Todo lo halló lleno de temor.

El movimiento comunero se había presentado, después del primer alboroto de Valladolid, como el movimiento de España, "tan grande cual jamás le conocieron nuestros mayores" decía Pedro Cazalla en una de sus tertulias. Carlos I había sido proclamado rey en las cortes generales de Valladolid y todos le habían prestado juramento. Pero también fue en Valladolid donde primeramente se

manifestaron en contra de Carlos I en un suceso preocupante. Habían comenzado a tocar las campanas de San Miguel, llamando al pueblo a las armas y con el deseo de detener al rey y arrojar a los extranjeros. Pero Carlos I había marchado ya. Hubo protestas para que Carlos I no marchase de España y en muchas ciudades se oía:¡Viva! ¡Viva el pueblo! Era la señal de la guerra civil.

En Toledo habían depuesto al gobernador de la cuidad. En Valencia varias ciudades se habían amotinado, porque los procuradores que habían mandado al Consejo reunido con el rey en la Coruña, les parecían unos vendidos y conspiradores contra la débil plebe. Casi toda España se unió a la Rebelión comunera.

Ahora el Consejo quería hacerse visible en Valladolid. Esta ciudad vigilaría a los alborotadores del resto de las provincias como una atalaya en el centro de España. Era evidente que la mayor parte

de la disidencia provenía de conversos, pues así amenazaba Jofre, cuando comenzó la sedición de Burgos:

—”Yo reedificaré mi casa con las cabezas de los *marranos* de los burgaleses, poniendo en ella dos cabezas por cada piedra que se ha arrancado.”

Las peticiones de los sublevados al principio fueron peticiones para paliar el hambre y la explotación de los nobles y especialmente de la Iglesia. Después estaban apuntando a reformas eclesiásticas y teológicas, al saber que Lutero estaba triunfando en Alemania. Porfiaban que debían disminuirse las contribuciones y reducirse estas a la forma que había establecido la reina Isabel. Que se pusiese también coto a las condonaciones pontificias. Que los predicadores ignorantes, a quienes llamaban *cuervos*, no maltratasen a los labradores aldeanos, pues las indulgencias no se han de hacer tomar con terror por motivos interesados, sino que deben concederse con

piadosas exhortaciones. Querían también se prohibiese que las dignidades, tanto eclesiásticas como seculares, no se diesen a extranjeros. Porfiaban en consecuencia muchos que se debía prohibir absolutamente el que fuese libre el hospedaje, y no de balde, sino que se tomase alquilado, como se hacía en el reino tarraconense.

Francisca, tan habladora con la gente, podía percibir en la calle este sentir de guerra civil.

—Perdone vuestra merced, - preguntó Francisca a un señor que vestía elegantemente en tonos negros y parecía médico por su maletín- ¿es este el barrio de los conversos, verdad?, porque vengo de Salamanca y allí es algo diferente.

—Sí, este es el barrio. Yo soy el doctor de la mayoría de la zona ¿Qué desea vuestra merced?

—Yo solo quería saber si la guerra civil, que parece ser promovida por los conversos, es algo inminente – señaló Francisca-.

— ¿Acaso no está al corriente de las novedades reformadoras o solo quiere saber cómo está lo de las Comunidades? –preguntó el doctor para saber las pretensiones de aquella bella mujer.

—En realidad me interesan las dos cosas, ya que vuestra merced estará mejor enterado como médico en estos ambientes de conversos,-contestó la revelandera.

—Valladolid es distinto a Salamanca. Hay más libertad y se puede hablar de la Reforma de la iglesia y de la reforma de España. Fíjese que los marranos de Amberes mandan libros para difundir la Reforma y son ellos los que más hacen porque la Inquisición sea abolida por su crueldad y su manera de hurgar en las conciencias.

— Eso sí lo he podido apreciar, pero ¿está seguro que se pueden comprar libros de reformadores?, –preguntó asustada Francisca-.

—Los marranos han traducido al español la *epístola de san Pablo a los Gálatas* y *el tratado de Libertad cristiana* de Lutero y se

puede encontrar en algunas librerías. La última vez que la Inquisición recogió las Biblias, aparecieron cerca de cincuenta versiones en lengua romance y latín, la mayoría impresas por reformados.

Francisca agradeció su tiempo y sus explicaciones, pero insistió en preguntar sobre la guerra comunera.

—Me interesa saber si esto de las Comunidades, puede ser una verdadera revolución, -manifestó Francisca-.

—Creo que no tardará mucho en verlo, porque hay muchas ciudades que se están preparando y el pueblo los apoya.

El doctor besó la mano de Francisca para despedirse. Sin embargo no parecía la misma mujer cautivadora de siempre. Ella hoy llevaba el hábito de franciscana para aparentar virtud, y un rosario a la cintura, medallas, cruces y cuentas que era la parafernalia clásica de las beatas.

El doctor se dio la vuelta como si algo se le hubiese olvidado. En realidad solo quería mirar de nuevo aquella sensual mujer.

—Le voy a dar la dirección del abogado Bernardino de los Ríos, que está más enterado de estas cuestiones y además es converso.

Francisca agradeció las últimas recomendaciones y hasta la firma del doctor.

—Don Bernardino de los Ríos, es un célebre abogado de Valladolid y una de las mayores fortunas de Castilla. Pero, sobre todo, parece un comunero de pro. Él siempre la apoyará si necesita algo.

Francisca sabía confiar y dar confianza por lo que el doctor tuvo que confesarle todo lo que sabía.

—Me he enterado hace pocos días que han hecho a Bernardino consejero jurídico de la Junta y de la comunidad de Valladolid.

Parece que es uno de los ideólogos de mayor relieve del movimiento Comunero.

Francisca tenía entre sus manos una buena información y no sabía cómo agradecérselo al doctor. Por eso se acercó como para decirle algo al oído y le besó dulcemente, con una sonrisa agradecida.

—Gracias doctor, usted será siempre un gran amigo para mí, que sin conocernos de nada me ha mostrado su confianza. Es un buen castellano.

El doctor había conseguido, con el beso de Francisca, aquel pequeño escalofrió de felicidad que los seres humanos sienten ante la belleza y la excitación de los sentidos.

Cuando llegó Francisca de nuevo a casa, le esperaba una sorpresa anunciada. María de Cazalla acababa de llegar de Guadalajara a visitar a sus parientes. Sabía de ella por su reconocida piedad y

conocimientos de las Escrituras y del latín. Las presentó Leonor de Vivero, porque Pedro de Cazalla había salido a última hora de la mañana a inspeccionar a un deudor.

—Vendrá pronto Pedro, -le había dicho Leonor como disculpándose-.

—No te preocupes Leonor, que estaré contenta, mientras, con platicar con Francisca, - contestó María sin poder disimular su curiosidad por aquel personaje que sus devotos la consideraban demasiado perfecta y santa como para que le dañasen ciertas libertades-.

—Sin duda será una larga conversación por los méritos de María de Cazalla –replicó Francisca asintiendo que sería una grata conversación de dos mujeres bastante independientes.

Estuvieron de acuerdo, como personas conversas que eran también, que en la Biblia, Dios había unido a judíos y gentiles.

Habían citado de memoria Gálatas 3:27-28 con una extraña traducción: “porque todos, al bautizaros vinculándoos al Mesías, os revestisteis del Mesías. Ya no hay más judío ni griego, esclavo ni libre, varón ni hembra, pues vosotros hacéis todo en uno, mediante el Mesías Jesús”. Jesús era para ellas también el Mesías, para las hembras y no solo para los varones.

Otra cuestión era la de Lutero. Francisca que había preguntado con cierta destreza a María, no tardó en recibir respuesta clara sobre lo que ella pensaba del monje alemán.

—Desde el momento en que aparece Lutero, siempre se ha dicho que es persona muy religiosa y sus hechos así lo demuestran. Pero además te confieso sinceramente, Francisca, – bajó su voz dulce y algo atiplada para expresar intimidad- que Lutero solo se ha enfrentado a los vicios y desordenes de los prelados y ministros de la

iglesia que desconocen las Escrituras. Ellos eran los que daban la ocasión para hablar mal.

— ¿No dicen que Carlos V, Domingo de Soto y muchos españoles piden mano dura contra Lutero que también anda de boca en boca entre los comuneros? –preguntó Francisca como persona siempre bien informada-.

—Tienes razón Francisca. Tienen miedo que los alborotos de las comunidades pidiendo justicia terminen en guerra civil y en reformas como las de Lutero. Además está el asunto en que muchas naciones se han levantado contra el Papa implantando una Reforma en la iglesia y unas Comunidades independientes, por lo que "no parece consejo de prudentes comenzar en nuestra nación alborotos contra nuestro superior" –dicen-. Nosotros con las cartas de San Pablo y los Evangelios podemos llegar a lo mismo por otros caminos que no sea la herejía.

— Si, pero ya anda mucha gente dañada, -confesó Francisca que conocía bien lo de los Doce Apóstoles de Medina de Rioseco y los afectados de luteranismo en la Universidad de Alcalá-.

—Debo confesar que tienes mucha razón. Desde las reformas de Cisneros, que no han servido para cambiar nada, ha habido más libertad y la infiltración de las nuevas ideas luteranas se ha realizado por muchos caminos. Muchos intelectuales y hombres de negocios en la Corte de Carlos V cuando le acompañaron a Flandes y a Alemania, vinieron impregnados de la herejía. Los seguidores de Erasmo también harían apreciar a Lutero al ser el fraile estandarte de esa Reforma anhelada. Los intelectuales españoles de Amberes y Lovaina siguen simpatizando con las 95 tesis. Lo cierto es que hoy parece todo a favor de Lutero y la universidad y mucha gente del pueblo lee la Biblia y la vive.- replicó María haciéndole ver su preocupación-

Francisca sabía muy bien desde los entresijos de sus devotos, -la mayoría clérigos e intelectuales-, que en España nunca se había hallado una expresión de espiritualidad evangélica como en este siglo. No eran los profetas y los visionarios de la mística el eje de la España religiosa, sino otros, aquellos que conocían y enseñaban las Sagradas Escrituras, que instruían en una adoración en espíritu y en verdad, y eran intelectualmente íntegros; no unos hipócritas como se llamaba a los católicos de todas las Órdenes.

— Según el embajador en Roma, Juan Manuel, el obispo de Zamora, Acuña, partidario y líder de los comuneros, es “otro Martin Luter”.- añadió Francisca quien conocía esta confidencia por sus aristócratas amistades-.

—¿Ves Francisca?, todo encaja: el movimiento de Guadalajara con Isabel de la Cruz y Alcaraz, el movimiento de Cuenca con Hernando de Valdés y sus hijos Juan y Alfonso de Valdés, los

canónigos de Palencia, los doce Apóstoles de Medina de Rioseco, los erasmistas de Alcalá, los comuneros, los frailes comuneros, los franciscanos herejes y el movimiento converso. Esto va a ser una verdadera revolución, al menos mientras la Inquisición deje hacer y mire para otro lado.

María también estaba preocupada por la Inquisición que se metía en su vida de manera descarada solo por ser mujer y por ser conversa de judíos. Francisca le dio datos de lo que se decía de los conversos:

—El almirante de Castilla estaba diciendo que todo el mal de las Comunidades ha venido de los conversos. El obispo de Burgos que estos son duros de cerviz y revolucionarios irreductibles. En Sevilla decían que la causa primera de las comunidades de Castilla había sido el desafecto de los conversos y las personas a las que perseguía el Santo Oficio. Quizás tengan razón, –decía Francisca analizando todo con la sabiduría que solo ella tenía- porque no sé si te has dado

cuenta, María, que estas *Comunidades* tienen también su origen y forma de congregación de fieles y siguen la estructura de la sinagoga y la primitiva iglesia.

—Nunca me había fijado en ese detalle, -confesó con cierta sorpresa María-

— Aquí en Valladolid el organismo representativo de los comuneros se llama *Congregación*, en Zamora y en Palencia se llama *Junta* y en otras partes *Comunidad*. Una comunidad de bienes y servicios que en Murcia llaman "*perrochias"* que gobernaban la ciudad sin ningún regidor, ni jurado, ni caballero ni otra persona de buena intención. En Toledo hicieron jurado al doctor Martínez y este no lo aceptaría porque dijo: "me querían facer jurado de una *perrochia* y no quise aceptarlo y dixeles que no me hiciesen *obispillo*".

María sonrió al relato de Francisca, mientras profundizaba en su significado.

Había llegado la hora del almuerzo. Pedro Cazalla había vuelto de sus cometidos, sudoroso. Acudió a refrescarse. Inés la criada negra de los Cazalla estaba pendiente de todo. Llenó su palangana con el agua de su jarra de cobre repujado y dejó a don Pedro que lavase sus manos y su cara, secándose en una toalla con encaje de bolillos en los extremos. Se perfumó con agua de tomillo y lavanda. El calor del mediodía, en esta época de junio, picaba. Se acercó a la mesa que hoy vestía sus mejores galas. Un mantel damasquinado, en plata y azul, lucía la mesa de cuatro platos hondos de plata y unos cubiertos decorados con zarcillos de acanto, vasos de plata para especies, salseras y soperas. Una hogaza de pan candeal recién hecho en un horno de Pereruela, presidía la mesa. Esperando dar las gracias a Dios por los alimentos, y mientras traían el vino y el mosto fresco, la criada había puesto la sopera sobre la mesa. Pedro pidió la

bendición con una oración de la fiesta o " séder de Frutikas" que decían en ladino los sefardíes: Bendito eres tu A(donai), nuesto Di's, Rey del mundo, el que crea el fruto del árbol, de la vid y del trigo. Amén.

Enseguida Pedro miró a María para agradecerle su presencia y preguntarle por su hermano el obispo Cazalla, su esposo y sus seis hijos.

—En realidad –dijo Pedro como disculpándose- he perdido la cuenta de tus hijos, pero creo que tu esposo, Lope de Rueda, me había dicho que eran seis.

Pedro partió el pan y lo distribuyeron sus criadas mientras conversaban.

— Son seis y ya no pienso tener más. Con la vida que llevo de un lado para otro, no sería bueno privarles de una madre. Ya bastante me critican por mi independencia que uso para el servicio de Dios y

en honestidad a mi vocación de enseñar- contó con nostalgia María sus pensamientos de madre -.

— ¿Qué más me dices de tu hermano el obispo?, -preguntó Pedro queriendo saber tanto de su evolución religiosa como de su salud-

—Sé lo que me quieres preguntar: si Juan sigue siendo tan iluminado como siempre.

—Así es. Porque menuda se lió por 1509, cuando el cardenal Cisneros lo mando a la cruzada contra los moros y escribió la caída de Orán como el cumplimiento de una profecía.

—Pero tu quizás no sepas de lo que yo me enteré después- siguió María ahondando en el tema como enorgulleciéndose de su tío-. Cisneros casi enloqueció de locura profética. Siete años después, mi tío el Obispo Juan de Cazalla conservaba el recuerdo de las “imaginaciones casi locas” que se escapaban de la boca del cardenal: anunciaba, para un plazo de doce años, la reconquista de Jerusalén,

una renovación total de la cristiandad y su extensión hasta los confines de la tierra, y una reforma de la Iglesia por hombres espirituales, apostólicos y admirables a quienes la omnipotencia de Dios iba por fin a suscitar.

María quedó pensativa, rumiando lo dicho por el cardenal de una reforma de la iglesia por “hombres espirituales” que Dios habría de levantar. Entonces se había servido el vino en unas copas de cristal veneciano, regalo de don Carlos de Seso.

—¿No tenéis en Guadalajara, esos hombres espirituales, que dices, personas como Pedro Ruiz Alcaraz e Isabel de la Cruz, que han sido los maestros espirituales de Juan de Valdés?, -preguntó Pedro como adivinándole el pensamiento-.¿No son conocidas por su servicio al Evangelio?

—Pues claro que sí, -respondió María queriendo matizar enseguida algo que le parecía importante al estar delante de una

revelandera como Francisca-. Alcaraz conoce la Biblia de memoria y, aunque no sabe latín, la cita sabiendo muy bien lo que dice. Sin embargo yo siempre pienso como Juan de Valdés, que siempre es necesaria ciencia y experiencia de las cosas espirituales.

Francisca Hernández entró enseguida en la conversación, al sentirse aludida. Ella apenas sabía de las Escrituras. Lo que conocía era mera cultura religiosa y alguna historia de los Evangelios y Epístolas escuchadas en la misa. Su fuerte estaba en las revelaciones que, decía, venían de Dios como también lo hacían otros frailes mesiánicos, místicos o apocalípticos.

—Dicen que Alcaraz es ahora el predicador seglar del marqués de Villena, Diego Pacheco, -afirmó preguntando Francisca-.

—Sí, - reconoció María Cazalla asegurándoselo con la cabeza -. Y tiene una gran concurrencia de seguidores, aunque no tantos como tu Francisca que tienes cientos.

—No tengo tantos como se dice, -señaló orgullosa Francisca, mientras guió su conversación a ciertas críticas de los alumbrados "dexados" que la tenían por libertina -. Estoy con Medrano al que han metido en una cárcel secreta, que cuando Dios da gracia a un hombre como él y el espíritu entra es algo que no se puede controlar. Medrano siempre quedaba flaco y molido en los autos que hacíamos. Cuando besa a una mujer es como si Dios besara. Así como los niños se huelgan con las tetas de su madre y luego las abrazan, así es Medrano. Y yo me siento bien con él, porque me da castidad.

—Sin embargo –replicó Leonor Vivero ruborizada- , cualquier chispa carnal puede ser la mecha que puede provocar grandes incendios.

—Es mejor expresar estas cosas con naturalidad y libertad, Leonor, para no parecer puritanos. Francisca dice esas cosas porque las cree - dijo Pedro Cazalla-.

—Yo también como Leonor me siento incómoda con las formas -manifestó María-. Yo puedo aceptar la impecabilidad de Francisca en base a que Dios nos hace perfectos en Cristo por el “beneficio de su cruz”. Sin embargo no me gustan ni estoy dispuesta a aceptar las maneras morales y sexuales con que se tratan las cosas de Dios.

Leonor Vivero apoyó el pensamiento de María y añadió.

— En muchos casos se usaba a Dios para abusar del sexo y se abusa de otras mujeres manifestando que se les da gracia de Dios, cuando son casos claros de escándalo e inmoralidad.

—Ya bastante tenemos las mujeres dedicadas a la vida de la enseñanza que nos consideren libertinas, cuanto más que lo seamos y en nombre de Dios –expresó con cierto enfado María, segura de que esto le traería consecuencias con Francisca-.

—No podemos ser consideradas libertinas si la gracia de Dios está con nosotras, pues los encendimientos carnales los quita Dios, -dijo Francisca segura de que nadie la podía juzgar-.

—Ojalá Francisca, ojalá, porque esas armas las carga el diablo y hay muchos curas que han sido denunciados a la Inquisición por “solicitantes” y han sido condenados por inmorales.-Era una clara insinuación a Medrano, su compañero de andanzas y fatigas, al que habían obligado a separarse de Francisca por concubinato-.

Leonor de Vivero, que había estado observando sin apenas intervenir en la conversación, y viendo la deriva de la conversación, anunció los postres.

—Hoy tenemos tarta y unos pasteles que hacen las monjas de Belén. La fruta está en el centro para quien le apetezca- señaló el lugar con su huesuda mano-.

—Después de la carne y sus salsas, no sé si podré comer más, -comentó Francisca a media voz, sin dirigirse a nadie en concreto-.

—Los pasteles de las monjas de Belén son exquisitos. Pruébalos –dijo María a Francisca para reconciliarse un poco con la beata revelandera después del acalorado debate de la comida-. Yo, todas las veces que vengo a Valladolid, les hago una visita y llevo una caja para Guadalajara.

Todos parecían estar cansados, porque se fueron levantando de la mesa por diferentes motivos. En realidad todos sabían que la siesta era sagrada en aquella casa y cada cual se fue al lugar acostumbrado. Don Pedro como siempre, se recostó en el pequeño balancín debajo de la higuera donde corría una brisa caliente pero agradable. Al día siguiente María se fue con el arriero que le había venido a buscar después de haberse despedido de sus familiares y de Francisca. Tal

como habían sucedido las cosas, María no dudó que Francisca podría denunciarla a la Inquisición, lo cual no tardaría en producirse.

4 La noche del edicto de gracia. 1525.

El inquisidor de Toledo estaba cansado de que le acusasen de permisivo con la herejía. El señor Fiscal, los notarios y el escribano de Secretos, le informaban constantemente de cierta herejía que suspendía el pensamiento y lo dejaba en Dios. Le decían que se parecía a la herejía de Juan Hus y la de Lutero en cuanto negaba el libre albedrío. Sin embargo ¿qué peligro podrían traer alguna que otra beata, aunque fuese tan bella y tan sagaz como Francisca? ¿Acaso esta mujer no era el ejemplo más claro del pícaro que quiere vivir a costa de la superstición e ignorancia de los demás?

Estaban cambiando las cosas con tanta rapidez que el inquisidor no estaba ya seguro de lo que pensaban los alumbrados, sus devotos y toda aquella caterva de beatas metidas en religión. Lutero había triunfado en la Dieta de Worms y ahora la inquisición debería estar más alerta que nunca por los peligros de una infiltración de sus ideas. Especialmente porque parecían estas ideas luteranas mezclarse con los alumbrados españoles que eran mejor entendidos por el pueblo.

—Acuérdese de fray Alonso de Mella de cómo en poco tiempo formó una comunidad en Durango. Ellos tenían los bienes en común y no se sentían sujetos a la Iglesia ni sus preceptos. Tampoco martirizaban su cuerpo como método de perfección, y no ayunaban ni comían sin obligación de preceptos, - decía con solemnidad el fiscal Maldonado -.

—Eso que acaba de decir vuestra merced me ha dado una idea interesante. Relacionaremos esta herejía del dejamiento y el

recogimiento (suspensión ociosa del pensamiento que dicen estos alumbrados) con los herejes de Durango y así desviaremos la atención de las ideas luteranas sobre la evangélica libertad del pérfido alemán, - había dicho resuelto el inquisidor quien pronto podría construir un Edicto que atajase todas las herejías reinantes-.

Después de algunos meses de estas conversaciones entre fiscal y el inquisidor, con el visto bueno del Inquisidor general Manrique, algunas iglesias habían tocado a muerto sus campanas anunciando un evento excepcional.

— Dicen que se ha preparado un Edicto por la Inquisición y ahora se proclama, -indicó una beata visionaria que llamaban la "Toledana", al cura de Santo Tomé -.

— Ciertamente. En casi todas las iglesias se predicará un sermón de domingo, con asistencia de varios párrocos y de algunas órdenes religiosas. Será un día especial de consternación y luto para la

iglesia. Es la promulgación del Edicto contra alumbrados, dexados y perfectos, añadió el cura-.

— Y ¿qué dirá este Edicto?, -preguntó la beata como para prevenirse.

— Será un Edicto de Gracia. Pero antes, en el sermón, se exaltará la fe católica y los herejes habrán sido descubiertos y echados a todos los infiernos.

— ¿Qué gracia se nos concede en ese Edicto?, insistió la beata.

— No preguntes tanto Toledana. Solo te diré que se expondrán, con todo lujo de detalles, las herejías de unos y de otros para que la gente esté apercibida y después confiese y denuncie a quienes practican estas herejías, -indicó el cura que no quiso dar muchas explicaciones-.

El domingo siguiente la iglesia de Santo Tomé proclamó como estaba anunciado el Edicto de Gracia. Lo cierto es que la gente

sencilla salió angustiada al escuchar tantas deserciones de la iglesia por parte de judaizantes, musulmanes, alumbrados, erasmistas, luteranos, solicitantes en confesión, bígamos, adivinos, supersticiosos, poseedores de libros prohibidos, etc.

—Líbrenos Dios de tantos males y libre a su santa iglesia de tanta herejía- exclamaban las plañideras y beatas al salir de la iglesia, mientras se golpeaban el pecho y sollozaban para que les viesen.

Muchos, sin embargo, en su interior pensaban lo contrario.

—Se necesitan más Luteros para que repartan sus riquezas con los pobres y dejen de cobrarnos los diezmos –había dicho un campesino al que apodaban el "Tuerto" quien por este motivo sufriría prisión por tres años-.

La realidad era que muchos pensaban como el campesino. Se comentaba que había muchas personas en el arzobispado de Toledo

que decían, consensuaban y publicaban algunas palabras que parecían desviarse grandemente de la santa fe católica y la común observancia de los fieles cristianos. Que hacían conventículos particulares secreta y públicamente y que se decían alumbrados y perfectos. El Inquisidor General había dado un plazo de gracia para que los que quisieran manifestar sus culpas o denunciar y declarar cuanto supiesen de las ajenas, lo hiciesen en el plazo dado. Si así lo hacían, solo les impondrían penitencias espirituales.

Esta hábil forma de inquirir en el alma de los hombres, escrutaba todas las intenciones, todos los sentimientos y pasiones, todas sus economías y su forma de vida. Sin embargo, dejarse hurgar en el alma por un tiempo preservaba la vida terrena y si no tenías la fuerza de un mártir, esta forma de delación te libraba de la hoguera.

Las audiencias inquisitoriales se llenaron de personas por esta causa. Muchas no tenían intención de decir la verdad y menos aún

confesar sus propios errores, pero al menos los inquisidores se enteraron de lo que estaba ocurriendo en la calle. Aquellos despachos oliendo a incienso y llenos de moho, ricos en pinturas, sillas regias y crucifijos por doquier, comenzaron a llenarse también de una rica cosecha de opiniones, gestos sospechosos, extrañas y simbólicas palabras. Habían añadido una sala más para los "folios del secreto" y habían tapiado sus ventanas para guardarlos con seguridad. Sin embargo todo era rutinario en aquellos días donde solo se tomaban las declaraciones:

—¿Jura usted a Dios y a esta santa cruz decir verdad?, preguntaba indiferente el inquisidor a Segismundo el carnicero-.

—Sí, lo juro- contestaba el declarante-

— ¿Cómo se llama usted?

— Segismundo Zamora

Entonces indicó su nombre y procedencia, el tiempo que llevaba residiendo en aquella zona. Después comenzaban las preguntas más embarazosas y siempre de difícil respuesta.

—¿Sabe usted, o presume, la causa de haber venido como declarante a la audiencia del Santo Oficio?

—Algo presumo.

Y seguía preguntando y preguntando el inquisidor.

—¿Por qué lo presume usted? ¿Acaso no está seguro?

—Si lo estoy, -confesó con aturdimiento.

— ¿Y vuestra merced ha dicho toda la verdad? ¿No ocultará a ningún familiar suyo?

—No Señoría, -contestó el pobre carnicero al que ya se le notaba lo asustado que estaba-.

— ¿Entonces quiere confesar a cuantos le ha vendido carne en viernes? ¿Sabe todos sus nombres?

El inquisidor había pillado a contrapié al carnicero porque él venía a confesar otras cosas de conciencia.

— No señoría. Yo solo vengo a decir que he estado en una reunión con una beata que decía se podía comer carne los viernes de Pascua.

Sin embargo, todas estas preguntas podrían hacer dudar a cualquier persona por más inteligente y audaz que se sintiera. Responder con un sí o un no, resultaba difícil, pero si pretendías explayarte un poco era probable que cometieses muchos más errores.

— ¿Cómo, siendo católico, asistía usted a esos conventículos, sabiendo o debiendo saber que son contrarios a la religión?

—No sabía que fuera malo.

— ¿Cómo no, sabiendo que se profesa en el iluminismo la no mediación del sacerdote, el cual se opone al artículo de fe que nos enseña que solamente pueden salvarse los hombres profesando la religión católica, apostólica y romana…?

El inquisidor siguió confundiendo al carnicero, que ya no sabía si contestar si o no.

Recursos forenses de negar y afirmar a la vez, hacían que el no avezado en estos menesteres dijese lo que no quería decir. Lo cierto es que aparecieron personas importantes y en abundancia. Era tal la variedad de opiniones que, resumidas por el Consejo de la Inquisición en el edicto, reflejaban que el fantasma de Lutero estaba ya por todas partes. Era un temor inconfesable y todos estaban dispuestos a conjurarlo, aunque no se atreviesen ni siquiera a nombrar a Lutero. Pensaban que fraccionando la herejía, como se había venido haciendo siempre en España, haciéndola parecer más

pequeña y menos terrorífica, se espantaba el fantasma. Unas proposiciones acusatorias eran por "erróneas" otras por "escandalosas" "blasfematorias" "contumeliosas" "locas" "con sabor a herejía". Solo algunas proposiciones eran por luteranismo, pero el inquisidor general Manrique entendía y así lo expresaba al final del Edicto que el problema detectado era el luteranismo, por lo que exhortaba a los desviados a que se aparten en todo y por todo de los dichos errores y novedades.

Publicado el edicto, se había esparcido un escalofrío de temor por todos los pueblos castellanos. Todos sabían que no eran solo doctrinas de alumbrados o beatas revelanderas. Eran exposiciones de las cartas de san Pablo y de los Evangelios, como nunca se habían predicado. Los rasgos de estas doctrinas paulinas hasta ahora habían quedado ocultos bajo un pseudo-misticismo, su forma de quietismo, su dexamiento. Ahora aparecía un luteranismo menos vago de lo que se quería aparentar. Lutero aparecía por todos los lados. Francisca

Hernández lo sabía muy bien, aunque no supiera definirlo. Se exaltaba la fe frente a las obras, la gracia, frente al libre albedrío, la piedad íntima frente a las ceremonias y ritos. Una de las primeras veces que tuvo que declarar ante el inquisidor le había dicho convencida:

—Me pesa no haber pecado más, pues conociendo la merced de Dios, quisiera haber pecado más por gozar más de ella, y porque aquel a quien Dios tiene que perdonar más, aquel lo ama más.

Estas palabras tenían la misma fuerza expresiva que Lutero al decir "peca mucho y cree más y goza de Cristo". ¿Es que acaso Francisca era luterana o sus palabras solo eran un trozo de teología aprendida de memoria para aparentar ser teóloga?

— El hombre es, pues, por sí solo, incapaz de resistir al pecado y únicamente puede salvarse por la fe- se repetía Francisca como para aprendérselo de memoria y así poder entenderlo mejor-.

Creía Francisca que Medrano se lo había leído de un libro traducido en Flandes que habían introducido en España en toneles de vino de Borgoña aunque otros decían que venía dentro de fardos de heno o de yute (cáñamo de las Indias). Creía que era de Ecolampadio pues era parecido al que tenía Bernardino Tovar y el obispo Cazalla. Sin embargo, a Francisca no le interesaba la teología, sino el iluminismo donde ella sabía sacar provecho con sus visiones y adivinaciones. El obispo Juan Cazalla, hermano de María Cazalla, era más afín a ella que María. Por eso lo recibía con frecuencia en su casa que era la casa de Leonor y Pedro Cazalla y hablaban de la *Lumbre del alma* un libro que acababa de publicar.

—Vuestra Excelencia parece que trata muy bien a las mujeres. Sin embargo ¿no cree que esta adoración por la mujer, haga que aparezcan una avalancha de beatas que no tienen don de revelar?, -preguntaba Francisca alarmada por tantas mujeres revelanderas y arrebatadas que podrían arruinar su negocio-.

—Lo dices porque la Inquisición está entrando en los grupos y capillas que llaman “conventículos”, los cuales son dirigidos por mujeres que interpretan la Biblia libremente, cuando deberían ser los hombres de iglesia, los clérigos, quienes deberían hacerlo, -dijo el obispo sabedor de lo que ocurría-.

—Sin duda Excelencia.

Francisca estaba de acuerdo. El obispo había dado en el centro de lo que quería tratar-.

—A la Inquisición –indicó el obispo- lo que más le llama la atención son las denuncias sobre el afecto que se le da a las mujeres que es una mezcla de sensualidad no confesada y respeto religioso.

—Es que debemos ser respetadas también. Las beatas realizamos una función sanadora que dulcifica y alivia el corazón cansado de los seres humanos- se defendió Francisca.

—Últimamente la Inquisición se fija en el abuso de expresiones de subido color y calor amoroso, cuando el beaterio se hizo para realizar también obra social, -puntualizó el obispo que era un especialista en la estructura sicológica y espiritual del ser humano-.

Parecían no llegar a ninguna parte y Francisca enfrentó de inmediato el tema que quería saber de aquel escurridizo obispo.

—Pero también sabe vuestra merced, -decía Francisca acercando su mano al obispo- que, como sus escritos señalan, nunca el hombre puede pagar a Dios algo que le satisfaga. Solo por el amor de Cristo y de su beneficio en la cruz podemos ser salvos. ¿Quiere esto decir que podemos alcanzar esta salvación independiente de la Iglesia?, -preguntó sin disimulos Francisca y con la sonrisa en sus labios-.

Francisca estaba segura de que el obispo era luterano, pero no lo podía probar de momento. Ideó un plan que supondría averiguar todo lo que se decía cuando era consultado y en conversaciones

particulares. Quería entrar en un conventículo o reunión donde estuviera presente el obispo Cazalla y se expresase con más libertad. Por fray Francisco Ortiz, uno de sus últimos devotos más cercanos, supo la contraseña donde se reunía la congregación vallisoletana y se presentó de improviso en una casa que Pedro de Cazalla tenía junto al río para celebrar reuniones. Francisca golpeó el llamador de la puerta hecho de forja con la figura de un león.

—" *Los árboles lloran por lluvia*", -dijo el portero en sefardí antes de abrir la puerta, mientras esperaba la contraseña-.

—" *Y las montañas por aires*", -respondió Francisca, mientras se abría la puerta de inmediato -.

Dentro, todos eran conocidos, aunque la luz de los candelabros distorsionaba algunas caras haciéndolas más viejas y amarillentas. Nadie sabía quién había invitado a Francisca, pero tampoco era una completa desconocida. Efectivamente estaba también el obispo

Cazalla. Mientras vivió el cardenal Cisneros, el obispo Cazalla estuvo jugando a ser profeta y místico, pero después su hermana María le había llamado la atención varias veces sobre su religión visionaria y sin sustancia. María Cazalla se asentaba en las Sagradas Escrituras y especialmente en san Pablo, no como su hermano el obispo que era amigo de ciertas ligerezas visionarias.

— Estas ilusiones religiosas solo son el condimento para las calderas del Infierno, -le había dicho más de una vez su hermana María-.

Últimamente fray Francisco Ortiz se había unido a Francisca Hernández a la que llamaba la *nueva Susana*. Ortiz predicaría contra Erasmo por sus sátiras, pero iban dirigidas sus prédicas sobre los discípulos conocidos del roterdano. Ambos, Ortiz y el obispo Cazalla, tuvieron una correspondencia nada amistosa por ello. Francisca Hernández había alabado al obispo por su comprensión de

ciertas mujeres destacadas en los conventículos, pero ella sabía, que el obispo Cazalla había protestado contra ella misma por el excesivo elogio que Ortiz le daba, cuando ni los Apóstoles alabaron tanto al Señor Jesucristo, redundando todo en deshonor de su orden.

Cinco años después, Francisca denunciaría al obispo Cazalla por alumbrado y luterano. Concretamente el obispo le había confesado a Francisca ciertas doctrinas heréticas:

—Tenía razón Lutero cuando negaba el valor del ayuno y las disciplinas.

El obispo sabía que la santidad de Francisca era pura mentira, sabiendo también que Medrano rayaba en la gula, tragando y nunca llenándose, como un vacío lujurioso que tenía necesidad de seguir deseando.

—Cierto que los ayunos y privaciones son solo ayudas para la perfección, -musitaba entrecortada Francisca-.

— También el rezo oral y los actos exteriores, como arrodillarse o doblar la cabeza no pasan de ser un ejercicio atlético- dijo el obispo a Francisca como preparándola para exponerle toda su doctrina luterana. Francisca solo escuchó.

El obispo había llegado a exponer a Francisca, con toda claridad, la justificación por la fe y no solo el "beneficio de Cristo" en su muerte que era la forma más habitual hasta la justificación luterana. —Todas nuestras obras son como trapos de inmundicia -le había explicado -. Solo si aceptamos por fe a Jesucristo, seremos salvos porque no hay otro nombre dado a los hombres en el que podamos ser salvos.

Su teología había llegado hasta tal grado de especulación y refinamiento que en conversaciones con el obispo Fonseca habían hablado si a Dios se le podía llamar "cuaternidad" o "trinidad".

En aquella reunión clandestina, donde Francisca se había presentado con engaño, se había leído a san Pablo en Efesios, donde se hablaba de una salvación por gracia por medio de la fe, no por nuestros méritos para que nadie se gloríe. Lo explicó muy bien el obispo. También se participó de la comunión bajo las dos especies de pan y vino. Era casi todo igual, pero parecía distinto. Había otro espíritu, otra adoración a Dios desde el interior de cada uno, otra participación de los reunidos en los comentarios que solicitó el obispo.

Aquel día Francisca había quedado impresionada de la infiltración del luteranismo en aquellos círculos y cuando llegó a casa de Pedro Cazalla, llamó a este previniéndole de mayores desgracias.

—Le aconsejo, don Pedro, que traiga a sus hijos a casa, porque creo que están siendo adoctrinados en la doctrina luterana por Bernandino Tovar en Alcalá.

— ¿A qué viene tanto escándalo y tanta prevención?, preguntó don Pedro-.

— Estoy segura que también su hijo Agustín Cazalla está siendo introducido en las nuevas ideas por el tío, el obispo Cazalla, y por las personas luteranas de la universidad de Alcalá.

— Si tú lo dices, que tienes toda la información del mundo, no lo dudaré. Los traeré a casa, en previsión, ya que estos tiempos de reformas y trasformaciones llevan directamente a la hoguera tanto a alumbrados como luteranos.

El obispo Cazalla murió cuando la inquisición procesó a su hermana María. Sabía que le venían persiguiendo y su corazón ya no quería latir. Ni siquiera tocaron las campanas a muerto por

indicación del propio obispo Cazalla en el testamento. Sin embargo, lo habían vestido con báculo y mitra color plata para su entierro. La casulla en oro y beige dejaba ver unos puños de encajes primorosos del alba blanca. El obispo revelandero, conquistador de moros en Orán y amigo del cardenal Cisneros, quien había presentado a Francisca como la estrella rutilante del cielo de los alumbrados y visionarios, ya no tendría más revelaciones. Tampoco quería ver como aquella mujer a quien él había encumbrado, ahora le traicionase. En sus últimos años cuando había conocido a un Dios personal, que se había hecho cercano, dejó de tener visiones y predicciones. También dejó de predicar arte y maravillas celestiales imaginadas para predicar el amor gratuito del Evangelio de Dios. Después de muerto sería acusado de luteranismo también, como una víctima más de Francisca.

5 VERANO DE 1529

Un grupo de soldados de los Tercios españoles, licenciados, algunos de ellos, del ejército en Alemania, caminaban a sus respectivos pueblos de Toledo para comenzar una nueva vida. No habían pasado dos años del saqueo de Roma, donde habían presenciado la mayor corrupción del mundo y no hacía muchos meses que habían estado en Spira y habían presenciado las revueltas de las ciudades independientes alemanas que protestaban contra el Edicto de Worms. Curtidos en muchas batallas y heridos tantas veces, todavía vestían con decoro el pobre traje militar y disimulaban los dolores y descalabros del cuerpo y del alma. Botas altas de cuero con solapas, pantalón bombacho de lino azul cerrado a las rodillas;

una casaca morada, una divisa roja encarnada, y una camisa blanca. Le adornaba un airoso sombrero de alas y una banda cruzada para la espada que les hacía parecer más jóvenes.

Aquellos orgullosos hidalgos de la baja nobleza castellana habían cubierto las plazas de la mejor infantería durante siglo y medio, evolucionando de las picas a las armas de fuego. Ahora, caminando de nuevo por Castilla, comentaban sobre los tiempos nuevos que les había tocado vivir y que ellos llamaban el tiempo de las trasformaciones.

— En Italia un tal Leonardo está construyendo un pájaro de madera que vuela.

Esto lo explicaba con todo lujo de detalles un soldado que había estado sirviendo en Nápoles y que le gustaba ir a los montes de Toledo para sentirse también pájaro.

— Pues no sé qué decirte del astrolabio con el que se orientan los marinos o astrónomos - respondió otro que lo había oído nombrar a soldados venidos del Nuevo Mundo-.

— Un médico español, que llaman Servet parece haber descubierto la circulación pulmonar de la sangre, pero como lo explica en un libro que titula la *Restauración del cristianismo*, parece que la iglesia se ha metido con él.

Enseguida aquellos hombres de mundo, soldados en muchos lugares, comenzaron a sacar en sus conversaciones la reforma de la iglesia que era el clamor popular y especialmente entre la nobleza española. Bullían por todos los lugares las ideas más peregrinas sobre la nueva espiritualidad que debería aparecer en España. Fundaciones de monasterios, de órdenes religiosas, beaterios y un sinfín de instituciones de caridad, buscaban formas nuevas de religiosidad. Sin embargo, en España el espíritu judeconverso seguía

manteniendo el amor al Libro, muchas personas de entre sus filas comentaban a san Pablo y habían sacado conclusiones parecidas a las de Lutero y Zwinglio.

En aquel verano las albercas estaban llenas de agua y las huertas frondosas, aunque el rigor del verano castellano parecía aplastarlo todo con su calor. La llanura semejaba un espejismo macilento de mares dorados. Por los caminos polvorientos y sucios, sin embargo, la actividad estival era frenética en aquel año de 1529. Los segadores gallegos que venían a ganar su jornada a los campos de trigo y centeno de la "tierra del pan" en Zamora, Valladolid y Palencia, llegaban hasta Toledo amontonando gavillas. Las eras estaban en plena trilla y las parvas cada día eran más grandes esperando el día de la limpia. En las eras el trabajo de la limpia creaba un espectáculo de cabriolas y fuentes de polvo cuando, elevando los bieldos al alto, se separaba el trigo de la paja. Los trillos, que daban vueltas y vueltas tirados por animales, trituraban el bálago seco, mientras un

trillador al que llamaban “Gildo”, bajo el sombrero de pajas, cantaba por “soleares” para aliviar su cansancio.

¡Ai Virxe María!

deisme la mano

que me voi a hondo

vaime ahogando...

Que me muero, madre

con soledade...

En lontananza, dos frailes mendicantes dibujaban por el camino su parda silueta, entretenidos en una larga discusión sobre las responsabilidades ante el mundo de un difamador como Erasmo y un desertor como Lutero. No se hablaba de otra cosa. Por los caminos y las ventas corrían también las novedades de Europa y se discutía si ese Erasmo, que escribía contra los abusos y la ignorancia de los frailes, no estaba desafiando a la “santa Iglesia” con aquellas

irreverencias publicadas a los cuatro vientos. El holandés Erasmo repetía una y otra vez, con las cartas de san Pablo en la mano y meneando la cabeza que “monachatus non est pietas”, porque decía que el hábito no hace al monje, ni le proporciona espiritualidad.

Un poco más abajo serpenteaba una larga caravana de condenados a galeras que parecía dirigirse a Sevilla.

— Malditos malandrines, caminad más deprisa, -decía el ayudante del capitán, mientras restallaba un vergajo -. Vais a saber pronto lo que es el remo y así apreciareis la brisa de Castilla.

— ¡Agua, agua!, -pedía, como suplicando piedad, un gitano condenado por vagabundo que arrastraba sus cadenas en medio de la fila-.

— Cuando lleguemos a la cárcel del próximo pueblo allí recibiréis la ración – contestó el paternalista capitán que solo

buscaba llegar a su destino y no meterse en dificultades con personajes de tal catadura-.

Algunos cautivos habían sido condenados por la Inquisición y arrastraban en silencio aquella injusticia en nombre de la religión de Roma. Otros galeotes habían sido condenados por vagabundos y ladrones; también por blasfemos, perjuros, maridos “consentidores”, rufianes, o por haber ocultado algún fugitivo. Vagabundos y gitanos eran la mayor parte de los condenados. A la necesidad de brazos que defendieran el mar, estos hombres infelices, vergüenza de la sociedad, eran metidos en barcos de guerra con destino al Nuevo Mundo. Pero su calvario comenzaba cada día, con caminatas interminables bajo el sol y el frío, y ser hacinados por las noches en cualquier cárcel del camino. Su deseo de escapar era constante como todo hombre privado de libertad.

Las águilas reales planeaban majestuosas el limpio cielo en busca de su pieza y unos buitres comían, cerca de la loma, un asno muerto de viejo y de trabajos. Un rebaño de ovejas se arrastraba polvoriento sobre la llanura y lamía los hierbajos del barbecho, buscando el frescor de la tarde.

Los mercaderes, en su mayoría conversos de judíos, arreaban a sus jumentos, asnos y mulas, sobre los que cargaban sus lienzos y linos para las sayas y también las ricas telas de seda moriscas. Entre las novedades ofrecían adornados casquetes altos, tamboriles, crucecitas de plata para sus orejas horadadas, pendientes y otras chucherías a su gusto. Para el cuello llevaban, de collar, rosarios de azabache, a veces de ámbar o coral y también cordones negros llenos de nudos. Los mayoristas más pudientes trasportaban sus mercancías en carros de bueyes, haciendo trueques de aceite, vino, trigo, mantos de tocino curado, especias, quesos o miel por los lugares donde no existiese. Los más osados, entre sus mercancías ocultaban los libros traídos de

Alemania, tan peligrosos por causa de la herejía luterana como muy solicitados por algunos conventos de franciscanos o jerónimos familiarizados con la novedad religiosa.

Toda esta frenética actividad de los caminos, divisaba, desde una ventana enrejada, la mirada triste y enigmática de Francisca Hernández, la beata, franciscana terciaria que se había hecho "esposa de Dios" y amante de muchos hombres. En el beaterio Francisca ya era considerada una santa. Sin embargo, ahora, apenas era consciente del mundo que le rodeaba, ensimismada en los mismos pensamientos que la *"Lozana Andaluza*" del doctor Delicado cuando se fue a vivir a la ínsula de Lípari. Ahora que la Inquisición andaba tras los pasos de Francisca, y que su sirvienta y amiga, Mari Ramírez, no estaba a su lado, se sentía peor que un náufrago en una isla solitaria. Acostumbrada a los necesarios lujos para una vida plácida y de pasión, rodeada siempre de una corte de aduladores y amantes, este silencio de la prisión y el rencor de su corazón le estaba volviendo

loca de soledad. La beata había sentido la vida correr por sus venas, había aprendido a vivir en medio de luchas, de éxitos y de fracasos, y la había compartido con toda clase de gentes, con allegados y amigos, muchos amigos. En aquellos días de aventuras religiosas en los nuevos ambientes y con las libertades suficientes como para pensar diferente, sin embargo, no eran días para vivir en forma estable y rutinaria. Su sentido de la vida no se había construido sobre una familia, unos ideales, un servicio a la sociedad, sino sobre una religión que ahora la perseguía. Había estado rodeada de gente, pero le faltaba todo, estaba vacía y sola. Su crisis personal, no era estar en una cárcel, ni el miedo al dolor, que sí lo tenía, sino de la vaciedad íntima, del desierto que llevaba dentro de sí.

— Si la vida es un absurdo, comamos, bebamos y disfrutemos de los momentos de placer que mañana moriremos, - se había dicho Francisca como principio oculto y secreto de su vida, repitiendo este dicho de la impiedad popular-.

Pero el comer y el beber y disfrutar de la vida tampoco daba la felicidad que esperaba Francisca. El refrán estaba confundido. Era peor la soledad que el hambre.

Ella había llegado a sentirse incapacitada de sentir a las personas y a las cosas. Había vivido sin raíces y cada persona y cada cosa solo servía para el instante de placer. Solo servía si era útil. Había querido tener a Dios a su lado, pero ella se había hecho como Dios o, como Medrano la llamaba, la "esposa de Dios". Sin embargo, ahora que estaba sintiendo la muerte pisarle los talones, comenzaba a importarle la vida.

De repente el carcelero voceó con desprecio y sin presentaciones.

— Las reglas de esta prisión son sencillas: yo mando y tu obedeces. Comerás lo que se te dé. Si pretendes escapar, te encontraré y sufrirás más que Jesucristo – gruñó sin reverencia-.

No dio más explicaciones, ni gastó más de su tiempo, mientras retiraba sus ojos amenazantes de ella. Era un hombre de facción agradable pero sibilinamente cruel. No imponía respeto por su fuerza, ni por su rudeza sino por la malicia y la intención de sus insinuaciones. Francisca se encontraba en una cárcel secreta y de las más seguras. No debía de haber en esta prisión más de tres o cuatro personas procesadas porque no había demasiados ruidos ni trajines. Tampoco podía esperar ya mucha piedad, cuando esta era la segunda o tercera vez que la metían en prisión.

— ¡Qué desagradecidos son los hombres!¡Todos unos ingratos! -musitaba desolada Francisca y rumiando venganza-. Ahora que les necesito, se han alejado de mi cuando tanto les he amado y tantas veces me han tenido por santa e iluminada de Dios. Tocaban mis senos, disfrutaban mi juventud y sentían el Dios de mi alma que se lo hacía más presente que en la hostia. Pero a estos desagradecidos los denunciaré y no se salvarán de ir a la hoguera.

Una lágrima recorrió lentamente su mejilla. Una mueca de suspiro desdibujó su rostro y dándose la vuelta quedó mirando la sucia pared como para que nadie la viera. Francisca como beata revelandera o impostora, (nadie estaba seguro de su profesión) había tocado los cielos, se había hecho madre espiritual de muchos frailes y presbíteros, y tras de sí arrastraba una corte de hombres religiosos que nunca le habían abandonado hasta ahora. Ahora estaba sin nada y sin nadie, solo tenía la sucia pared y su soledad.

Recordaba los felices días en los cuales, hasta el mismo papa flamenco, Adriano VI, cuando era cardenal, la consultaba y la admiraba. Este ya le había dicho que tenía los ojos demasiado bonitos para ser beata. El futuro papa no se atrevió a decir qué más cosas tenía bonitas, pero ella sabía de la admiración que sentía también por su atractivo físico. La fascinación que el Papa Adriano sentía por ella, le había salvado varias veces pero ahora se había alejado.

El general de los franciscanos, Quiñones, también pasaba largas noches contemplando a la “santa” que jugaba, libre como un lobezno, con su cuerpo y con su alma. Se creía impecable porque la única autoridad que la podía juzgar era su propia conciencia que estaba por encima de la iglesia y sus maestros.

— Vuestra santa merced, debe cuidarse más, –le decía el provincial franciscano Quiñones, mientras se excitaba con los labios candorosos de Francisca y sus ojos seductores-. Los caminos polvorientos pueden dañarle la cara que Dios parece haberla preparado para estar en los altares.

— No me diga eso, eminencia. Déjeme cogerle la mano y verá que estoy tan curtida de caminos que hasta mis manos se agrietan por los fríos y calores de esta tierra.

Francisca acercó su flácida mano a la altura de la boca del general franciscano como para que se la besase. Quiñones la besó

con naturalidad y atrajo, como por instinto, su deleitoso cuerpo para tenerla a la altura de su rostro. Al sentir próximo su aliento la besó dulcemente y se apresuró a decir.

— No siempre tiene uno la oportunidad de besar una santa antes de que llegue a los altares, -musitó con voz baja y entrecortada, acelerado su pulso y muerto de miedo si aquella conversación, de lasciva piedad, se alargaba-.

— Soy muy bendecida de que usted me visite, porque su presencia, sus palabras y su cariño me hacen sentir feliz. ¡Abráceme general Quiñones, que su amor me da castidad!

Ambos se fundieron en un prolongado abrazo, mientras Francisca alargaba su cuello para que se lo besase. El fraile General la besó repetidas veces como si no la quisiese soltar. Francisca movía su cuello de un lado a otro sintiendo el placer de ser amada con pasión y apretaba sus pechos contra el incontrolable fraile.

—Siga besándome General que vuestra merced me da virtud y tranquiliza mi alma-

—Siempre cuidaré que este hermoso cuerpo tuyo tenga un alma dotada de hermosura – dijo Quiñones mientras quitaba su hábito y levantaba a Francisca en brazos hacia la cama.

Aquella noche jugaron con sus cuerpos y sus almas, con la fogosidad de dos seres que también buscaban la felicidad en esta tierra. Despertaron al amanecer y Quiñones mandó preparar su montura y salió por la puerta del corral para alejarse disimuladamente al despuntar el día. Sus últimas palabras no parecían de despedida, sino el comienzo de otra de las amistades de la beata revelandera.

— Nada te faltará y siempre me tendrás a tu lado – dijo Quiñones en tono más íntimo.

— Así lo espero, padre general, pues desde ahora mi casa estará dispuesta para todo lo que guste.

No era fácil entender a Francisca en aquel estado espiritual suyo que pretendía apagar las llamas del infierno del medievo y gozar de nuevas e íntimas experiencias de Dios y reformadoras de la iglesia, dejándose y abandonándose en las manos amorosas de los hombres. Era un laberinto de libertades y pasiones donde todas sus salidas parecían llegar a Dios, pero Dios no la esperaba en ninguna puerta y parecía haberse marchado. La libertad de este género de alumbrados los hacía impecables en nombre del amor, aunque fuese el carnal.

Aquella tarde del verano de 1529 la habían arrestado dos alguacilillos de la Inquisición. Por los ricos brocados de sus trajes y puñetas parecían gozar de elevada relevancia en la Inquisición. Sus colores negros, manifestaban ser presagios de dolor y muerte.

— En nombre del Santo Oficio… - se había oído una voz briosa pero rutinaria y profesional-.

Ciertamente no había ninguna acusación. Todo era secreto. Pero según el edicto de 1525 estaba claro que se le acusaba por hereje. Sabía con seguridad haber divulgado que el amor de Dios en el hombre es Dios. En realidad, tampoco sabía por qué lo había dicho. Dios en su amor divinizaba su alma y por tanto deducirían fácilmente que ella no podía pecar ni aún en la carne, porque no se sentía pecadora. Ella nunca había sentido el pecado, cuando todos a su alrededor iban con el fardo de sus infernales transgresiones a cuestas.

— Yo soy franciscana terciaria y vivo en santidad ¿por qué me persiguen?, – repetía Francisca con enfado a los alguaciles y familiares del Santo Oficio, sin que estos le escuchasen-.

Abandonada a su suerte, sobre el alféizar de la ventana, comenzó a recordar tiempos de antes y de después del saqueo de Roma. Recordaría los primeros pasos de joven beata y aquellos primeros

encuentros con el luteranismo. Ella había nacido para la devoción a lo sagrado, para sentir las alas de los ángeles posándose sobre su cabeza y sentir que Dios la amaba apasionadamente cuando el sol, entrando por las vidrieras del templo, acariciaba su rostro. Sin embargo, la mezcla de lo sublime con lo sensual la hacía vulnerable, porque Francisca nunca había sido mujer de visiones, de éxtasis, de llagas, ni de temblores que eran señales de Dios más espectaculares y una tentación para las beatas. Ella solo sabía seducir y amar, y tenía miedo a los mundos cercanos a la locura.

Allí en Salamanca había conocido al capellán de los reyes, Juan López de Celaín, un clérigo de valía que por aquellas fechas de 1519 ya andaba en lo de Lutero, estando de acuerdo con él, entre otras cosas, sobre el celibato de los sacerdotes sobre cuyo tema ella tenía mucho que decir. Estaba claro que, si los clérigos no podían vivir castamente, mejor era que se casasen- decía-. Don Juan López de Celaín había nacido en Guipúzcoa en 1488 en una familia de

cristianos viejos. Había conocido a Isabel de la Cruz y Pedro de Alcaraz, y allí, en Guadalajara, había comenzado a leer las Sagradas Escrituras con otro sentido. Debió de estar poco tiempo en Guadalajara porque no conoció a otra de las beatas franciscanas con más prestigio entre los alumbrados, María Cazalla. La conocería después en Valladolid. María estaba casada y con hijos, pero mostraba un celo y un entusiasmo por las cosas de Dios y la Biblia, que muchos de sus días los pasaba predicando en las cocinas, los palacios o la universidad. Sabía latín y esto le daba acceso a una cultura siempre en manos de curas y frailes. María, obviamente, tenía pensamientos contrarios a Francisca cuya religión era muy particular.

Recordaba Francisca cuando y como comenzó todo. López de Celaín la había sorprendido con una declaración preocupante:

— Hermosa joven, Lutero no es un hereje sino un buen cristiano. Y estoy tan seguro como que es una verdad que ha cambiado mi vida, como la conversión de San Pablo. Sobre todo -se acercó sutilmente a su oído como confesándole un secreto- estoy con Lutero que la fe sola impide el pecar; “el renasçido con la voluntad de Dios no puede pecar” –recalcó seguro de su salvación-.

— ¿Está seguro de que podemos ser impecables? –preguntó asustada y sorprendida Francisca.

— Tan seguro como que por eso murió Jesucristo- respondió López de Celaín y se dispuso a explicárselo con más calma-. No quiero decir que no pequemos, sino que nuestras transgresiones no se nos imputan. Dios se hace responsable de nosotros.

Desde aquel día también para Francisca su mente comenzó a ser reformada y trasformada con sentimientos nuevos. Era, sin duda, el tiempo de las trasformaciones como decían los soldados del camino,

la era de las reformas. Otra cosa era que Francisca quisiera transformarse y vivir una piedad que no rentase beneficios económicos. López de Celaín le enseñaría que la seguridad de salvación y la paz verdadera del ánima nace de no sentirse pecadores, de no sentir la culpa porque Jesucristo había cargado en la cruz nuestras culpas y pecados. Para una mente despierta como la de Francisca se abrían mundos nuevos para los sentidos y también para la piedad y la espiritualidad.

Salamanca llena de conventos e iglesias, ya no parecía el mejor lugar para la piedad y para el ejercicio del servicio a Dios, sino uno como los demás. En todo lugar estaba Dios y estas doctrinas debían ser proclamadas por las casas, por los talleres, por los palacios, porque en las iglesias entraba poca gente y no se podía hablar. ¿Estaría Francisca dispuesta a seguir a un Dios que lo daba todo gratuitamente y solo exigía la fe? Ella siempre había creído que todo tenía un precio y la salvación había que ganarla. Pero Celaín le

hablaba de un Dios que había enviado a su Hijo para traernos la salvación pagando nuestras deudas. Salvación gratuita.

Aunque habían quedado en volverse a ver, Francisca sentía una inquietud especial con este clérigo de renombre. Al pasar por la iglesia de Sancti Spiritus, con su nave central esbelta y sus laterales acogedores, no sintió ningún deseo de orar mentalmente ni de recogerse, como tantas veces lo había hecho, sino darle vueltas al tema de la conversión de San Pablo después de su caída del caballo o encuentro con Dios.

— ¿Qué fuerza poderosa puede cambiar a un hombre de ser un perseguidor para convertirse en perseguido? ¿Quién puede cambiar la ambición o el rencor humano? ¿Cómo se combaten las miserias, las injusticias de la tierra, si no se cambian los corazones y se mete a Dios dentro? – y otras infinitas preguntas se hacía con angustia e impaciencia, Francisca-.

Conocía la historia que corría aquellos días por Salamanca, del obispo comunero Acuña que se había hecho las mismas preguntas y había salido en pie de guerra a combatirlas contra el imperio de Carlos V. El obispo comunero creía que había llegado el tiempo de combatir las injusticias, volver a un cristianismo donde todos fuesen iguales y los bienes también fuesen distribuidos con equidad. Sin embargo, Francisca temía el dolor del hambre y el frío de la soledad. No así aquel obispo, Antonio Acuña, que trajo la primera reforma de España, comenzando la era de las trasformaciones y las reformas. Uno de sus últimos y excitantes discursos a las tropas de Villalar explicaba el motivo de su revolución:

—*"Creeré haberme granjeado cumplida y superabundantemente grandes riquezas, un nombre célebre, una fama eterna, en fin, el verdadero descanso del alma, con tal que consiga aliviar algún tanto al pueblo de los tributos e inmoderadas exacciones; con tal que obligue a los magistrados a poner coto en saquear a los*

pobrecitos; con tal que llegue a señalar límites fijos, que no sea lícito traspasar, a los arrendadores de los tributos. ¿Qué mayor gloria, qué patrimonio más rico, qué fama más eterna que el haber aprovechado a mis conciudadanos con toda mi posibilidad, con todas mis fuerzas; ¿que el haber sido de muchísima utilidad a la república, que el haber derogado las leyes que devoran al miserable pueblo? ¿Y qué otra cosa falta, esforzadísimos varones, sino el que vosotros, como os lo aconsejo, puesto que despertáis por fin de vuestro letargo, sigáis y ayudéis con dinero y soldados a vuestro jefe, que nada desea para sí, que solo desea ayudaros valerosamente y aun perder al mismo tiempo la vida? Vuestro jefe no os faltará como vosotros no os faltéis a vosotros mismos. ¿Acaso juzgáis que el auxilio divino faltará a tan piadosa causa? Tratad, no de hacer violencia a nadie, sino de libraros de la dura tiranía que contra vosotros ejercen los magnates, los magistrados regios y algunos implacables logreros; y estad preparados a evitarla, no robando lo

ajeno, sino defendiendo lo propio. ¿Por ventura, yo que soy un sacerdote había de aprobar tan enteramente una causa que creyese que no era a Dios muy grata? Sírvaos de una prueba incontestable de que vuestra causa es santísima, el que un obispo, a quien están prohibidas las armas porque se hermanan mal con la piedad, toma con tanto ardor parte en la guerra. Más diría si creyese que vosotros necesitabais de más largas exhortaciones, y si aun callando yo la misma causa no hablase. Sin duda que una insigne victoria manifestará de un día para otro cuál de las dos causas es más del agrado de Cristo".

Fue un discurso memorable, pero Francisca no estaba para ninguna revolución soldadesca porque solo quería vivir y disfrutar los pocos placeres de esta corta y fugaz vida. Sin embargo, ya intuyó que había ideales más nobles. Que se podía ganar la vida en la tierra, pero perderla por la eternidad. Por eso procuraba armonizar en su mente las enseñanzas de López de Celaín y el obispo Acuña.

Mientras el obispo preparaba a los hombres para el sufrimiento en una lucha desigual, López de Celaín le quitaba de un plumazo el peso de sus miserias y pecados, del fanatismo e injusticias de la vida, y lo dejaba todo en las manos de Dios. Recordaba Francisca sin saber quién lo había dicho:

> —Dicen que Nuestro Señor viene a ellos sin más que sentarse a esperar. Que basta quedarse quietos y aguardar para que el Señor los ilumine. Por eso les dicen también los “dejados”.

Pero esto tampoco era lo que sostenía el capellán de los reyes Juan López de Celaín. Era algo distinto, algo más luterano, pues no era sentarse a esperar, quedarse quietos y aguardar a que Dios los iluminara, sino que la perfección y el sentirse impecables venía del “beneficio de Cristo”, del valor de su amor al morir en la cruz por cada uno de los hombres. El virus del iluminismo tomaba otras formas más evangélicas y la sola oración mental pasaba a un

segundo plano. ¿Fueron tantas ideas e ideales juntos los que habían hecho una escéptica y una epicúrea a Francisca?

— Demasiadas escuelas para mí, que apenas se leer y escribir – se decía Francisca intuyendo mundos ideológicos nuevos, nuevos alimentos espirituales -. Estos son rompederos de cabeza que no traen nada provechoso a mi vida. O quizás sí. ¿Acaso no se dice que los siervos de Dios no han de trabajar ni ocuparse en ejercicios corporales? ¿Qué las siervas de Dios han de resplandecer viviendo en el siglo fuera de religión? ¿Qué las mujeres que anden en hábito de beatas, pueden vivir en casas de por sí, sin guardar clausura ni vivir en comunidad, ni dar obediencia a nadie? Pues esto haré – decidió aquella tarde en Salamanca-.

Francisca aquel día en Salamanca siguió su paseo hasta las orillas del río Tormes, perturbada, aturdida por tantos pensamientos contradictorios. Allí junto al toro de piedra, como en el *Lazarillo de*

Tormes de Alfonso de Valdés, había comenzado a "despertar de la simpleza en que como niño dormido estaba" y a "aprender que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo". Aquella tarde, Francisca, no posó su cabeza para escuchar el gran ruido dentro del toro de piedra, como lo había hecho el lazarillo, porque el gran ruido de las olas de su pensamiento era su tormento y su angustia, mayor que el bofetón del ciego.

Recordaba Francisca la tarde salmantina cuando se apuraban los últimos rayos de sol y, por la sombra, la brisa comenzaba a refrescar los ahogos del cuerpo y del alma. Las golondrinas salían al reclamo de los mosquitos. Las tiendas de mercaderías en general y de abastecimiento de la carne y pescado en salazón y escabeche, cerraban bajo el control municipal. Desde Sordodolo hasta la Rua de San Martín estaban llenas las calles de puestos de venta. Las moscas se hacían pegajosas y por el centro de la calle bajaban todos los desperdicios de las tiendas recién fregadas. Se estaba construyendo

en Salamanca la Xerquería o carnicería de ovino como establecimiento comercial permanente, porque la ciudad estaba llena de inmundicias y suciedades, llena de tal manera de lodo que no se podía andar cuando llovía. Los aguadores paseaban por la ciudad voceando su mercancía a los sedientos, cargadas sus mulas de cántaros de agua.

— ¡Agua fresquita de la fuente el Clavel! Quita la sed y pone una sonrisa, - voceaba un aguador asturiano, menudo y bragado-.

Acababa de refrescar sus cántaros en las fuentes y pozos cercanos, donde se acercaban las jóvenes casaderas a contar sus amores y desventuras.

Recordó Francisca de improviso y sin saber por qué, las primeras noticias que había tenido de López Celaín en 1525 cuando el vizcaíno fue llamado por el Almirante de Castilla para reclutar a un grupo de doce apóstoles que evangelizaran Castilla. ¡Qué locura!

Las noticias se las había dado otro "devoto" suyo en Salamanca, Diego López de Husillos, cura de Toledo, que ahora era, según ella pensaba, el que la había denunciado. No sabía por qué se había convertido en su enemigo, pero de lo que estaba segura, es que también ella denunciaría todas las conspiraciones de herejes que conocía, empezando por Husillos. Ella conocía a todos. Conocía sus entradas y salidas, sus reuniones y sus ceremonias, sus contraseñas y secretos, pero sobre todo conocía sus debilidades. Como mujer de mundo había sabido entrar en la vida de todos y conocer sus confidencias íntimas, sus envidias, sus ambiciones. Ahora solo tenía que esperar, porque a determinadas personas no quería perjudicar. O quizás sí, porque solo ella era la importante, la necesitada, ¿qué le importaban los demás? ¿Qué significaban los que le habían ayudado cuando realmente estos eran los que le habían metido en problemas? ¿Qué importaba que le hubiesen tenido en sus casas, si ella siempre le había dado algo a cambio? Su prestigio, su belleza y su pasión. No

debía nada a nadie y no le importaría denunciarlos a todos con tal de defender su vida. El encerramiento de Francisca y el sordo silencio, le traía infinidad de recuerdos que en vez de aliviarle la torturaban mucho más. Aquella noche de verano las sombras fantasmales la habían arrinconado hasta hacerla insignificante. No tenía salmos para agarrarse, que fuesen el bálsamo de su abatimiento y serenasen su soledad y su rencor.

Aquel verano de 1529 Francisca lo pasó en prisión, pero su propia cárcel interior le amarraba con peores cadenas. Una única ventana de su celda le descubría el mundo exterior, pero su interior permanecía en la oscuridad más absoluta.

—Las personas ideamos nuestras propias cárceles interiores, porque somos prisioneros de lo que deseamos –confesaba Francisca llena de insatisfacción y con falta de paz interior-.

Aquella sed profunda, no era producto de estar encarcelada sino de sus deseos y envanecimiento propio. Las cicatrices venían de lejos, porque todos sus logros y su fama no le habían aplacado su soledad interior. Su carrera era un correr hacia adelante en pos de algo que nunca lograba poseer. Por eso se sentía quebrada, resignada, aplacada porque aquellos sueños y deseos no remediaban su mal. Era una lección que no acaba de aprender a estas alturas del camino. Las cosas que ella deseaba eran insatisfactorias. ¡Qué dolorosa era su cárcel interior!

6 LOS CASTILLOS Y PALACIOS ALUMBRADOS-LUTERANOS.

Aunque había salido de prisión, Francisca Hernández, la beata revelandera, comenzaba a ser vigilada más estrechamente por la Inquisición. Creían los inquisidores que ella sería la persona más informada y dispuesta a explicar el movimiento iluminista, bajo el cual ya se asentaba el luteranismo en toda su plenitud. Francisca era la llave para descubrir el entramado luterano. Los inquisidores sabían que ella no tenía madera de mártir, por su buen vivir y por su habilidad de estar en todos los lados de la nueva espiritualidad, pero sin estar comprometida con ninguno.

Por un tiempo Francisca visitó la alta nobleza, unas veces habiendo sido invitada y otras se introducía donde quería a través de

sus fieles devotos. De todos modos, ella no era una desconocida puesto que estaba en boca de todos. Su propósito era salir del cerco inquisitorial y aparentar una protección de la nobleza que evidentemente no tenía frente a los defensores de la Fe, los inquisidores.

Los castillos y palacios de Castilla comenzaban en la primavera sus primeros actos culturales. Había por este tiempo una gran confusión en las artes y las ciencias y todo lo que se hacía o se representaba se hacía al gusto de Italia. Después de Marco Polo y Dante, se había comenzado a ver un nuevo mundo que asombraba por su saber. Salvo raras excepciones, en España reinaban hábitos de increíble ignorancia en todos los conocimientos humanos. No había apenas facultativos, maestros o abogados, aunque comenzaron a llegar pintores y escultores que pudieron embellecer algunos palacios lúgubres y destartalados. El marqués de Villena le había enseñado a Francisca las últimas reformas arquitectónicas, le había indicado

algunos detalles de los estucos y los cristales y ornamentos varios llegados de Italia. A Francisca sin embargo algunas salas del palacio, decoradas con poco gusto, le seguían dando cierto miedo.

— Señor marqués, ¿su excelencia no tiene miedo de tantas cabezas de animales colgadas en las paredes? ¿No se ha fijado en la cabeza de aquel oso con la boca abierta y amenazante que parece nos quiere comer?

El marqués sonriendo le enseñó el rico salón y hasta se permitió hacerle oler unos aromas nuevos que suavizaban la agresividad del lugar. Mandó encender las últimas hachas para que se vieran bien unas telas recién llegadas de Holanda. También le enseñó la piel de un impresionante león que le había regalado el rey de Marruecos.

— Debe ser todo muy valioso, pero a mí me asustan hasta las cabezas de ciervo, aunque no tanto como las del jabalí. ¡Qué

colmillos más enormes las de este animal! Yo prefiero admirar los ricos paños franceses y las telas de oro y de seda.

— Creo que te gusta más el mundo pastoril ¿No es así? –preguntó el marqués a Francisca, que se veía impresionada de tanta riqueza a pesar del aspecto rudo-.

— Creo que sí excelencia. Resultan más relajantes los rebaños de ovejas y de cabras y hasta si me apura un rebaño de puercos comiendo las bellotas de las encinas.

El marqués se sonrió ante la gracia de Francisca y sus insinuantes muecas.

El castillo de Escalona en Toledo, situado sobre un cerro a los pies del río Alberche, protegía entre sus gruesas paredes a este anciano marqués de Villena, don Diego López Pacheco. Construido de canto rodado unido con fuerte argamasa, de diez metros de altura, formando el muro principal al oeste y norte, sin saledizos ni troneras,

se veía inexpugnable desde la llanura. Sus defensas estaban reforzadas por ocho torres albarranas macizas, elemento defensivo árabe, unidas a la construcción por medio de arcos, de modo que, si se destruyeran estos, no afectaran a la muralla ni al resto del conjunto. Su estructura era férrea y compacta, formada por una mezcla entre ladrillo y enormes piedras, lo que dificultaba el acceso al castillo.

El marqués, habitante de este castillo, caballero de la Orden de Santiago, siempre buscó novedades y hombres que supieran defender sus ideales, aunque los muros de su palacio fuesen medievales y rústicos. Por eso, ante aquella mujer ágil y lúcida de pensamiento como era Francisca, el marqués le ofreció un puesto en su corte, aunque Francisca sabía que no encajaba entre aquella gente superior. El marqués, años atrás, había ofrecido un empleo a Alcaraz y así se lo ofrecía ahora a Francisca con parecido propósito de elevar la espiritualidad.

— Hace unos años contraté como criado a Pedro Ruiz Alcaraz para este palacio ducal. Sin embargo, los servicios que buscaba de Alcaraz eran de tipo espiritual, para gran sorpresa de todos.

— ¿En que resultaba ser una sorpresa Alcaraz?, – preguntó Francisca procurando seguir el pensamiento del marqués-.

El marqués de Villena le explicó a Francisca aquella historia con Alcaraz. Aunque el de Villena era una persona entrada en años, no había perdido el sentido del humor y recordó sus mismas palabras.

— Serás mi predicador laico y te vendremos a oír no solo la marquesa y yo, sino todas las personas a mi servicio. Entre ellos estará mi capellán Marquina, Juan de Valdés, mi protegido y hermano del secretario de la Cancillería imperial llamado Alfonso de Valdés, el gobernador Antonio de Baeza y gentes principales de la ciudad.

— ¿Cómo reaccionó Alcaraz?, preguntó sonriendo tibiamente Francisca-.

— Muchas gracias señor marqués, - me manifestó Alcaraz con todo candor, - pero para mí esta labor, más que un trabajo, es la obligación de predicar la Palabra de Dios a toda criatura.

— Y ¿cómo terminó el asunto señor?, -insistió Francisca ante la confianza que le daba el de Villena.

— Pues para que veas que es un trabajo que yo admiro, -concluí mientras me retiraba-, te pagaré 35.000 maravedíes como tu salario anual.

— Se quedaría asombrado de su generosidad ¿no es así?

— Gracias marqués, volvió a repetir Alcaraz, muy confuso y ruborizado, quien también se retiró a sus aposentos intentando descifrar lo de "predicador laico".

— En realidad –manifestó Francisca- Alcaraz toda su vida ha sido un predicador laico al lado de la beata Isabel de la Cruz, franciscana terciaria, aunque ambos no se parecen en nada.

El marqués que disfrutaba de la juventud y belleza de Francisca, quiso confesarle algo personal.

— Ambos, Isabel y Alcaraz, pueden ser la chispa luterana que puede producir grandes incendios. Posiblemente muchos hemos llegado a las mismas conclusiones al estudiar la Biblia, pero ellos se han acercado mucho al pensamiento luterano antes de que Lutero fuese conocido.

— Todas las corrientes de renovación de estos años, cuando se enfrentan a la Biblia, parecen tener relación directa con las doctrinas de Lutero y en especial con la seguridad de salvación y la impecabilidad, -confesó Francisca que ya conocía a Lutero por Juan López de Celaín-.

Llegados a este punto, tanto el marqués como Francisca callaron. Sabían que cualquier indiscreción podría perjudicarles. El marqués excusó su presencia y dejó a Francisca en manos de su mayordomo.

Otro palacio, el de los duques del Infantado, que guardaba la historia del linaje de los Mendoza, brillaba bajo la luz de la Guadalajara castellana. Francisca lo visitó días después. El color claro de su sillería, se adornaba de siete alminares sobre la fachada adornada de cabezas de clavo. Un hermoso patio ventilaba las habitaciones interiores y siempre estaba fresco en los días de verano. Lleno de artesonados y riquezas, lucían, los techos bajos, pinturas al fresco de artistas italianos. Al mediodía del palacio existía un hermoso jardín con figuras mitológicas. María de Cazalla conversaba a menudo con la duquesa de la reformación de la iglesia y esta le abrió las puertas de otros palacios de la aristocracia como el de Éboli en Pastrana. Poco antes de morir el tercer duque había admitido en su Corte a Petronila de Lucena, hermana de Juan del Castillo quien

decía querer morir en la fe de Lutero si la Inquisición lo prendía. El tercer duque, según testimonio de Petronila se había expresado en estos términos al morir:

— Estoy en lo de la salvación general con lo de Lutero y así lo quiero manifestar. También quiero decir que mi hermana tiene gran comprensión de estas cosas, -había expresado el duque como arrepentido de no haberlo dicho antes-.

Para muchos el lúgubre dormitorio pareció iluminarse como se alumbró la cara moribunda del duque.

Francisca conocía el palacio de pasada. Fue una de las veces que visitó a María de Cazalla y ambas visitaron a la duquesa. Sin embargo, al duque del Infantado no llegó a conocerlo. A quien sí conoció fue al almirante de Castilla, en Medina de Rioseco, cuando llegó Vittoria Colonna de Italia.

Frente a la iglesia de San Francisco en Medina de Rioseco, este suntuoso palacio abrió sus puertas al movimiento alumbrado. Era de don Fadrique Enríquez, Almirante de Castilla que buscaba el descanso del guerrero en sus últimos años de vida. Para su puesta al día, había llegado de Nápoles, Vittoria Colonna, una de las poetisas más relevantes del siglo, casada con un hijo del Almirante. Era una de esas mujeres que pasaría a la historia, no tanto porque era una figura de la poesía en ese siglo, sino como pensadora y personaje de primer orden, quizás como la más grande mujer del Renacimiento italiano. Pero también había sido la organizadora de las fiestas culturales en Nápoles, la admiradora del círculo de Juan de Valdés junto a su pariente Julia Gonzaga y continuadora del movimiento protestante en Italia después de la muerte de Juan de Valdés.

Medina de Rioseco estaba sembrada de casas nobles y el palacio del Almirante había ido atrayendo las mejores cabezas y los ideales más elevados tanto del arte y las ciencias como de la religión. Las

noches en que Vittoria Colonna leía sus poemas los exponía traducidos al castellano.

—¡Beata el alma que tiene esquivos los deseos

del mundo y de su vil breve estancia!

¡mísera aquella, a la que éste parece tan bello,

tanto que no lo usa para sus necesidades, sino vive para él.

Estos versos parecían dichos para Francisca a la que habían invitado por casualidad, por estar en el lugar adecuado y en el momento justo. En realidad, el Almirante siempre estuvo preocupado por aquellas personas con inquietudes religiosas y evidentemente Francisca era la estrella rutilante del momento. También María de Cazalla habría informado favorablemente a la duquesa. Sin embargo, las fiestas de la italiana Colonna eran diferentes porque habían quitado aquella feroz agresividad militar del almirantazgo, para convertirlas en belleza y arte, lujo y fastuosidad. Unas galas y unas

ceremonias que sorprendían por la espiritualidad y no por la santurronería de beatas y alumbradas. No se leían libros de caballerías, ni de amoríos ni desdenes, (lectura habitual de soldados afanados en ejecutar actos heroicos y hazañas ilustres) sino que se traducían los poemas de Ariosto. Tampoco se hacían justas, ni cacerías, ni corridas de toros, pero se hacían juegos en los que había que adivinar y conocer la cultura universal. Algunas de las "*Rimas espirituales*" que pudo traducir en corto tiempo al español, sorprendieron por su profundidad y sabiduría del alma humana. Comentaba el Almirante a Francisca, orgulloso de su distinguida y afamada nuera:

— Ella es conocida no solo en Nápoles sino también en Roma por todos los artistas y poetas.

— Debe ser admirada por muchos, pues parece una mujer brillante y sensible, - confesó Francisca que siempre aparecía oportuna en cualquier ocasión-.

— Cuando su padre y el cardenal Colonna la llevaron a Roma en 1520, ella ya conocía al pintor Rafael que acababa de morir, pero también era amiga de Miguel Ángel y Leonardo da Vinci. Además pertenece al círculo de Juan de Valdés, donde brilla también Julia Gonzaga y aparecen muchos de los personajes de la Reforma en Italia: Morone y Pole, Flaminio y Ochino, Carnessechi y un largo etcétera.

— ¿Por qué la coloca entre los reformadores italianos?, -preguntó enseguida Francisca al Almirante, preocupada por ese mundo de inquietudes nuevas-.

— Vittoria Colonna además de ser la mejor poetisa del siglo, es el personaje clave para entender la Reforma en Italia. Con ella y sus

poemas, se fijan muchas de las ideas que cambiaron el mundo de la espiritualidad, -confesó el Almirante que en aquellos días parecía haber dulcificado sus sentimientos-.

El almirante de Castilla llevaba una hoja en la mano con algunos trozos traducidos por Vittoria

— Dígame Francisca qué le parecen estos versos:

- ***“El gran ojo divino que nunca duerme, pero está siempre abierto, quita del vivo corazón, gracias a Dios, las frías dudas y el miedo. Él conoce todos los momentos y las horas, él discierne las palabras, los pensamientos, los hechos, y la fe de cada uno, y no permitirá que un corazón puro sea ocultado de él por el fraude o la fuerza de los demás”.***

Francisca siempre había intentado huir de aquel gran ojo divino, aunque viviese en el torbellino de su mirada. En realidad, no quería

contestarle al Almirante y por eso guardaba silencio. Sin embargo, el Almirante quería saber su opinión.

— Creo que son hermosos y hacen pensar, - dijo Francisca intentando no dar muchas explicaciones-.

El Almirante insistió con otros versos, creyendo que Francisca estaba afectada emocionalmente por los versos.

— Insisto -dijo el Almirante con tono solemne- Dígame que siente en su alma cuando oiga estos nuevos versos. ¡Fíjese bien!

“Cuando miro en el rayo brillante y noble de la Divina Gracia,

y el Poder que ilumina el intelecto e inspira el corazón con virtud sobrehumana,

mi alma se une a su firme voluntad, y a la intención de hacer honor a ella.

Pero sólo hasta ahora he sido favorecido por el poder de la alta elección,

para escuchar y sentir la eficacia del Autor de todo bien.

¡Que por su misericordia sea bendecido!

No es por nuestra propia industria y talento que nuestro camino es seguro,

sino que los dirigidos tienen la llegada más segura y mejor,

pues tienen la gran ayuda de ser sostenidos por el cielo. "

— Creo que habla del privilegio de ser elegidos por Dios, por su gracia, -confesó Francisca asustada y temerosa de decir algo inconveniente y disparatado.

— Creo que es precisamente eso de lo que habla- confesó el Almirante sorprendido- Además la fama de teóloga que le precede

no parece exagerada, porque lo ha captado a la primera lectura. Llevo varios días intentándolo entender yo.

El almirante de Castilla siguió con sus papeles entre las manos saludando a gente diversa, después de haberse despedido de Francisca. Acostumbrada ésta a la admiración de sus devotos, se sentía incómoda entre gentes de modales y pensamientos diferentes. La velada acabó con una excelente cena y todos se fueron a las habitaciones que les habían preparado en el palacio.

El Almirante ocupaba una posición prominente en aquella sociedad renacentista siendo además de hombre de Estado, el protector de las letras y las inquietudes religiosas como su cuñado el marqués de Villena. Ambos se daban cuenta de la necesidad de una buena educación religiosa para sus reinos. El Almirante sentía tanto como el marqués de Villena, una cierta debilidad por este grupo de alumbrados que habían puesto al día el Evangelio y hasta se podía

decir se habían adelantado a Lutero en cuanto a una reforma de la iglesia desde la Sagrada Escritura. ¿Habría sido Vittoria Colonna la que le animó a predicar el Evangelio en sus reinos? Lo cierto es que el Almirante estaba dispuesto a hacer esta reforma en sus dominios a la manera en que el sacerdote Juan López de Celaín le había explicado. Estaba dispuesto a traer los hombres más espirituales y formar un grupo de "doce apóstoles". Acostumbrado a enarbolar banderas, la propuesta de Celaín no era más que otra bandera espiritual y el Almirante estaba dispuesto a apoyar la aventura.

— Si Vuestra Señoría quisiera tomar la bandera de Dios y en ella seguir con la gracia y fuerzas que ese mismo Dios le diere, yo seré la trompeta y el pífaro. Así todos los llamados acudirán a la bandera y de esta manera V.S. pondrá principio de la reformación de la verdadera cristiandad, -había dicho el emocionado sacerdote vizcaíno al almirante Fadrique -.

— Si así lo desea, vuestra merced será el encargado de preparar ese grupo y yo lo apoyaré mientras pueda, -añadió el Almirante que sentía ya cargar sobre sus hombros aquella empresa-.

— Si V.S. sirve a Nuestro Señor por el resto de su vida en estos menesteres yo estaré a su lado y si quisiera hacer la merced de que le sirva, aunque sea de estropajo, mi alma recibirá las mercedes que en toda su vida deseó. Nuestro Señor cumpla su voluntad, - añadió Celaín en tono de agradecimiento y con un lenguaje clerical exagerado-.

— Así pues, comencemos a reclutar clérigos. La paga será de 20.000 maravedíes anuales, - indicó el Almirante, mientras salía presuroso de la sala habiendo dejado todo asentado, señalando con el puño que él había cogido la bandera-.

El mercader de Burgos, Diego del Castillo, había regalado a Celaín una mula torda con pintas negras y le había proporcionado

dineros para que en primer lugar fuera a visitar a Bernardino Tovar para ser uno de los "doce Apóstoles". Este, devoto de Francisca Hernández, no solo era conocido en los círculos alumbrados de la universidad de Alcalá, donde se reunían personas como Mateo Pascual, Juan del Castillo, Juan de Valdés, el impresor Eguía, María Cazalla y otros, sino en otros pueblos más actualizados con las doctrinas luteranas.

En poco tiempo Celaín reclutó al maestro Juan del Castillo, a Diego López de Husillos, a Luis de Beteta, a Gaspar de Villafaña, Miguel Eguía, entre otros y se reunieron en una casa de campo que el Almirante tenía a las afueras de Medina de Rioseco. Cuando todo parecía estar preparado y no había pasado ni un año, apareció una orden del Almirante:

—Se disuelve con urgencia el proyecto de evangelización de los doce Apóstoles. Esta es mi orden, -había manifestado el Almirante

sin dar explicaciones, aunque algo refunfuñó de no estar enterado de las cosas de Lutero y de las consecuencias que traería-.

No dio lugar a réplica de ninguna clase. Su informante era Francisca Hernández y le había advertido de la gravedad de las acusaciones contra López de Celaín, pues ella misma así lo había confesado a los inquisidores. Este ya había hecho el mayor trabajo y tenía comprometidos a muchos de los doce Apóstoles. La evangelización estaba en marcha. No se podía comprender cómo ahora todo se abandonaba. ¿Qué podía haber pasado? Pero estaba claro que el Almirante debía estar muy seguro de que iba a ejecutarse una gran redada. Era tan importante este asunto que la Inquisición cincuenta años después lo recordaría como el principio de la Reforma en España. El almirante Fadrique Enríquez había dado unas disculpas tontas pero que apuntaban en la dirección de aquello que quería escuchar la Inquisición.

— Estos hombres han abusado de mi confianza, especialmente López de Celaín, quien parece andar en lo de Lutero. Pensé que eran buenas personas, pero parece que todo es obra del diablo.

Es muy probable que al Almirante se le partiera el corazón al tener que decir aquello. Él era un hombre piadoso, liberal y esforzado, mecenas de poetas y escritores, lleno de inquietudes espirituales, protector de los que aspiran a dar nuevo rumbo a los negocios del alma, en definitiva, un caballero cristiano.

Era muy probable también que Francisca Hernández, enterada por sus amantes devotos, conociese el negocio de Juan López de Celaín y quisiera destruirlo desde sus desavenencias en Salamanca. Disuelto todo con prontitud, López de Celaín apareció en Granada. Los inquisidores no tardaron en dar con él y fue puesto en una cárcel secreta. Pronto confesó haber dicho, tenido y creído todos los errores de los que se le acusaba. Que había escrito tres libros y los había

dado a conocer a sus amistades. Los cargos y los testigos eran abundantes. Pero se añadió otro. La noche siguiente escapó de la cárcel a casa de un hermano suyo y fue acusado de fuga. Volvió a pedir perdón y misericordia, diciendo que quería ir a Roma a aliviarse. Votada su causa se le condenó a cárcel perpetua, se le diese tormento, se le degradase del sacerdocio y fuese recibido a reconciliación con hábito.

Sin embargo, López de Celaín después del tormento cambió de postura y negó las declaraciones primeras diciendo que había sido acusado falsamente. Estaba seguro que todas las acusaciones venían de la beta Francisca Hernández que, aunque sabía que Celaín estaba en lo de Lutero, no podría demostrarlo por no ser teóloga. Podría decir que hablaron sobre la *Paraphrasis* de Erasmo que escribió sobre los Evangelios, de cuyas enseñanzas Celaín había extraído muchas doctrinas buenas.

Es evidente que Juan López Celaín, más que alumbrado, estaba empapado de las doctrinas del reformador alemán, tanto como Bernardino Tovar y Juan del Castillo. Juan López decía que confiar en las obras era como confiar en lo que está en las Indias, que la fe sola, basta para salvarse el hombre. Basta amar a Dios con fervor sin hacer obra alguna buena como mérito.

Juan López Celaín en sus reuniones con los doce Apóstoles, negaba el libre albedrío y parecía defenderlo con las mismas palabras del reformador alemán. Sostenía Celaín que es cosa de notar mucho la ignorancia de los que dicen que no podemos ni debemos carecer de libertad y que en ello van totalmente contra el Evangelio.

— Creedme - les exhortaba Celaín- que a ninguno es posible obrar nada bueno, ni aun creer que es posible, teniendo el libre albedrío. ... Jesucristo una vez fue ofrecido por nosotros en sacrificio y basta para nuestra redención... por esto no hay necesidad de decir

misa ni hacer ayunos ni obras meritorias, pues por una sola ofrenda con que Dios se ofreció nos fueron perdonados todos los pecados. A los que Dios había dado a conocer esta verdad, les era imposible volver a las obras de penitencia, porque ello sería otra vez volver a crucificar a Jesucristo.

Celaín siguió menospreciando la teología escolástica y a los letrados.

— Es necesario volver a las simples palabras de la Escritura. No hace falta ser un sabio para saber que Dios amó tanto al mundo que ha dado a su Hijo para nuestra salvación, porque así lo dice la letra cruda y yo no tengo necesidad de saber más. Si Dios dice “no te harás imágenes”, queda claro que el culto a los santos no tiene sentido, pues su ejemplo de penitencias y otras niñerías no me sirve. ¿Para qué sirven los “lloraduelos” plañideras que van a los entierros

o el darse golpes en el pecho? ¿Qué sentido tiene echarse por los suelos como si Dios fuese mejor servido?

La sentencia de Celaín para los inquisidores, consultores y el arzobispo de Granada no debía tener otra salida que la confiscación de bienes, la degradación como clérigo y ser relajado. Esta palabra de "relajado" era un eufemismo que significaba que sería quemado en la hoguera. Francisca había conseguido, quizás sin proponérselo, haber llevado a la hoguera al primer luterano en España.

7 GUADALAJARA

De nuevo, Francisca, en aquella cárcel secreta de Toledo, se sentía como león herido. Había pasado más de un año y en su aspecto físico ya se notaban algunos detalles de abandono personal. No es que en aquellos años las mujeres fueran higiénicamente impolutas, cuando solo se lavaban las manos una vez por semana. Pero a Francisca le habían hecho un perfume exclusivo los monjes de Santa María Novella y tampoco se lo echaba para disimular la hediondez de la mazmorra. Ella que siempre lucía un rostro de nácar aterciopelado, siempre había sabido usar determinados polvos para la cara y siempre tenía a buen recaudo las más sofisticadas cremas, esencias y aguas. Eso era un verdadero secreto que pocos lo sabían. Pero ahora su estilizado cuerpo no era otra cosa que el reflejo de su

interior atormentado. Sus deseos de venganza ya se habían cumplido con el obispo Cazalla y el vizcaíno Juan López de Celaín. Ahora estaba pensando en delatar a Alcázar e Isabel de la Cruz como cabezas de un grupo muy numeroso de reformados.

Cada vez que el fiscal y el inquisidor se acercaban a Francisca para oír sus confesiones, salían revelaciones que hacían temblar a la misma Inquisición. ¿Cómo era posible que estuviera ocurriendo aquello en España? - se preguntaban los de la Suprema. A Alcaraz ya lo habían procesado hacía diez años y no habían encontrado herejía en él. Ahora Alcaraz seguía manteniendo la misma postura, pero Francisca decía que era luterano. Francisca traía sobre ojo a quienes iban contra los franciscanos milagreros y las beatas revelanderas y uno de ellos era Alcaraz.

Este predicador laico no vestía hábito ni sotana, sin embargo, el largo blusón blanco le daba un aura de santón. Su fina figura no

reflejaba sus cuarenta y cinco años y ser padre de diez hijos. Su porte no indicaba que Alcaraz fuese de origen humilde, ni fuese un autodidacta. Conocía a fondo las Escrituras, había leído las obras medievales de mística y ascética traducidas al español, aunque alguna en latín también. Había sido un tiempo contador del marqués de Priego en Guadalajara y había venido a Escalona como predicador particular al servicio del marqués de Villena. No estaba de acuerdo –lo manifestaba constantemente-, con un grupo de alumbrados que nada tenían que ver con su nueva visión del cristianismo.

— Puedo admitir a los alumbrados de buena fe, pero no a los engañados por ilusiones, aquellos que solo son unos corruptos e hipócritas, que, bajo manto de santidad, solo quieren satisfacer sus pasiones, -le había confesado a Francisca cuando la fue a ver a Valladolid-.

Alcaraz siguió confesando su aversión a los hipócritas.

—Tampoco admito a quienes, sin ser malos, solo buscan hacerse una reputación de místicos o santos, porque en mi opinión estos alumbrados son más peligrosos que los primeros.

A pesar de este descontento, Alcaraz parecía ser un hombre tranquilo y mostraba su religiosidad sin estridencias. Él predicaba en casa de los amigos de su pueblo natal, en Guadalajara, en Pastrana, en Cifuentes y en Escalona porque era el lugar más aparejo para la comunicación. Su voz era templada, pero acentuaba las palabras solemnes poniéndoles el fuego de un profeta. Solía explicar los textos sagrados y predicaba el dejamiento como único camino de salvación. El dejamiento de Alcaraz era casi lo mismo que la justificación por la fe de Lutero. Eran dos modos de entender que, por la obra de Cristo, nosotros estamos justificados y perfectos ante Dios, no por nuestros méritos sino por la misericordia suya.

En Escalona es donde mayor comunidad tenía. Desde lo alto del castillo, como desde el Sinaí lo hizo Moisés, parecían resonar con estrépito los nuevos mandamientos para un mundo cansado de hijosdalgo, cristianos viejos y tradiciones paganas. El marqués de Villena atraía hacia su alto palacio un numeroso grupo de hombres originales, pero era el carácter afable de Alcaraz el que cautivaba a la gente por la lucidez e ingenio que mostraba en sus explicaciones de San Pablo.

— Estoy entusiasmado, porque mis creencias las puedo comunicar a mis amigos con todo fervor religioso, pero además les hago participes de la luz que he encontrado, por la gracia de Dios. No puedo callar, porque donde hay fuego no se puede encubrir su resplandor, -decía constantemente Alcaraz a su maestra Isabel de la Cruz-.

— Piense de todos modos que siempre tenemos enemigos, -le rectificó la delgada beata Isabel-. No es buena tanta euforia espiritual.

— En conciencia, yo no voy más allá de lo que se lee en las Sagradas Escrituras y las explicaciones dadas por los Santos Padres.

— Aun así, acuérdese de Francisca Hernández que tiene mucho poder y puede buscar cualquier excusa para llevaros a la Inquisición.

— Eso no me angustia nada, porque recibo más satisfacción de ver como un muchacho como Juan de Valdés, asimila, aprende y crece en las cosas de Dios, -reveló Alcaraz haciendo una mueca de agrado-

Ciertamente el joven Juan de Valdés ya ocupaba una posición relevante en el grupo, porque cuando estaba preso Alcaraz, la mujer de este le solicitaba como instruido testigo de sus doctrinas. Alcaraz había sido procesado y encarcelado meses después de estas

confidencias con Isabel y, demasiado confiado, este ya había dado cincuenta nombres más a la Inquisición como testigos de su defensa. Inocente e incauto creía que toda aquella espiritualidad, netamente evangélica, basada en las Sagradas Escrituras y usual en la iglesia primitiva, era la más católica que podía existir. Pero los inquisidores no la entendían como católica romana. No trató nunca de delatar a sus discípulos, pero era, en su idealismo y simpleza, lo que había hecho, descubrirlos. La inquisición con el hallazgo de estos círculos y otras personas denunciadas por Francisca Hernández y Diego Hernández tenía la prueba de que en Castilla había entrado el "veneno" de la Reforma.

— Según el relato de una testigo, -dijo el inquisidor ocultando el nombre de Francisca y procurando confundir a Alcaraz--, también en este grupo se explica el dejamiento y la impecabilidad.

— Pues se debe haber confundido la testigo, ya que nunca he enseñado y menos practicado la libertad de pecar y la irresponsabilidad moral como consecuencia del abandono en Dios. En mi vida privada, la inquisición puede buscar alguna tacha moral en mí y no la encontrará, -había contestado Alcaraz orgulloso-.

— ¿Vuestra merced cree que miente el testigo?, –preguntó el inquisidor buscando una salida a la primera acusación de impecabilidad-.

— Nada sé de este testigo, pero si preguntan al padre Nicolás de Embid, les dirá que siempre digo lo mismo: que el hombre debe andar contra sí, venciendo nuestras pasiones, porque la naturaleza nos inclina hacia el mal viciosamente.

Alcaraz siempre aparecía seguro en sus declaraciones. Siempre contestaba con claridad y sin sentirse agobiado. Entendía que el oficio de inquisidor tenía su mérito y no era malo vigilar las

doctrinas tan deterioradas por los siglos de abandono. Los inquisidores apuntaban minuciosamente las declaraciones y el abundante saber teológico de aquel santón. Era evidente que mucha de la doctrina luterana estaba oculta en la teología alumbrada.

Alcaraz sin embargo era recurrente en un tema para él muy importante: la necesidad de la salvación y así se lo confesaba al inquisidor.

— Lo que más me duele es el descuido que hay después de la muerte; cómo los hombres se duermen cuando deberían velar, se engañan ante el falso ruido de las cosas y las personas pasando la vida como animales, dando cuenta solo del cuerpo y de sus sentidos. ¿Dónde está el Dios de sus vidas?

Fue entonces cuando comenzaron a darse cuenta los inquisidores que Alcaraz era un asunto más serio. Que, aunque no dijese que el hombre era justificado por la fe sin las obras como mérito, explicaba

que el amor de Dios basta para salvar sin otra obra alguna. No era como los franciscanos que solían rodearse de beatas revelanderas e impostoras, con sus temblores, desmayos y visiones. Alcaraz ni se lanzaba a hacer profecías, ni tampoco comunicaba señales divinas que maravillasen a los feligreses con sus trances y éxtasis en las iglesias. Alcaraz más bien quería deshacerse de ellos y ellos procuraron deshacerse de él, aunque nunca criticó ni atacó las costumbres del clero. Sin embargo, ya en 1527 los inquisidores buscaron los secretos escondidos tras el "dejamiento" o el amor de Dios que, según Alcaraz, era lo único que podía salvar al hombre.

— ¿Cree vuestra merced que el amor de Dios basta para salvar sin otra obra alguna?, -preguntó el inquisidor con la intención de saber si el "dejamiento" implicaba la justificación por la fe de Lutero-.

— Si es verdadero amor de Dios, este nunca deja de obrar. Con el amor de Dios somos obligados a amar al prójimo con todas las obras que pudiéramos hacer; -respondió con serenidad Alcaraz-.

— Pero si el amor de Dios salva, ¿podemos dejar de obrar?

— El amor de Dios uno de los efectos que lleva consigo es la obediencia a Dios y el cumplimiento de los mandamientos.

Alcaraz se había olvidado de decir al inquisidor algo importante. No había mencionado la obediencia a los mandamientos de la santa madre iglesia. ¿Cómo era posible que un hombre como Alcaraz que vivía intensamente preocupado por los problemas religiosos de su tiempo, discutiéndolos a toda hora, no tuviese en cuenta a la iglesia romana? ¿Podía ignorar completamente que fue Lutero quien planteó la alternativa por la que el hombre podía salvarse o condenarse por toda la eternidad, si el amor de Dios no justificaba por la fe sus vidas? ¿No era lo mismo el "dejamiento" que todas las doctrinas de

Lutero que, con respecto a las obras, la gracia, el libre albedrio, el pecado y los ritos externos derivaban para Alcaraz del amor de Dios?

— ¿Es vuestra merced impecable?

El inquisidor quería cerrarle todas las puertas y saber si por fin confesaba su luteranismo.

— La fe es fuego que consume las culpas. La falta de fe es el único pecado mortal, -confesó Alcaraz como frase que repetía constantemente-.

— ¿Se tiene vuestra merced por místico?, -insistió el inquisidor cansado de ver tanto asceta de la vida espiritual mostrando piedad.

— Yo nunca he mortificado la carne, sino el espíritu, pues las técnicas místicas, muchas veces llevan al amor propio y a la codicia espiritual.

Los interrogatorios de Alcaraz e Isabel de la Cruz habían durado varios años. Todavía Alcaraz tenía la esperanza de convencer a los jueces de que sus enseñanzas eran ortodoxas. Sin embargo, el inquisidor seguía presionando y haciéndole ver su herejía.

— ¿Es cierto que vuestra merced ha confesado tener sendas biblias sin glosa y además una biblia en romance?

—" Sepan que yo no he dado sentido a la Sagrada Escritura fuera de la verdad y ley evangélicas, ni ha habido escándalos por esto; y si yo he leído la Santa Escritura, es porque Dios me daba en ella buen sentido".

Alcaraz sabía que estaba prohibido tener la Biblia en romance y por esta causa había adelantado al inquisidor su manera de leerla y estudiarla. Sin embargo, aquellas lecturas que partían de san Pablo eran las causantes de llegar a Lutero.

— ¿A quiénes ha comunicado vuestra merced todas estas doctrinas?

El inquisidor parecía haber llegado al lugar donde se habían incubado los huevos del alumbradismo de Alcaraz y quería saber cuántos de sus vástagos podía atrapar.

— Fundamentalmente a mis amigos y compañeros: Campuzano el mozo, continuo del Duque del Infantado; Espinosa, chirimía de este; Rodrigo de Vibar, capellán del Duque; Vega, dispensero del conde de Saldaña, y doña Leonor de Quirós. En Pastrana: Fr. Diego de Barreda, franciscano; el clérigo Gaspar de Vedoya; Francisco Jiménez y su mujer. En Escalona: Los criados del marqués de Villena, el capellán Gutiérrez y el alcalde Antonio de Baeza y su mujer. Entre estos amigos, sobresale Juan de Valdés, un muchacho de muchas luces.

Poco a poco el inquisidor le supo sacar más de cincuenta nombres que Alcaraz creía que siempre le defenderían ante el fiscal si fuera necesario. Sin embargo, algunos como Gaspar de Bedoya o Rodrigo de Vibar fueron procesados y otros como Juan del Castillo que sería quemado.

Francisca una vez más había triunfado sobre sus enemigos. Callado para siempre Alcaraz, con cárcel perpetua en monasterio, Guadalajara dejó de escuchar el Evangelio del amor de Dios por boca del predicador laico.

8 La incomunicación.

Entre los místicos andaba de boca en boca la frase lapidaria de que la soledad era un vergel de Dios, una iluminación espiritual, pero resultaba evidente que para muchos la incomunicación puede conducir a la locura. Francisca cuando salía de su mundo prefabricado de superstición y adivinanzas, solo encontraba hierbajos secos de confinamiento interior. La soledad de Francisca solo tenía explicación en la soledad de la ausencia de Dios. Una soledad que la llenaba de locura y que cuanto más la quería evitar más caía en aquel pozo de incomunicación. Francisca estaba viviendo una angustiosa crisis de identidad, donde su yo y su esfera de la intimidad estaba fragmentada. Era un personaje que sabía tanto de las cosas del Dios

religioso, que el Dios verdadero era un perfecto desconocido en su vida.

La beata revelandera se llenaba de ansiedad y alucinaciones cuando la noche había descendido lentamente llenando de sombras las esquinas iluminadas con los faroles de aceite. Cuando los vigilantes de las calles rellenaban las candilejas y las encendían ritualmente, Francisca sufría crisis inexplicables en una persona tan perspicaz. Poco a poco la gente de la ciudad se recogía en las casas y al humor de la lumbre contaban las historias que pasaban de padres a hijos. También el resplandor de las brasas coloreaba de tonos rojizos el rostro de quienes se habían reunido en la casa de la beata Francisca, a la que, los inquisidores, habían dejado de nuevo en libertad. Era un ritual que los desocupados como Francisca y Medrano alargaban hasta la media noche recordando confidencias y preparando adivinaciones.

— Estoy un poco avergonzada por tantas alabanzas y lisonjas que Medrano me muestra, - confesaba Francisca endiosada y sin desmentir sus patrañas-.

— No son lisonjas sino verdaderas revelaciones de Dios, -había contestado enseguida Alonso Calero al que habían desplumado con la venta de la casa, quien procuraba disimular su simplicidad o que se riesen de él-.

— Fíjese, su señoría, -decía, con oratoria sacra, Medrano a Calero y a los reunidos alrededor de la lumbre de encina-, que nuestra Francisca está por encima de los santos, si exceptuamos a la Virgen santísima. En conocimiento tiene más que san Pablo, es más santa que santa Catalina y Nuestro Señor le ha revelado, hace tres años, el misterio de la Trinidad.

La locura de Medrano ya no respetaba ni los misterios; para ellos Dios era tan conocido como el portero de la casa y al que solo se daba los “buenos días”.

— Francisca cuando habla, - decía engolado Medrano al incauto Calero- no habla cosa ninguna en que pueda errar porque dice que es persona alumbrada. Cuando unas personas van al cielo y otras no, Francisca lo sabe por ser alumbrada, pues Dios se lo revela. Por eso Francisca es la única esposa de Dios y gran sierva.

¿Por qué Francisca se dejaba adular y enaltecer tan exageradamente por Medrano, si ella conocía su condición transgresora? ¿Por qué permitía las estafas a pobres e incautos seguidores? Ella ya había dicho en alguna ocasión que la iglesia había inventado, primero que ella, la corrupción y la estafa, pero esto no podía ser un atenuante. ¿Acaso no tenía ningún remordimiento de ser una pícara y llena de artes para el fraude?

— El servir a Francisca, -continuaba Medrano en su discurso panfletario- es mejor que ir a convertir moros y lamer las llagas a los pobres de los hospitales. No hacerlo y enojar a mi hijita Francisca es tanto como ofender a Dios. Ella además tiene tres dones recibidos, uno del Padre, otro del Hijo y otro del Espíritu Santo.

Nadie sabía hasta donde llegaba la enajenación y la irreverencia sobre Evangelio de Cristo con tales revelaciones, pero llegó el momento en que los inquisidores en sus pesquisas creyeron haber entendido de Medrano que adorar a Francisca era adorar a Dios. Y ¡hasta ahí podríamos llegar! Sin embargo, estos dos ladinos santones lo negaron todo y las cuestiones más escabrosas las consideraron "común hablar" o como dicho vulgarmente. Sin embargo, en aquel discurso improvisado fueron saliendo otras frases que comprometerían a Medrano ante la Inquisición.

— Si Nuestro Señor no fuera encarnado, encarnaría en Francisca Hernández. Pues Dios le ha revelado el misterio de la Trinidad y ella lo ha entendido, - siguió Medrano escupiendo mentiras revelanderas y locuras de todos los infiernos-.

Medrano sin hablar, dio varias vueltas alrededor de los devotos entre los que estaba Calero. Con las manos cogidas atrás y la cabeza mirando al cielo como si sintiese venir la inspiración, limpió el sudor de su frente y musitó algo que no se pudo oír. Pero levantando un poco más la voz, repitió lo dicho.

— No he leído de santo alguno que esté en el cielo como Francisca, que ni ha pecado mortal ni venialmente.

Los inquisidores que tenían oídos en todas partes, enseguida escuchaban estas barbaridades y no sabían cómo calificar a estos dos personajes hermanos. Alguno de los inquisidores creyó que eran personas ilusas, y con ciega inclinación hacia las revelaciones. El

problema de todo estaba en nombrar a Dios para darle gloria, pero solo se daba gloria a la propia persona. Estaba claro que las religiones y los hombres que las componen pueden ser tan paganos e inhumanos como aquellos que no profesen ninguna religión ¿Qué era entonces lo que hacía diferente al creyente del religioso? ¿Qué humanismo era mejor el religioso o el ateo? ¿Se podría decir que Francisca tenía una fe viva y profunda en el iluminismo, cuando solo se veneraba su persona? Los mismos que cometían obscenidades con ella, ¿por qué luego la ponderaban como criatura bendecida por el Hacedor? ¿Era para ocultar sus liviandades? ¿Hasta dónde había podido ser seducida Francisca por Medrano, cura joven y lascivo, acostumbrado a tocar a las mujeres y decirles que les daba castidad, cuando Francisca sabía un punto más que el diablo?

Francisca después de los arrestos inquisitoriales, volvió a vivir en casa de Francisco de Texeda y Ana Maldonado en Valladolid. En realidad, este matrimonio había seguido a Francisca desde

Salamanca, donde ya había sido su huésped. Sin embargo, ahora estaba sola, aunque Ana Maldonado la cuidase. Después de tantas sentencias donde se obligaba a sus amantes devotos a estar alejados de ella y no poder conversar, parecía sentirse más en paz. Pero una mañana a la salida del sol, Francisca fue sorprendida al abrir la ventana de la habitación. Después de haber puesto la presilla a la contraventana para que el aire no la moviese, abrió las dos hojas de la ventana con el propósito de airear el aposento. Cada hoja de la ventana estaba adornada de un rombo de cristal rojo en el centro. Al asomarse, escuchó una voz conocida.

—Francisca, hermana, soy tu devoto Bernardino Tovar.

La voz salía de la ventana enfrente de la calle y a la misma altura. Tovar un tanto avergonzado parecía no creerse que pudiese hablar con tanta facilidad con Francisca. No había querido esperar y

poder hablarle en la calle. Su apremio e impaciencia delataba sus ganas de estar con la beata.

Francisca le recriminó aquel atrevimiento de desobedecer a los mandatos del Santo Oficio, pero se sintió aliviada de su soledad.

—Eres un insensato Tovar, pero tú atrevimiento me alegra. ¿Qué sería de mí sin vuestra merced?

Después de explicarle Tovar sus propósitos de permanecer a su lado y de cuidarla, otra ventana contigua se abrió mientras Medrano se desperezaba en el interior.

— ¿Qué haces ahí Medrano? ¿Ya no recuerdas que el Santo Oficio te ha prohibido verme?, -preguntó sorprendida Francisca-.

Medrano apareció como una visión, sonriente, codicioso de verla, con el halago siempre fácil.

—Nunca dejaré a mi niña Francisca. No quiero que dejes de comer porque tu leve y bella flaqueza es necesario que llegue a los altares en esta tierra. Quiero verla santa después de tantas preocupaciones y tristezas.

— ¿Cómo habéis roto, Bernardino y tú, los mandatos del Santo Oficio?, -exclamó Francisca medio ruborizada- ¿No os dais cuenta que os van a descubrir enseguida?

No tardó mucho Francisca de salir de casa de Francisco de Texeda. Solía visitar con frecuencia varios conventos y esa era la disculpa que les había dado para salir de casa tan apresurada y algo alterada. Fue, sin embargo, directamente a casa de Medrano al que le había dado una pequeña indicación y se colocó delante del portal con el riesgo de que algún vecino tirase por la ventana sus orines en aquellas tempranas horas con el clásico, ¡agua va!

Medrano salió y abrazando a Francisca la metió al portal. Sin cerrar la puerta, uno de los vecinos vio como Francisca se dejaba tocar lasciva y amorosamente. Como hacía algo de frio del rocío de la mañana, Francisca, cogió las manos de Medrano y le dijo que si quería acostarse con ella para darle calor. Así como estaban vestidos se abrazaron y se besaron.

Enterado el Tribunal de estos hechos y habiendo pedido que Medrano declarase, este negó todo y amenazó diciendo que mirasen lo que hacían porque habían de dar estrecha cuenta a Dios. El Fiscal del Santo Oficio, Diego Ortiz, lo mandó a tormento. Estaba cansado de las amenazas de Medrano. Ningún ser humano debería ser torturado, y sicológicamente rebajada su dignidad, pero parecía que Medrano necesitaba otras disciplinas. La Inquisición sabía mucho de lavado de cerebros y arrancar delaciones y confidencias de los torturados que le hacían ser temida por todos.

—Aquí te van quitar esos humos de santidad – dijo enfadado el Fiscal-. El potro en la escalera va a rebajarte un poco la panza que tanto cuidas.

Desnudaron a Medrano y ya solo el contacto con los ásperos peldaños le hizo sentir el dolor. Parecía que iba a desplomarse enseguida, pero no fue así. El carcelero ató al reo estirándolo lo más posible sobre la escalera. A continuación, se le quemó con una antorcha el vello del costado y las axilas. Los gritos de dolor de Medrano, después de chamuscado, le devolvieron a la realidad y parecía que confesaría con prontitud. El inquisidor como siempre hacía las preguntas. El suplicio del preso duró un día de interrogatorio, pero nada en claro pudo deducir el inquisidor. Este tenía otros asuntos y Medrano no confesaba, por lo que cesó la tortura. Mucha gente moría a causa de la infección de las quemaduras o bien del dolor en los hombros o rodillas que al cabo de

las horas se desmenuzaban. Medrano no pareció salir muy destrozado.

A la mañana siguiente el inquisidor venía con nuevas preguntas y con un nuevo instrumento de tortura: la toca. Su nombre procede de uno de los elementos necesarios para esta tortura, la toca, que era una tela blanca de lino o seda con la que se hacían en aquella época las tocas o pañuelos que cubrían la cabeza de las mujeres. Se la introdujeron en la boca de Medrano intentando que incluso llegara hasta la tráquea, y posteriormente se vertió agua sobre la toca, para que, al empaparse, provocara en el reo una sensación de ahogo e innumerables arcadas.

— ¿Es verdad que fray Francisco de Ortiz lo llama apóstol y apostolazo y lo alaba de santo? ¿Es verdad que vuestra reverencia es tenida por apóstol y Francisca por apóstola?

Medrano, que aún podía respirar, respondió con seguridad y sin ningún miedo, en medio de la tortura.

—Yo creo que lo ha dicho sin jactancia y yo sin jactancia lo acepto.

Volvieron a echar un poco más de agua a la toca y Medrano sintió ahogarse. El inquisidor le hizo varias preguntas por la santidad de Francisca y si él se consideraba santo cuando ahora pocos se ven en la tierra. Medrano en cuanto se repuso no calló.

—Piense vuestra señoría que Dios no tiene ahora más abreviada la mano que antes, y por tanto ¿por qué no puedo ser llamado santo? Que las mercedes que Dios hizo a san Pablo y a otros santos también las podría hacer a mí.

El inquisidor se cansó de preguntar y de torturar a Medrano. De castigo lo mandó se apartara a cinco leguas de la casa de Francisca. Pero esta no tardó en volverlo a ver. Medrano le dijo que no se iba a

hospedar en su casa y por tanto no estaba prohibido verla de paso. Pero Francisca esta vez fue contundente y procuró convencer a Medrano con todos sus recursos.

—Aunque sea lícito venir a verme, ya dice san Pablo que todo me es licito, pero no todo conviene. Así pues, te suplico que te vayas a tu tierra y dejes de hablar con mujeres.

Desde entonces Medrano no volvió. Decían que habían visto a Medrano dentro de casa, pero no era cierto, sino que un hermano de Medrano, Bernardino, se parecía a él y algunas veces la visitaba. Aun así, sentía su ausencia, le resultaba dolorosa su partida hacia Navarrete. A veces Francisca percibía, como en una ensoñación, que Medrano estaba regañándola.

—Comed mi hijita, entrañas mías, mi alma. Vos estad alegre también como los apóstoles que estaban delante de los

atormentadores, por eso estad alegre, aunque sea ante los inquisidores.

Francisca recordaba haberle dicho con dolor que se callara y se fuera.

—Recibid la bendición Medrano. –Ella hizo con la mano la señal de la cruz-. No os preocupéis de mí que, si los clérigos que me sirven ahora no me quisiesen servir, los ángeles del cielo bajarán a servirme.

¿Habría llegado a la locura Francisca? ¿Podía distinguir lo bueno de lo malo? ¿Sabía de la consecuencia de las cosas o solo era una huida hacia adelante? Por primera vez había sentido la necesidad de comunicarse con Dios, pero no lo había hecho. Todo un mundo de vanagloria, de superestrella, de fascinación por ver el futuro, se estaba terminando día tras día. La desnudez de sus egos, sus numerosos egos, le estaban vaciando el alma. Era un vacío que antes

se había llenado de cosas materiales, de afán por el poder, de saber tanto como Dios, de afán de tener, de las necesidades mundanas..., y que ahora, con el recipiente casi vacío de su alma, parecía estar lleno de nada y oscuridad.

¿Cómo comunicarse con Dios cuando tú te has hecho y creído Dios? Francisca se había posesionado de tal manera de la belleza, del amor, del dinero, que su vacío estaba lleno de afanes exteriores, de goces en cada instante de la vida. Por eso el hueco de su alma era doloroso, angustioso, destructor. Percibía y sentía desde lo más hondo de su ser que descendía hacia una profundidad que no parecía tener fin. Francisca se decía para sus adentros:

—Estoy en la nada oscura, en el vacío rompiente del alma –remedando alguna de las frases místicas de entonces-.

Francisca parecía no tener agarradero alguno donde asirse, ni tampoco sabía cómo detener la caída que veía inminente. La belleza

de los años jóvenes vividos a tanta velocidad se apagaba también con prisa. La mujer intuitiva que era Francisca percibía que el vacío interior era peor que el quedarse sin nada en la vida. Era una experiencia que le aprisionaba, que le ataba, que la cubría de desgarro y por eso se sentía abandonada de ánimo, atrapada por la melancolía y la desazón. Sin embargo, se acordó de fray Francisco Ortiz, verdadero devoto, de linaje de conversos y lo llamó.

Ortiz era un buen fraile y también amaba a Francisca. Había nacido tres años antes del siglo XVI y era también de linaje de conversos. Francisco de Ortiz era gran predicador. En uno de los sermones, comenzó, como un loco, a ensalzar y aclamar por santa a Francisca Hernández, siendo pecadora como los demás. Lo recluyeron en un convento los inquisidores y solo se sabía de él por aquellas largas cartas, enviadas a sus devotos, que reflejaban su iluminismo. En realidad, más que doctrina iluminista, era un manual de comportamientos espirituales, de administración de saberes sobre

las cosas de Dios, de crecimiento de virtudes entresacadas más del pensamiento humano que de la sabiduría bíblica, pero sin posibilidad de cambiar corazones. Ni Francisca ni Ortiz tenían gran cosa en común con los principios de la Reforma.

Cuando no hacía mucho tiempo que había estado en Valladolid, Pedro Ruiz de Alcaraz, predicador laico del marqués de Villena en Escalona, este ya había observado que el núcleo de devotos que Francisca reunía, nada tenía que ver con el movimiento de Escalona que él dirigía. No hubo nada que intercambiar, ni nada que descubrir por parte de Alcaraz que vio el negocio religioso montado por Francisca. La farsa de esta y sus devotos le hizo volverse a Escalona arrepentido de aquella visita. ¿Cómo era posible que en nombre de Dios, se embaucase a la gente con tantas supersticiones? ¿De qué valía predicar el verdadero Evangelio de Cristo, enseñar una adoración a Dios en espíritu y en verdad, enseñar la pobreza de Cristo para enriquecernos nosotros, si solo se buscaban riquezas

materiales como siempre lo había hecho el clero? ¿Cómo iba a prender una reforma de la iglesia, si los segundos diablos eran peor que los primeros?

Francisca le había preguntado a Ortiz, qué entendía por iluminismo, del que tanta gente hablaba.

—Creo que tiene de todo un poco. Algunos dicen que es secta misteriosa, gavilla de facinerosos que se regodean como brutos animales, luteranos, herejes, iconoclastas, contubernio contra la iglesia. Sin embargo, yo creo que no se pueden meter en este grupo a los luteranos y otros alumbrados que predican el contenido de la Biblia. Ellos llegan a otras conclusiones.

Aquella distinción del fraile, resultaba muy oportuna para Francisca. Ella conocía todos los lugares y personas donde la Biblia se comentaba y por tanto ella debería denunciar a los luteranos en los interrogatorios inquisitoriales si su vida peligraba. Esto posiblemente

le salvaría la vida, porque el montaje de santa y de revelandera se estaba derrumbando. Además, el Edicto de 1525, que se había leído tantas veces en las iglesias, parecía indicar que el luteranismo era la peor desgracia que podía caer en España.

Cuando los inquisidores pusieron en algún apuro a Francisca esta enseguida supo denunciar a mucha gente para salvarse de la quema. No le importaron sus amistades, sus hermanos conversos, sus protectores, porque ya su conciencia estaba cauterizada y había perdido ideales trascendentes. Tampoco tenía madera de mártir. Además, había perdido la capacidad de comunicarse. Francisca la habladora, la que sabía llegar y sabía escuchar, no sabía hablar con Dios en su intimidad y tampoco quería saber de los hombres que la habían abandonado. Francisca solo vivía su propia ensoñación.

— ¡Qué tiempos aquellos cuando fray Francisco de Ocaña, aquel entusiasta visionario apocalíptico, proclamaba una profunda reforma,

donde los regidores de aquella época, con el Papa y los cardenales, fueran expulsados como puercos, se corrigiese la Biblia y yo, Francisca, la santa beata, fuera encargada de esta tarea!

Pero aquellos sueños habían muerto cuando Roma fue saqueada. Ella estaba allí y solo vio destrucción y muerte, pero nadie que cambiase de camino y menos aún el Papa que siguió haciendo de las suyas. Todos siguieron haciendo lo mismo. Lo único nuevo y revolucionario era el luteranismo que no era otra cosa que el deseo de volver a las fuentes primitivas, escudriñando la Escritura y viviendo como los primeros cristianos. Ahora el mundo estaba al revés. Se perseguía a los que querían cambiar para ser verdaderos cristianos y se ensalzaba a las beatas con falsas llagas, los que tenían falsas visiones y hasta entendían falsamente el misterio de la Trinidad como ella.

Ahora el problema mayor de su vida era personal, íntimo, porque no era capaz de clamar a Dios desde la soledad y la incomunicación. No podía decir como el salmista David: "Me siento saturado de tensiones y conflictos. Mi vida está al borde del fracaso y no tengo fuerza para abrir mi dolor a nadie. Estoy sumergido en lo profundo de mi problema y me rodea la tiniebla y no veo en la noche. Sobre mi cae una losa pesada y mi vida se va como si una ola brava o un tsunami la llevara."

Francisca llevaba varios días sin salir. Ana Maldonado la atendía bien y la admiraba, pero estaba preocupada porque su invitada la santa beata había perdido aquel brillo que la hacía resplandecer en cualquier lugar. ¿Qué estaría tramando?, se preguntaba la Maldonado. ¿Por qué llevaba tanto tiempo Francisca cerrando la puerta del alma y colgando el cartelito de "*No molesten*"? Ella no era así, pero había ido poco a poco levantando un muro de

incomunicación imposible de saltar. ¿Acaso era lo que llamaban "el rencor del converso"?

9 La traición.

La práctica realidad demuestra que los seres humanos no estamos hechos de una sola pieza. Somos figuras de mármol divino que tienen grietas que desvalorizan nuestra existencia. Nuestras actitudes no siempre demuestran que somos íntegros. A veces logramos tapar estas grietas con ceras especiales, pero se sigue viendo la resquebrajadura, aunque la pulamos bien. Es poco común encontrar letreros que digan: “¡Se venden figuras en mármol puro; sin cera! Vulneramos hasta nuestros propios principios, no nos manejamos coherentemente con nuestros valores y poco es el precio que nos damos. ¿Quién se ha mantenido siempre en integridad? ¿Quién es capaz de hacer lo que dice?

Los inquisidores sabían que Francisca caería en sus redes, más temprano que tarde, pero quemando sus naves primero. No era una persona hecha de una sola pieza. Ella misma pensaba que solo salvaría su vida si las delaciones y los nombres de los delatados por ella tuviesen importancia y calidad y no fuesen personas simples. La vida de Francisca en estos últimos años de prisiones y desconsuelos era una huida hacia adelante, haciendo tabula rasa especialmente con el luteranismo que era una revolución de valores evangélicos, sujetos a la Escritura y no a las visiones y quimeras. Los valores de Francisca eran intuitivos, imaginarios, fingidos, con el propósito único de vivir bien. No le importaba nada saber que su huida era irreflexiva, improvisada, desorientada. No había parado a mirarse a sí misma, ni siquiera por el iluminado y fugaz instante de un relámpago. Su camino hacia lo desconocido no estaba empedrado de nuevas ideologías, de progreso o de arte; ella solo quería vivir en el jardín de Epicuro. Su forma de razonar, que la hundía en su abismo

interior, tejía una serie de variaciones sobre la muerte de Dios y sobre su propia muerte.

Ella había visto la sombra de la muerte en el saco de Roma. Las ejecuciones en masa. El apocalipsis con todos sus jinetes veloces balizando las negras figuras de la barbarie. Lo arpado de su vida hasta el saqueo de Roma, enfrentó su vida años después con preguntas que no pudo contestar. ¿Por qué Dios se había despojado de su poder y abandonaba a los hombres al rastrero caos de la barbarie? ¿Por qué Dios no había mantenido la promesa hecha a Israel: "Invócame en el día de la angustia y yo te libraré y tú me glorificarás"? ¿Acaso Dios no podía? ¿Estaba sin brazos para parar la contienda?

La aventura de la vida de Francisca, hasta ahora, había sido sugestiva, irreal, pasional, alocada. Ahora la realidad la metía en la tesitura de tener que elegir entre reflexionar o huir hacia adelante.

Era preciso tener la valentía de dar el frenazo. Pararse de verdad, mirarse por dentro en el espejo de la conciencia, estudiarse, comprenderse y perdonar, tanto a sí misma como a los demás. Y comenzar otra vida. Francisca, sin embargo, elegiría la huida hacia delante. No podía comenzar una nueva vida cuando se había aficionado a la vanagloria de la vida, al endiosamiento de su persona y que el ego humano controlara su corazón.

En la Audiencia los inquisidores no usaron de su habitual forma de indagar. Fueron directamente a Francisca para que confesase las personas que habían pasado del iluminismo y erasmismo al luteranismo. Solo tenían que refrescar algunas ideas teológicas y Francisca les seguiría la pauta dando nombres comprometidos con la rápida penetración de las nuevas ideas.

— ¿Cree vuestra merced que Vergara y su hermano Tovar hablan bien del luteranismo?

La pregunta no parecía decir que Vergara fuese hereje, solo si hablaba bien de Lutero. Sin embargo, evocaba en Francisca un raudal de ideas que ordenadas con el sentido común mostraba a los inquisidores la evidente herejía de Tovar y Vergara.

—Sí que hablaba bien de Lutero excelencia. Decía que todo el mundo estaba de acuerdo con él en lo relativo a la necesidad de reformación de la Iglesia y en artículos concernientes ad corrupcionem morum. Que entonces todo el mundo aprobaba a Lutero y muchos al principio se le aficionaron.

— ¿Qué cree vuestra merced que quería decir con que todo el mundo lo aprobaba?, –preguntó impaciente el inquisidor que procuraba tener atento a su escribano-.

—Decían Tovar y Vergara que, igual que las Comunidades fueron apoyadas al principio, así había ocurrido con Lutero. Fue tanta la importancia de la Reforma que algunos decían: “Mirad cómo

se han de levantar Luteros" y otros "que razón tenía Lutero" o "bien hizo Lutero en quemar los libros de los Cánones y Decretos pues no se usan ahora"

El inquisidor no parecía satisfecho. Lo que decía Francisca de Vergara muchos lo confesaban sin reparos, pero estaba seguro que había algo más. El doctor Vergara cuando llegó de Alemania muy bien podía haber sido contaminado con la herejía. Además, Vergara y su hermano Tovar, este seguidor devoto de Francisca, deberían haber tenido largas conversaciones sobre el luteranismo con la beata. Debería ayudar a la memoria de Francisca para poder sacar algo más profundo.

— ¿Es que acaso Vergara no le habló de las indulgencias? –insinuó el inquisidor como si supiese de alguna acusación más comprometedora-.

— Creo señoría que en una de las conversaciones comentó: "¡Que me hagan a mi entender que en dando el sonido del real, que entonces sale el ánima del purgatorio! Y también habló de la insuficiencia del Papa para conceder dichas indulgencias, pues solo Dios podía perdonar pecados.

— ¿Algo más le confesó? ¿No sacó el tema de la confesión?, –siguió tirando del hilo el inquisidor-.

—Vergara decía que la confesión auricular no es *de iure divino* y que no había sido condenada esta proposición por el Concilio de Constanza.

Francisca estaba serena. Recordaba con facilidad las palabras y los momentos. Ahora se daba cuenta de que a su alrededor se había levantado una gran tempestad y ella apenas se había dado cuenta. ¿O quizás se había enterado, pero ella también estaba de acuerdo? ¿No

había sido precisamente ella la que quiso hacer la primera Reforma yendo a Roma a destituir al Papa?

El inquisidor más que preguntar sugería y Francisca recordaba con exactitud. Salió el tema de la Vulgata y los textos hebreos, de las imágenes, de la justificación por la fe. Cuando Vergara fue procesado, los inquisidores estaban surtidos de declaraciones en su contra. Sin embargo, las confesiones estaban entrecruzadas con otras personas, también denunciadas por Francisca: Alcaraz, Isabel de la Cruz, Husillos, Celaín, Diego del Castillo, Juan del Castillo, Juan de Valdés, Vedoya, Mateo Pascual o Miguel Mezquita. Todos serían procesados y condenados por luteranos.

El inquisidor había sacado una conclusión que confesaba con cierto disimulo al señor Fiscal. Él sabría ahondar aún más sobre la enorme bola de nieve del luteranismo en tantas personas ilustres que Francisca estaba delatando.

—Para mí, Vergara es sospechoso en cuanto a la observancia de los preceptos eclesiásticos como la oración vocal y las horas canónicas. También lo es en cuanto a la acción de los sacramentos y su adhesión a Erasmo- había resumido el inquisidor-.

Las denuncias de la beata no llegaron a tener mucha consistencia cuando Vergara se defendió. Pero el canónigo, el helenista, el sabio fue metido en una cárcel ruinosa, aunque él ocupaba la sala dorada que era la habitación más decorosa. Tenía a su servicio también un criado. Este sirviente viendo cómo se movía una tabla de la sala, hurgó hasta hacer un portillo y salir a pasearse en el granero. También había hecho otro agujero para asomarse a la pieza vecina. Cuando el carcelero vio estas trasgresiones recriminó a Vergara y este contestó con injuriosa violencia.

— ¡Maldito perro guardián! ¿Acaso no ves que son fechorías inocentes de mi ocioso criado?, -profirió con desesperada rabia-.

Vergara no era capaz de refrenar su lenguaje y el carcelero le dejó las cosas claras.

—Si no sois capaz de dejar de protestar por la comida y de vivir incomunicado como es preceptivo, os encadenaré, -le explicó el carcelero sin ganas de contemplaciones-.

— Ya sabéis, gobernador, que será menester que los ángeles me aten las manos, porque estuve ¡por Dios! para alzar la mano y dar una bofetada a ese vuestro criado y a vos.

Vergara estuvo cuatro años en la prisión, recobrando la libertad en 1537. Vergara era un personaje importante y por eso quizás se libró de ser interrogado sobre su ascendencia judía, de ser torturado y casi se salva del auto de fe. Sin embargo, tuvo que aparecer en plena plaza de Zocodover de Toledo abjurando en el cadalso.

Parecía que el tiempo de las hogueras comenzaba cuando Francisca Hernández y su criada Mari Ramírez, junto a Diego

Hernández denunciaron casi doscientas personas como alumbradas-luteranas. ¿No temía Francisca que ella misma pudiera ser procesada por luterana? Metida en el torbellino de las nuevas ideas ¿no era ella la mayor hereje? Evidentemente Francisca no tenía miedo de ser considerada luterana porque tenía muchas coartadas. Su espiritualidad visionaria y adivinadora era la mejor máscara. Ella no trataba con ideas teológicas sino con personas que deseaban palabras providentes para andar por esta vida. Ella no preparaba a los hombres para la eternidad, no les proporcionaba consuelos en los lugares celestiales, sino que sus manos impuestas sobre el rostro de los desdichados consolaban todos los días las angustias terrenales y los afectos humanos.

En el paseo de la tarde, bajo la arboleda del "Camino salado", al arrullo de los chopos que movían sus hojas bulliciosas al viento, cansados el Fiscal y el Inquisidor de tanta información y tanta

denuncia, despejaban su cabeza a la par que analizaban sus opiniones.

—Francisca con sus delaciones, ha provocado un verdadero ciclón en el mundo religioso español, -explicaba el inquisidor de Toledo al Fiscal que veía cómo las doctrinas luteranas estaban más arraigadas de lo que siempre se había dicho-.

—España que ha sido capaz de expulsar a judíos y moros de su territorio sintiéndose la más católica y romana, no ha sido capaz de abortar el saco de Roma y ni tampoco hacer frente a las ideas nuevas de alumbrados que se han adelantado a Lutero en cinco o más años. Todos estaban mirando a Lutero y conjurándose contra él, pero el iluminismo, sin pretenderlo, ha creado la misma espiritualidad en España desde la Biblia, -exponía el Fiscal con un sentimiento de frustración y amargura-.

—Sin embargo, Francisca solo parece ser la agitadora de ese coctel o ¿acaso también ella habrá sido por un tiempo luterana? ¿Por qué estaba siempre en medio de los diferentes conventículos y de las múltiples espiritualidades?

El inquisidor comentaba en alto los pensamientos turbadores que le asaltaban al pensar lo que decía Francisca.

—No puedo entender su conducta y menos aún su doctrina. Sin embargo, los alumbrados, los erasmistas y algunos frailes herejes con Francisca y otras beatas, son el caldo de cultivo para que Lutero y sus libros entren en España a pesar de las bulas y encíclicas papales, y de las ordenanzas del emperador que clamaban por castigar a Lutero y sus partidarios quemando sus libros.

— ¿Cómo dibujar una sociedad como la española de hoy con estas explosiones de libertad y piedad por todas partes? –se preguntaba el Fiscal- ¿Qué esfuerzos extraordinarios habría que

hacer para despojar a los hombres y mujeres de sus libertades civiles y religiosas? ¿Quién podrá arrancar y oscurecer el pensamiento nuevo y el entusiasmo religioso, cuando tantos hombres y mujeres piadosos se han aferrado firmemente a las enseñanzas de la Biblia y sostienen el derecho de adorar y amar a Dios según las pautas de su conciencia?

El inquisidor seguía sin entender los cambios, la crisis, el tiempo de las trasformaciones.

— ¿No le parece a vuestra merced extraño, señor Fiscal, que los descubrimientos en el Nuevo Mundo que prometen al soldado y al mercader regiones sin límites y tesoros fabulosos, muchos miembros de entre las familias más nobles hayan fijado sus miradas en las conquistas más vastas y riquezas más duraderas encontradas en el Evangelio? – preguntó irónico y descreído de ver tanta piedad falsa y

visionaria, pero consciente que había muchos seguidores verdaderos del Evangelio-.

—Indudablemente las enseñanzas de las Sagradas Escrituras han estado abriéndose paso silenciosamente en los corazones de hombres, -confesó el Fiscal pues resultaba evidente la penetración del Evangelio desde los primeros años del siglo de Oro y anteriores.

Francisca había puesto al descubierto gente importante: profesores de griego y hebreo, teólogos de renombre y mucha gente noble. Sin embargo, hasta en la misma Corte aparecieron hombres de talla humana y espiritual como el erudito Alfonso de Valdés, secretario de Carlos Quinto; su hermano, Juan de Valdés, secretario del virrey de Nápoles o el elocuente Constantino Ponce de la Fuente, capellán y confesor de Carlos Quinto. En la Corte y en la Universidad de Lovaina aparecieron una larga lista de intelectuales y

cientos de teólogos luteranos españoles que animaron los círculos eruditos.

—Fíjese señor Fiscal que en 1519 ya empezaron a aparecer en España folletos en latín y escritos de otros reformadores. Enseguida aparecieron obras escritas en castellano de mayor envergadura y mayor aliento, ponderando la Biblia como piedra de toque para probar cualquier doctrina. Enseguida se fundamentó mejor la necesidad de reformas y la explicación de justificación por la fe, -indicó el inquisidor haciendo un esfuerzo para sintetizarlo todo en pocas palabras-.

—Sí que hemos oído muchas veces a los procesados, que la fe viene por Jesucristo y nos es prometida y dada gratuitamente. Ya lo ha dicho el arzobispo Carranza en su *Catecismo* que "la fe sin las obras es muerta, puesto que las obras son una indicación segura de la existencia de la fe," que "nuestras buenas obras tienen valor

solamente cuando son ejecutadas por amor de Cristo, y que, si prescindimos de Él, no valen nada;” que “los sufrimientos de Cristo son del todo suficientes para salvar de todo pecado;” y que “Él carga con nuestros pecados y nosotros quedamos libres.”

El inquisidor quedó sorprendido de lo impuesto que estaba el Fiscal en teología. Hizo un gesto de admiración y le dio una palmada en la espalda.

— No entiendo este despertar de España a las nuevas doctrinas –manifestó su secreto inconfesable el inquisidor-. Pero es evidente que mucha de la culpa la tienen los conversos que son los hombres de la Biblia. Las cartas de san Pablo y los Evangelios han tenido más fuerza educadora y trasformadora que todos nuestros ritos y ceremonias que siempre dicen lo mismo.

—Tenga cuidado, Excelencia, que lo pueden considerar luterano por hablar mal de los ritos y ceremonias, -rió con una carcajada

desentonada el Fiscal y le sugirió: -. No olvide que torres más altas han sucumbido al luteranismo.

La noche se asomaba entre nubes escarlata y el viento había cesado, como conteniendo la respiración, esperando la oscuridad que ocultara los pensamientos y las acciones de los hombres. Francisca ya había cenado. El carcelero le había quitado algunos escrúpulos que tenía para comer un escabeche que estaba negro de estar toda la tarde fuera del tonel de conservas. Ahora la reclusa se asomaba por la ventana, enrejada en forma de rombos, para ver las primeras estrellas. Pronto volvió a sentarse sobre la cama de su odiado encerramiento. Con el rostro entre las manos y los codos apoyados sobre sus rodillas, mostraba su estado de penuria y abatimiento. Volvió a levantarse y su silueta esbelta y bien proporcionada, vista en el espejo de la habitación, hizo que recuperara su respeto y atracción. Ella que había sido siempre afectuosa, con aquellos ojos dulces de mirada penetrante que parecían hablar, solo reflejaban

dolor y venganza. Como la antigua nobleza, se creía intocable, sus opiniones se tenían por correctas y todos sus devotos obedecían agradecidos, pero ahora le había alcanzado la indigencia de la que tanto había huido. Muy pocos se ocupaban de ella. Sobre su cabeza un velo de tisú disimulaba un pelo sucio y enmarañado. De su cuello dos cadenas de oro, una formada por anillos, colgaban una cruz de oro. Francisca estaba sola con el recuerdo y solo esperaba que el día amaneciese con la noticia de su liberación.

Sin embargo, los días siguientes amanecieron con la pesadilla de las delaciones ante el inquisidor.

10 EL SILENCIO CONVENTUAL Y EL MERCADER MEJÍA.

El proceso de Francisca duró varios años hasta que los inquisidores conocieron todo lo que podía contarles la beata. Fueron muchos los acusados por herejía como consecuencia de sus inculpaciones y venganzas. Roma en este caso tampoco pagó bien a los traidores como Francisca que no pudo librarse de la dura condena a ser recluida en monasterio a perpetuidad.

El canto del gregoriano indicaba que empezaban los Laudes. Las monjas se habían aseado en las letrinas comunes con el agua que venía del rio cercano y habían bajado a la iglesia para comenzar las actividades del día. Todo se hacía en silencio. Cualquier palabra dicha, aunque fuese motivada por algo imprevisto, era confesada y castigada por la tarde en la Sala capitular. Después del aseo personal cumplirían con su hora y media de trabajo para volver a rezar otra

hora y media después. Era esta la hora Tercia donde normalmente se oía misa. Después hasta la una, donde se rezaba la hora Sexta, había diversos trabajos.

—El invento de la imprenta nos está quitando mucho del trabajo de copiar libros, -le explicaba sor Trinidad a Francisca en el tiempo que se podía hablar-.

— ¿Para quién copian estos libros?, -preguntó Francisca-.

— Muchos de estos libros son prestados por otros monasterios y, una vez copiados, estos se añaden a la biblioteca del convento. Pero también copiamos otros libros encargados por algunos nobles e intelectuales.

—Yo soy una mujer nada habilidosa para los trabajos manuales. Fíjese sor Trinidad que me han estado enseñando a copiar pequeñas cosas sobre piel de cordero o pergamino como llaman estas hojas y todo lo he estropeado. Es un trabajo demasiado lento y minucioso

para mí que tengo estas torpes manos, - confesó Francisca que se sentía una inútil al compararse con aquellas expertas mujeres-.

— Pues resulta aún más difícil copiar las letras en el lugar exacto con las plumas de ave con las que se escribe y se dibujan las “iluminaciones”. Son las plumas delicados instrumentos no solo para escribir bien sino para no equivocarse si no se está habituado a su manejo, -intervino sor Trinidad para quitar importancia-

— Yo solo aspiro a poder leer estos libros y cumplir las obligadas penitencias. La priora nunca me propuso hacer cosas que no quisiese, respetándome siempre, aunque me observase con disimulo.

La mayor dificultad de Francisca en su encerramiento era la comida en común en el refectorio. Acostumbrada a que Medrano le cocinase pequeñas exquisiteces, estos almuerzos de verduras y hortalizas cocidas en una olla, aderezadas con un poco de tocino, no

le parecían comida suficiente. La carne estaba reservada a los domingos y otras festividades. El pescado lo tenían más a la mano porque tenían una alberca propia donde criaban truchas y carpas que freían o escabechaban para las cenas. Durante la comida se leían porciones y libros enteros de literatura espiritual como la *Flos sanctorum* con algunos pasajes de la Biblia. Francisca se daba cuenta del desconocimiento que tenía de capítulos enteros de la Biblia y que nunca había oído.

La priora de este convento de san Clemente de Toledo, sor Teodora, era una mujer joven para un puesto de tanta responsabilidad. Poseía una espiritualidad serena y práctica, no como la de aquellas personas que bajan a cada instante a Dios y los santos para mostrar piedad. Reflejaba con sus hechos diarios un carácter cristiano y misericordioso que hacía agradable cualquier ambiente, aunque fuese el aislamiento silencioso del convento. La priora no mantenía un monacato herético donde el diablo hiciese de las suyas,

como tantos otros de su tiempo, sin embargo, procuraba que se diese un culto más individual a Dios sin seguir tanto a la iglesia. Este convento, con cierto poder económico al tener entre sus muros a algunas personas de la nobleza, se parecía mucho a los monasterios privados organizados por mujeres como aquellos que dieron lugar a Beguinas, Reclusas o Estilitas. No siempre se observaba la regla de san Benito, con todas sus horas y su *ora et labora* (reza y trabaja) porque en cierto modo las monjas eran terratenientes y tenían gentes, casi esclavos, obligados a cultivar sus tierras.

La beata revelandera reclusa en este convento, Francisca, paseaba con la priora en el tiempo en que se rompía el silencio. Ambas poco a poco habían intimado y provocado una conversación de altos vuelos hurgando en su alma. Hablaban de la fe y de la posibilidad de que hubiese ateos. En realidad, la priora era consciente de que Francisca había abrazado creencias y opiniones lejanas al Evangelio y los principios del Reino de Dios. Poco sabía de su estado espiritual,

pero lo suponía cercano a la apostasía. Tampoco sabía de la visión de Francisca sobre las novedades religiosas de Alemania, ni en qué lado estaba, porque la doblez y la hipocresía era el arma habitual en muchos religiosos. Ya había dicho Cristo que no todo el que dice ¡Señor! ¡Señor!, entrará en el Reino de los cielos. ¿Era Francisca una atea? ¿Era una mujer sin Dios, aunque hablase de religión? ¿Acaso, en este recogimiento obligado por la inquisición, ahora buscaba a Dios como salvación y sentido a su vida o Francisca seguía siendo una farsante?

—Dicen los ateos que las creencias religiosas no se mantienen en pie a la luz de miles de razones lógicas. Que hay todo un mundo inventado y usado por las religiones para lograr poder y anular, al contrario, despreciándolo e incapacitándolo para el bien y valorarse por sí mismo, -exponía Francisca a la priora un tanto preocupada por el atrevimiento de haberle sacado un tema tan abrupto. En realidad, hasta entonces nadie se había atrevido a hablar de la posibilidad de

que hubiese ateos en aquella sociedad religiosa y cristiana hasta la saciedad-.

—Evidentemente hablamos en este caso de creencias, de religiones. La fe es otra cosa. Se fundamenta también en la razón, pero va más allá -dijo la priora procurando distinguir cada palabra-.

—Y esa diferencia entre fe, religión y razón ¿Cómo se distingue? ¿En qué difiere?, preguntó con su curiosidad innata Francisca que siempre aparentaba ser una teóloga de primera fila-.

La priora le quiso poner un ejemplo muy recurrido donde se percibía la diferencia entre fe y razón.

—Imagínate un alpinista que ha resbalado y quedado colgado en una pared de la montaña cuando la noche se ha metido encima. No hay posibilidad de rescate. Está en medio de una tormenta de hielo y nieve. El alpinista sabe que va a morir congelado en menos de diez minutos.

—Quiere decir que está condenado a morir congelado- indicó Francisca.

— No necesariamente condenado. Es su razón y su lógica, la que da a entender que va a morir fracasado como alpinista y congelado como ser humano que no puede resistir esas temperaturas.

— ¿Es entonces la razón la que no deja que pueda salvarse?, preguntó sorprendida la beta-.

— No es la razón el problema, sino que con solo la razón el ateo solo puede llegar hasta aquí. Solo ve la realidad que tiene delante. No puede usar la fe porque escapa de su razón. Sabe que allí morirá colgado. Los dogmas de la montaña le dicen que quedando allí colgado en la pared, la muerte por congelación es su inminente destino.

—Ante esa situación de muerte ¿qué puede hacer la fe?, –preguntó ávida de respuesta Francisca-.

— La fe puede producir la salvación de una muerte segura en esa frialdad de la montaña. ¿Por qué el alpinista no corta la cuerda y se lanza al vacío? ¿No es esto también razonable y lógico? ¿Acaso el suelo firme no puede estar a un solo metro desde donde está colgado, aunque él no lo vea porque la negra noche lo oculta? ¿Si corta la cuerda no podría salvarse de la muerte?

—Evidentemente el alpinista tendría que usar la fe, confiando en que el suelo esté cercano, porque de lo contrario ya está muerto por congelación si se queda allí colgado, -indujo Francisca de toda aquella historia-.

— Es exactamente lo que yo quería deducir. El ateo se quedaría congelado en la cuerda a solo un metro del suelo pues no sería razonable para él cortar la cuerda y posiblemente estrellarse contra el suelo. Sin embargo, el hombre de fe, corta la cuerda, porque es la única posibilidad de no morir congelado y encontrar suelo firme. En

el terreno espiritual sería el hombre que busca la salvación dejándose caer en los brazos de Dios. La fe puede ser un salto en el vacío, pero es la única solución que tiene el hombre para salvarse, -confesó la priora que había meditado muchas veces sobre este tema-.

Francisca quedó en silencio. Caminó al lado de la priora, pero como si ambas estuviesen ausentes. Cada cual conducía su pensamiento hacia rincones inexplorados.

Francisca, mujer de mundo, avezada en tantas batallas dialécticas, fina observadora de la realidad humana, era consciente que los ateos tenían circunstancias atenuantes para ser incrédulos.

— La religión tal como la conozco desde pequeña es criticable desde su estructura teórica, su manipulación de la realidad, su abominable moralidad o su falseamiento de la historia. Hay muchas partes perversas en las religiones, -denunciaba Francisca sabedora de sus propias artes para el negocio y el fraude a costa de la religión-.

—Eso no lo debes expresar con tanta crudeza, pues siempre hay personas de buena voluntad que dan consuelo espiritual a cambio de favores materiales para subsistir. La Sagrada Escritura dice que no pongas bozal al buey que trilla- dijo la priora intentando aplacar sus ideas erasmistas-.

— Conozco gentes que no tenían para comer y le han entregado a la iglesia sus dineros. Yo misma he recibido los mejores corderos y los mejores becerros de estas pobres gentes que buscaban sentirse en paz con Dios. ¿No es esto un cambio inmoral de favores materiales por favores espirituales, cuando esto debería ser gratis? ¿Acaso Dios no nos da todo gratis?

Francisca sabía lo que era tener poder, sabía de la manipulación y de usar a otros seres humanos para el propio beneficio. Comenzaba a darse cuenta que Medrano abusaba sexualmente de niñas y mujeres, gracias a la protección de la iglesia. Ella había visto a papas y

cardenales manipular la historia para quedar como los buenos, cuando ellos habían luchado contra los derechos del hombre, provocando guerras, justificando la tortura y el asesinato. Había contemplado que, usando la excusa del amor al prójimo, se autojustificaba el odio patológico contra aquel que pensara distinto de la normativa eclesiástica.

—Desde luego no me extraña que algunos digan que la religión es un insulto a la dignidad humana, cuando se levanta como algo superior al ser humano y legitima el abuso sobre el otro, - exteriorizó con disgusto Francisca con palabras cada vez más duras-.

—Sin embargo, Dios sabrá separar a los buenos de los malos. Acuérdese su merced, que habrá gente que serán bendecidos por Dios en el juicio final, por haber dado de beber, de comer y de vestir, aunque no tenían un verdadero conocimiento de Dios: *tunc dicet rex*

his qui a dextris eius erunt venite benedicti Patris mei possidete paratum vobis regnum a constitutione mundi Mateo 25:34

Francisca era consciente de la hipocresía de su vida, pero también de la doblez en la jerarquía religiosa y la de sus creyentes. No pudo reprimirse y soltó toda su ponzoña contra aquellos que habiéndoles ayudado a encumbrarse ahora la habían abandonado.

—Soy consciente, más que nunca, que los hombres de todos los tiempos nunca hacen el mal de manera tan completa y feliz como cuando lo hacen por una convicción religiosa. Especialmente la jerarquía. Ellos se creen superiores, aunque sean perversos, corruptos y falsos, -Francisca lo decía por sus amigos devotos el general de los franciscanos Quiñones y el papa Adriano-.

—Creo que lo que dices de hacer el mal no corresponde solo a las convicciones religiosas sino a cualquier convicción del hombre que siempre tiende al mal, -corrigió la priora-.

— Ciertamente el mal está en todos, pero estos reclaman ser moralmente superiores mientras defienden la inquisición, los abusos a los más débiles, la guerra o el genocidio. Se proclaman guardianes de la integridad moral cuando apenas han intervenido en el avance de los derechos del hombre y por el contrario han depravado a muchas gentes. La historia de la jerarquía es la crónica de la hipocresía religiosa, mintiendo al pobre para hacerle más fácil la vida al poderoso.

—Reprímete Francisca, -señaló la priora sin ánimo de corregirla- que a veces las piedras oyen.

La priora no era una mojigata religiosa, sino que se movía en la vida con una integridad intelectual y moral envidiable.

— Créame, reverenda madre priora, que, si soy una escéptica en mi fuero interno, es porque he podido ver la hipocresía vaticana con todos sus negocios, sectas, productos milagrosos, grupos de presión

paramilitares y militares, grupos intelectuales, etc., que denigran cualquier creencia.

Francisca parecía una versada erasmista en sus críticas a la iglesia. En realidad, era la primera vez que había descargado su conciencia, arrojando todo ese veneno que la estaba matando por dentro. Sin embargo, su ideología no estaba forjada por ideas o ideales nobles sino por sentimientos y, en sus años más jóvenes, por instintos. Los primeros días de Francisca en el convento habían sido duros por encontrarse confusa, fuera de lugar, en otra realidad que nunca había deseado, aunque siempre estuvo cercana. Pero ahora el convento, la vida en común, la estaba aceptando como un lugar para reflexionar.

Hasta ahora no había tenido tiempo de pararse, detenerse en sus actividades de revelandera que le habían llevado a los primeros lugares de la fama. Ella había sabido explotar el futuro como un filón

inagotable de sentido. La gente insatisfecha de la vida quería adornar su existencia con indicios de hechos venideros y Francisca buscó en todas las partes las claves para darle el futuro a sus devotos. Unas veces les descifraba el futuro a través de la vida de animales, el vuelo de los pájaros, las nubes en arrebol, los sueños y hasta en los estornudos. Había mucha gente que trataba de dejar de ser víctima de los caprichos divinos descifrando de antemano los designios de la Providencia acudiendo a la revelandera y toda una saga de profetas que abundaba en ese tiempo de trasformaciones.

Francisca quiso aclarar otra cuestión con la priora. Era algo que la desconcertaba y de la que tenía mala conciencia, aunque reconocía haber abusado y mentido siempre.

— ¿No ha sido en las Escrituras hebreas donde encontramos al pueblo interpretando los designios divinos por medio de visiones? Jacob en sueños llegó con una escalera hasta el cielo y contempló a

los ángeles de Dios subiendo y bajando. Encima de la escalera estaba el Señor sentado y le dijo: *Yo soy el Señor Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra sobre la que estás a ti te la doy y a tu estirpe,* -explicó a la priora con un despliegue de memoria prodigiosa-.

— ¿Qué me quieres decir?, –preguntó la priora algo distraída-.

—Que por la visión que tuvo Jacob, el pueblo de Israel poseyó y adquirió el derecho a la tierra prometida. Las visiones han tenido mucha importancia en la Biblia.

— Eso no se puede negar, - contestó la priora admirada de la buena interpretación del texto bíblico-.

— ¿No usaron los hebreos también el *urim* y el *tummim*, dos piedras sagradas que el sacerdote llevaba entre sus vestiduras para encontrar la respuesta divina? ¿No era Samuel un adivino, un *nabí*, un profeta con capacidad de predicción? Aunque el *nabí*, el profeta,

era un proclamador, un anunciador en nombre del propio Dios, el sacerdote-oráculo era venerado cuando las predicciones eran certeras. Los profetas hebreos abrían las puertas de la fe cuando declaraba el Señor: *Yo haré que se levante de en medio de sus hermanos un profeta, lo mismo que hice contigo. Yo pondré mis palabras en su boca y él les dirá todo lo que yo mande.* Deut. 18:18

Francisca no estaba justificando su profetismo, pues sabía que no tenía don de profeta en el sentido bíblico. Mientras el advino prevé lo que acontecerá, el profeta prescribe lo que debe creerse y cómo hay que comportarse, porque habla en nombre de Dios. Francisca siempre tuvo la habilidad de no imponer cargas sino aliviarlas. Sus adivinaciones eran más un deseo de aliviar al instante el cansancio del alma que una denuncia o una anticipación al futuro, aunque hiciese creer a sus devotos las dotes de vaticinar.

La priora que sabía de los negocios de Francisca con los vaticinios, no tardo en intervenir sacando la autoridad de la Escritura, que había encontrado traducida al castellano – no sabía dónde- y procurando que no se sintiese herida.

― Tienes mucha razón en lo que dices sobre las visiones. Pero lo que más me preocupa, beata Francisca, es la lectura de Deuteronomio "*Cuando entres a la tierra que Jehová tu Dios te da, no aprenderás a hacer según las abominaciones de aquellas naciones. No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con Jehová cualquiera que hace estas cosas, y por estas abominaciones Jehová tu Dios echa estas naciones de delante de ti. Perfecto serás delante de Jehová tu Dios. Porque estas naciones que vas a heredar, a agoreros y a adivinos oyen; mas a ti no te ha permitido esto Jehová*

tu Dios. Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis”.

—Parece que una cosa es profetizar y otra cosa vivir del engaño como los agoreros y hechiceros.

Francisca calló por un tiempo. Se sintió tocada, señalada, punzada. Ella había practicado sus revelaciones con muchos de estos sistemas adivinatorios que Dios prohibía pero que la iglesia cerraba los ojos para no querer verlo. Ella, y también la iglesia de Roma, había sido la reina de todas estas abominaciones que llegaban a todos los rincones de España.

Fue entonces cuando la beata comenzó a sentir una cierta amargura de espíritu. Se sentía herida dentro de sí. Pocas veces había tenido esa sensación que afectaba a su ser integral, la dejaba sin fuerzas y sin orientación. Era como un disgusto que le afligía, le aguijoneaba, le atravesaba el estómago como una pócima amarga.

— Nunca había sentido remordimiento por mis adivinaciones y recomendaciones, porque con ellas he aliviado a muchos devotos cargados de angustia, -comentó con voz temblorosa Francisca a su confidente la priora-.

—Es casi normal no sentir escrúpulos de conciencia cuando se ve a la gente aliviada, pero también es un hecho que esa persona no buscará más a Dios sino a los adivinos, a los hechiceros y ensalmadores -replicó sor Teodora-

—Sin embargo, más que remordimiento, lo que siento es amargura. Es como un veneno que yo tomo esperando que otros sean los que se mueran. He sabido apaciguar siempre las circunstancias que me habían llevado a ser la santa revelandera, pero ahora mi estado anímico está gobernado por mí mismo corazón, mi conciencia, mi esfera de la intimidad, mi vieja naturaleza. No soy capaz de aplacar los deseos no alcanzados, aquellos valores espirituales incorrectos,

las decisiones equivocadas, las situaciones que me han llevado a la cárcel y al obligado retiro. Sobre todo, reverenda priora, tengo el alma llena de hiel por haber perdido la visión del rostro de Dios. No conozco ni siento a Dios.

Francisca parecía recobrar su conciencia perdida. Los pocos meses de su estancia en el convento la estaban mudando de piel, ya no era la misma. Así se lo dijo la priora.

—No pareces la misma Francisca. Hasta creo que tu cara se ha iluminado y tus ojos brillan como nunca los había contemplado así.

— La falsedad de mi vida reclamaba un poco de verdad que me curase la úlcera interior que me perfora como una lezna. Algunas heridas de mi alma nunca han cicatrizado y por eso hasta mi cuerpo se está paralizando y envejeciendo prematuramente.

— Algunas personas se sienten lo mismo de paralizadas como tú, al no encontrar sentido a la vida –añadió la priora-

—Efectivamente no me siento la misma Francisca, vital, seductora, lozana, hábil, consoladora, cautivadora como me han calificado otros. Los recuerdos de los malos tratos en mi niñez, las decepciones amorosas, las injusticias y continuada hipocresía de la iglesia, de muchos de mis devotos, de la sociedad, me han atrapado en la amargura, pero creo estar comprendiendo otras realidades, -confesó conmovida Francisca-.

—Gracias a Dios, que no deja desamparado ni al más pecador que vuelve a la casa del Padre, -añadió la priora como si fuera un suspiro de alivio-.

—Sin embargo, en esta soledad monástica, me siento estéril, sin descendencia, sin frutos. Me ha alcanzado la aflicción y todavía no me siento preparada para entrar en el verdadero santuario de Dios y entregar mis peticiones, esperar en Dios y regresar a casa con gozo.

¿Seguiría Francisca tomándose el veneno esperando que otros murieran? ¿Acaso no había delatado ante la inquisición a todos los que conocía? ¿Cuándo endulzaría sus entrañas y se libraría de la dura servidumbre de la amargura? Solo el corazón conocía la amargura de su alma como decía Proverbios, pero ¿acaso no había algún antídoto para esta aflicción?

Francisca no encontraba el antídoto porque todavía estaba maquinando maneras de vengarse. La noche se asomaba al interior del ser y también a la mente de Francisca privándola del sueño. Le hacía recordar los más ínfimos detalles desde que era niña y el resentimiento parecía tener memoria de elefante recordando viejos pleitos. ¿Por qué resonaban en la noche aquellas cosas que le hacían sufrir, viejas heridas y ofensas que nunca podía borrar de la memoria? ¿Por qué no recordaba mejor los momentos buenos y hasta felices? ¿Por qué ella siempre era la víctima?

Sin embargo, había muchas víctimas de injusticias desgarradoras que estaban en peor situación que ella pero que aguantaban la vida sostenidos por su fe. En aquellos momentos de la noche, cuando sus ojos no eran capaces de cerrarse hasta que se extinguía la luz del candil de aceite, le venían recuerdos sorprendentes como el del “marrano” mercader Rojas y Mejía. Nunca supo porque sintió tanta ternura por este hombre lleno de fe en el Dios hebreo que a duras penas cumplía los mandamientos y los ritos religiosos del “Séder”.

En la luna nueva de marzo, -fecha que tomaban los marranos para desorientar a los cristianos que controlaban el calendario lunar de los hebreos- Francisca había intimado con un hombre rudo, que aparentaba distinción y estirpe. Don José Manuel Rojas y Mejía era uno de aquellos marranos que nunca se quiso convertir al cristianismo, aunque lo aparentase. Su habilidad para el fingimiento y demostrar devoción cristiana, le hacían un hombre sobresaliente y del que se podían aprender muchas cosas. Decía este buen hombre

que su apellido Mejía era una derivación de Mesías, que su otro apellido Rojas significaba "negro" del hebreo Sajor que era una inversión de las letras de "Rojas" es decir "Rojas" al revés.

—Mi nombre no es una casualidad, ni el de mi hermano fray Pedro Apóstol que es sacristán y quien más se ha sacrificado por tener que vivir una vida de hipocresía y negación de su fe. Él es un tronco sin gajos y sin simiente para "honor" de su iglesia, porque también sigue siendo judío. Hoy iré a misa con los míos, veré a mi hermano cuando coloque la hostia en nuestras bocas y saldremos de misa sabiendo que todo lo hemos hecho empujados por las circunstancias, pues en ello nos va la vida.

Francisca se acordaba de don José Manuel, porque parecía el último converso que judaizaba descaradamente o, mejor dicho, con más disimulo que ninguno, pues seguía siendo hebreo. Solo a ella le había confesado que no sabía por qué hacía esta vida de hipocresía,

pero que era algo profundo que llevaba dentro de sí y le motivaba para hacerlo. Tal vez fuera por respeto a sus mayores, aunque surgía dentro de sí por amor más que por compromiso.

— Mi hermano Pedro vendrá a lomos de su burro hasta la finca y juntos en la ribera del río, con varas de sauce golpearemos las aguas, recordando a nuestro patriarca Moisés en el desierto.

— ¿Acaso no hay personas en la finca que les puedan ver?, preguntó Francisca conocedora de la necesidad de estar siempre prevenidos en todo lugar para no cometer errores que les podían llevar a la hoguera-.

—Tengo esclavos que compro para mi hacienda, traídos de Portugal y Brasil. Tengo también al mulato Lucas, de quien nadie puede sospechar que es marrano y cuando revisa a los pobres desdichados y cuando simula inspeccionar su boca y oídos les dice en voz baja: *Shemáh Israel*”. (oye Israel). Muchos le contestan

emocionados a la contraseña, *Adonai Eloeinu, Adonai Ejad* -confesó emocionado Rojas y Mejía-.

— Debe tener un gran negocio en la finca, si necesita tanto personal, -había continuado investigando Francisca ante las ganas de hablar del mercader-.

—Allí, en la finca, hago salado y curtido de cueros. Es por eso que necesito tanto personal y soy un habitual en los remates de esclavos.

—Pero si celebra la noche de Pascua, eso significa la liberación de la esclavitud de Egipto del pueblo de Israel y vuestra merced tiene muchos esclavos. ¿Qué hace con ellos esa noche? ¿Cómo pueden decir esa noche "¡Ahora somos libres!".

Francisca no se había mordido la lengua y parecía haber cortado la locuacidad del mercader. Sin embargo, don Juan Manuel reaccionó y le sorprendió con la respuesta.

—Hoy, noche de Pascua, todos esos, “esclavos” que trabajan conmigo saben que serán liberados de todo compromiso, pues efectivamente diremos: ¡ahora somos libres!, aunque sé que no lo somos aún. Quiero que sepas que yo “compro” grupos de hebreos que los piratas venden sin pasar por mercado alguno, y estos son los sospechosos de judaizantes que son llevados frente al Santo tribunal de España, al ser capturados por los corsarios en altamar. Para poder afrontar estas “compras” me ayudan miembros de la familia Viel (inversión de letras de Levi), quienes están en igual condición que yo y el mismo deseo de salvar judíos de las garras de la Inquisición.

—Realmente vuestra merced me ha sorprendido por su generosidad. Es un verdadero salvador de esclavos judíos -reconoció Francisca asombrada de aquella organización filantrópica que ocultaba el mercader.

Don José Manuel le dio cuenta de todos los detalles que como salvador de esclavos, junto a otras familias hebreas, se exponía a la hoguera. Le explicó el disimulo que era necesario cada día para aparentar ser cristianos cuando su deseo era seguir siendo judíos.

—Durante la semana quemamos harina en los hornos para que nadie sospeche que no comemos pan. Mi esposa, entre tantas horneadas “desliza” unas pocas tablas de “pan flaco” que retira sin que nadie la vea y lo guarda en el sótano de la casa. Así tenemos el “matzáh”, pan ácimo, para la noche.

— ¿Siempre es su esposa la que se encarga de cumplir la ley?, -preguntó Francisca queriendo saber lo que hacía en casa el mercader-

—Yo me ocupo de la “carneada” de corderos para lo cual elijo animales sin defecto, tomo cuchillos sin mella y después de despostar las reses, pongo la carne en agua y sal. Pero también me encargo “como al descuido” de salpicar las jambas de las puertas con

los cuchillos sangrantes de los corderos, como lo hacían mis antepasados en Egipto y en Jerusalén. Hubiese querido acompañar con las oraciones y las bendiciones apropiadas a este rito, pero nunca las aprendí.

El mercader orgulloso de celebrar la Pascua, tenía un sentimiento de pena por no saber el rito completo, pero esperaba que sus ruegos fueran oídos. Francisca le siguió preguntando por la cena.

—A la hora de la cena, siempre saco un libro muy antiguo que guardo escondido en un doble fondo en la capilla. Yo no lo sé leer pero mi hermano sí. Ahora mi hijo lo está aprendiendo a leer y meditar. Después mando al negro Lucas al aljibe y con el pretexto de echar cal al agua, baja hasta la segunda calzadura donde hay ocultos un chal de oración, una copa labrada y pequeños solideos con la estrella de David.

— ¿Tantas cosas tiene guardadas? ¿No puede ser peligrosa tanta exhibición de judaísmo?, consideró Francisca que siempre había sabido distinguir a una legua al judío por menos detalles y encubiertas formas de vida.

—Tengo también un pedazo de pergamino que hallé en un viejo arcón familiar. Como creo que está en hebreo lo he guardado hasta que alguien lo pueda traducir, -confesó orgulloso el mercader.”

—No me ha dicho aún donde celebra la cena y qué sienten al celebrarla -indicó Francisca sabedora de la tristeza y los recuerdos que vienen en esos momentos.

—La celebramos en el sótano de la casa. Aunque huele a cueros y las cecinas impregnan la nariz con su olor, es un buen sitio. Sobre la gran tabla de salar, ahora cubierta por un mantel de lino blanco, ponemos la brillante copa llena de vino y el pan de la pobreza frente a la silla de la cabecera. ¡Claro que tenemos miedos y angustias! Mi

hermano Pedro está trasformado. Le brillan los ojos porque está llorando. Mi hijo mayor, con el solideo sobre su cabeza, me mira con amor y temor también.

—Y ¿qué les dice a sus hijos en ese momento? - Francisca no se aguantaba de curiosidad-.

— Siempre les digo lo mismo. ¡Ay hijos! Si pudiera protegeros del riesgo a que os expongo. Me siento culpable, aunque no puedo hacer otra cosa. Sin embargo, todo se disipa al oír estas palabras del Libro que no entiendo, pero que son melodías que despiertan recuerdos que no se si viví.

El mercader estaba tan confundido como gozoso. Su familia reunida era la mejor muestra de que los hebreos no habían abandonado su fe.

— Y sus hijos ¿qué hacen, ¿cómo se comportan?, -persistía Francisca en saber todos los detalles-.

—Mi hijo mayor se levanta y canta unas pocas frases en lengua extraña para mí y mis invitados. Sin embargo, todos lloran al oírlas. Mi hermano, hoy sin crucifijo, se siente librado del yugo opresor. Me cubre con el viejo chal a franjas y cuando lo hace siento un fuego extraño dentro de mí. ¡D-os, todopoderoso! ¿Por qué no podemos sentir siempre así? ¿Por qué debemos mentir diariamente sobre nuestra fe? ¿Cuántos de nosotros seguiremos tus caminos y cuantos nos apartaremos de tus sendas?

Francisca también se había emocionado sin quererlo. Admiraba la fe que costaba y mucho más si el precio era la misma vida. Ella pocas veces había visto los sentimientos y el carácter de quienes profesaban una fe verdadera, pero el mercader había tocado algo en su interior que parecía obligarla a abrir las puertas de su interior a la verdad.

— ¿Cómo acabó su cena de Pascua?, -preguntó emocionada Francisca, como indicando que no le volvería a preguntar más cosas-

—Siempre acabamos el Séder llorando en silencio. La fiesta del cordero, del pan ácimo y de las hierbas amargas debería ser, sin embargo, la fiesta de la alegría por la libertad lograda. Es mi hermano el sacristán el que entona y lee: " Avadim ahinu veatá bnei jorim, baruj atah adonay eloheinu, sheejeianu vekimanu vehiguianu lazman hazéh. Esclavos fuimos y ahora somos libres, bendito seas que nos permitiste vivir para llegar y acercarnos a este momento".

Los recuerdos de Francisca en estos días se hacían demasiado presentes y cercanos. Hasta recordaba siendo niña el haber celebrado el Bat-Miztbá, una especie de presentación en sociedad, cuando tenía unos doce años. Era evidente que su tradición hebrea se había perdido, más aún, estaba sumida en total oscuridad sobre el tema por haber muerto sus padres y por tanto nada le habían podido trasmitir.

Ella era hija ya de estos tiempos de trasformaciones donde el callar o el hablar tenía el mismo peligro, pero también era un periodo que clamaba por libertad de conciencia y de religión.

La Reforma luterana se había asomado a España, no solo denunciando los abusos de la iglesia sino trayendo un cristianismo más auténtico donde cada cual podía adorar a Dios en espíritu y sin mediadores eclesiásticos. Ella conocía la sinceridad de corazón de muchos de los que abrazaban las doctrinas de Lutero y que siempre decían no ser luteranos sino cristianos. Siempre estuvo en sus cenáculos y muchos de los comentarios bíblicos habían prendido profundamente. Se parecían mucho aquellos hombres y mujeres, cristianos nuevos, al mercader don José Manuel Rojas y Mejía que presumía de estirpe noble y lloraba cuando sentía al Dios de Moisés.

Francisca no sabía lo que estaba ocurriendo en su vida, pero era como si hubiese vuelto a nacer. Era una mujer nueva cada día.

Cuando el sol acariciaba al alba las espadañas del convento y penetraba por su ventana, sentía reverdecer todo su ser. Las continuadas palabras de la priora siempre la ponían en la encrucijada de tener que elegir. Aquellas noches en vela, le habían agotado de tanto luchar con Dios y, como Nicodemo, quería nacer de nuevo, dar el salto en el vacío para salvarse. Así se lo confesaba a la priora.

—Estoy descubriendo algo que derriba mis viejos centros de interés, invierte la jerarquía de valores, cambia los cimientos del mundo. Todo lo que hasta ahora parecía ganancia, comienzo a sentirlo como pérdida, como basura, como tiempo perdido. Ahora comienzo a sentirme bienaventurada, dichosa, feliz, sin tenerme que arrastrar por los caminos del poder, del dinero y de los embustes.

La priora, la hermana Teodora, le había ayudado a dar la vuelta a su piel y ver el mundo infinito de la misericordia de Dios. Como en la parábola, ella era la hija pródiga que había vuelto a la casa del Padre.

No había habido ningún reproche, ninguna petición de justificar su conducta y su vida dilapidada, sino solo misericordia.

—La felicidad es la promesa formal del Evangelio, hermana Francisca, porque tu nombre está escrito en el Libro de los cielos. Ningún sueño ni visión podrá suplir esta felicidad que cicatriza el alma por dentro y hace todas las cosas nuevas.

La priora no pudo contener su emoción y Francisca quiso abrazarla. Ambas juntaron sus lágrimas entre sus mejillas, mientras la priora descubría algo que demostraba que la integración de los conversos judíos en el cristianismo era evidente. ¿Cuántos conversos habrían abrazado verdaderamente la fe cristiana? No era verdad que todos eran unos cizañadores, sino que muchos querían ser verdaderos cristianos.

— El Evangelio de Jesús es para mí un ideal mayor que todas las promesas dadas a los judíos, -confesó sin rodeos a la priora-.

Sor Teodora, sabedora de la descendencia e inclinaciones judeoconversas de Francisca y consciente de que el mundo converso era cercano a su accidentada vida, no dudó en preguntarle.

— ¿Cuándo ha comenzado este proceso? ¿Qué ha ocurrido para que estés tan firme y segura?

— No lo sé, sor Teodora. Solo he deseado de una manera diferente y nueva. He esperado un cambio en mi vida y dentro de mi corazón, en su interior, he encontrado algo nuevo. Ha sido como si una insignificante semilla oculta y poderosa hubiese empezado a crecer y trasformar mi existencia. Una semilla que había empezado a crecer enriqueciendo mi vida de una forma desconocida y que crecía en la tierra abonada con los desechos de mi amargura y desesperación. He vuelto en sí, como en la parábola del hijo prodigo, diciendo: ¡Padre yo no soy digna de ser llamada tu hija!

Francisca había cambiado la dirección de sus deseos de manera sorprendente. En poco tiempo había acabado con los fetiches seductores, los dioses a los que había colocado en primer lugar: las necesidades, la sensualidad, el prestigio o el dominio sobre los demás. Había comenzado a darse cuenta que estos fetiches no la habían dejado vivir, amar y ser feliz de verdad. Había comenzado a ponerse al abrigo del Deseo de Dios.

—En realidad -manifestó Francisca con una gracia indescriptible- he cambiado de Dios.

—No digas eso tú, que eres medio judía. Solo hay un Dios, -añadió la priora con ademán de taparle la boca-

— Quiero decir, que las enseñanzas que aprendí de los luteranos de Alcalá me habían mostrado un Dios distinto al que conocía. Yo he nacido de nuevo como Nicodemo rompiendo con toda la geografía de los deseos y poniendo toda mi confianza en Jesús, el Mesías.

—Tampoco digas que eres luterana sino cristiana, -volvió a corregir la priora a Francisca que había olvidado las más elementales precauciones que le podían salvar de ser tenida por hereje-.

— Sor Teodora, le confieso que he sentido el encuentro con ese Jesús que me liberaba y rompía las cadenas que me ataban a este mundo. Me he apartado del imperio de la religiosidad, del dominio de la ley y las obras, recibiéndolo todo como un regalo gratuito que no exige nada a cambio.

— Entiendo lo que dices, -confesó la priora cada vez más emocionada-. El afecto personal con Jesús es el que cambia el sentido y la dirección del amor y la entrega. No que no vuelvas a desear las mismas cosas, ni ansiar cambiar de objetos, sino cambiar de dirección, amarlo todo de manera diferente y ordenando de otro modo el corazón.

Fue entonces que Francisca comenzó a entender lo que significaba el "dejamiento" de los alumbrados, porque ahora se abandonaba en la acción de Dios en su vida, poniéndose confiada en sus manos. Ahora entendía Juan 3:3 *"En respuesta, Jesús declaró: A la verdad te digo que nadie puede ver el reino de Dios al menos que nazca de nuevo*" Y entendía algo más que la llenaba de una alegría inmensa, como nunca la había sentido; su conversión había sido enteramente el trabajo de Dios.

11 La peste y la muerte de Francisca.

El frio invierno había pasado lentamente mientras se deshacían sus carámbanos y Francisca esperaba la primavera con ilusiones renovadas. Cuando asomó la primera flor en la pradera se dio cuenta, como nunca lo había hecho, de los verdaderos milagros de Dios. Aquellas margaritas, blancas y violetas, que nacían en los primeros días de sol, daban paso a un cambiante espectáculo de escabiosas, campanillas, de flores amarillas de erizón, de orquídeas salvajes en sus múltiples variedades. Después se llenaban los trigales de amapolas, de flores de la gamaza y la manzanilla, flores blancas de yerba gatera, la flor amarilla del cardo. La vida era más bella para Francisca cada vez que el sol calentaba la tierra, pero también se sentía más hermosa y cálida por dentro.

—He aprendido muchas cosas este invierno en el convento, pero sobre todo he encontrado la paz conmigo- confesaba Francisca a una monja joven que había entrado en el convento trasladada de Salamanca-.

—Sin embargo, parece que tus ojeras y tu tos, tan continua y convulsiva, indican que estás enferma.

— Tienes razón. Siento que los pulmones no van bien y a veces siento ahogos y fiebre.

Francisca efectivamente había enfermado de peste pulmonar. En realidad, parecía que era el “garrotillo” o difteria que cuando se manifestaba en los niños era aún más terrible. La habitual palidez de Francisca, era acompañada de vómitos, fiebre y la aparición de falsas membranas en la garganta que le producían sofocación y terminarían provocándole la muerte por asfixia. Las membranas de la garganta se hinchaban de tal manera que la asfixia llegaba a la garganta como si

fuera el “garrote vil”, comprimiendo mortalmente el cuello. A veces Francisca pedía a la hermana que la cuidaba que le metiese los dedos para abrir las membranas y poder respirar.

—Todo está en las manos de Dios y solo podemos rezar y esperar, - decía la monja que ya había visto y asistido a algunos casos de “garrotillo”.

— En Dios ya he confiado entregándole todo mi ser –añadió Francisca con el rostro dulcemente iluminado-.

—También debes encomendarte para tu curación a san Roque que es el patrono de las pestes – añadió sor María, la monja salmantina-.

—La fantasía popular concede poderes especiales a los “santos curadores” pero yo pondré la confianza solo en Dios. ¿No conoce mejor Dios mi enfermedad que todos los santos especializados en enfermedades?

—Pues dicen que san Agapito es “mano de santo”, nunca mejor dicho, para los cólicos y los dolores de muelas. San Juan cura la epilepsia y san Fermín y san Macario el raquitismo.

—También cuentan que estos santos, capaces de realizar milagros para restablecer la salud, pueden de la misma manera quitarla como castigo de algún pecado oculto, -confesó sonriendo Francisca que sabía mucho de estas supersticiones.

—Algo de razón tienes, pues dicen que San Lorenzo, igual que curaba los eczemas podía provocarlos. San Benito haría lo propio con la litiasis y de la erisipela se encargaba San Silvano, -reconoció sor María-.

— Todos sabemos que la práctica de la medicina se puso bajo la advocación de dos santos de origen sirio: Cosme y Damián. Cada ciudad tiene su santo protector e incluso los gremios se buscaron un

valedor celestial: los carpinteros San José, Santa Catalina los carreteros...

La conversación cada vez más imposible por la tos y ahogos de Francisca, se fue alargando sobre el mismo tema del que parecían unas expertas las dos mujeres.

Sin embargo, la enfermedad había atacado fieramente a Francisca de modo que alguna vez, esta monja que la cuidaba, recurrió a algún remedio que era solo un placebo para aliviarla. Solía darle una taza de manzanilla mezclada con otras hierbas que a pequeños sorbos parecía tranquilizarla. Eran curas populares que, sin tener componentes científicos señalados para la enfermedad, se convertían en curativos por arte de magia. Al menos los enfermos descansaban por unos instantes creyendo en su curación. Pocas veces había médicos competentes para este tipo de pestes. En el caso de Francisca, fue uno de los médicos de Felipe II, Francisco Vallés, al

que llamaban el “Divino Vallés”, que visitó a su hermana profesa en este convento, y, aprovechando aquella oportuna visita, también diagnosticó la enfermedad de Francisca.

—Como quizás hayan adivinado, esta peste es “difteria” y no son simples anginas- advirtió el doctor, sin tapujos, a las monjas presentes en la celda -.

— ¿Es contagiosa doctor?

—Indudablemente. Se contagia por partículas suspendidas y deben tener cuidado porque esto que llaman el “garrotillo” puede ser mortal. Pónganse un pañuelo por la boca cuando anden con Francisca.

El doctor revisó a Francisca minuciosamente. Mandó encender un candil de aceite para tener suficiente luz y pidió una jofaina con agua caliente para lavarse las manos después de pasar consulta. Una de las monjas bajó el crucifijo que estaba encima de la cabecera de la

cama y se lo puso a los pies mientras rezaba una oración prefabricada y sin devoción.

—Observo - diagnosticó el doctor- algunos tumores en el cuello y detrás de las orejas. Les advierto que si llega a haber hemorragia o flujo sanguíneo nasal o bucal, eso será mortal. Por eso deben darle alimentos nutritivos ahora que empieza la enfermedad, pues esta peste hace desfallecer a las personas dejándolas exánimes.

— ¿Alguna cosa más que nosotras podamos hacer, doctor?

—Siempre tengan tapadas las piernas de Francisca para que no se queden frías y le den un poco de vino cuando vean que va perdiendo las fuerzas.

Pasaron los días y Francisca seguía asfixiada. El trajín de entradas y salidas de las monjas en su celda era continuo, pese a las severas advertencias de contagio dadas por el doctor.

— Fregaremos diariamente su habitación y procuraremos ventilarla – comunicó la priora a la hermana que la atendía, aunque todas sentían la enfermedad de Francisca como propia porque la amistad con ellas se había acrecentado-.

— Así lo haremos, -contestó sor Juana, la monja con más experiencia en estas labores-.

—Debemos tener cuidado de que esta peste se propague entre nosotras porque dicen que en Valladolid anda por todas las partes y no remite. En Sevilla dicen que ya han muerto unas 18.000 personas- informó la priora.

—Eso es horrible y más parece un castigo de Dios- añadió sor Juana.

— Es cierto que la Corte de Valladolid no por ello ha dejado de divertirse. Siguen frecuentes las corridas de toros, lo juegos de cañas, saraos, mascaradas y siempre comidas suntuosas. Se ve el dispendio

por todos los lados, pero a los nobles también les toca el contagio y la muerte por la peste. Algunos han llegado a decir que el clima de Valladolid era insano por la continuada sequía y que posiblemente los pozos artesianos que surtían la ciudad de agua estuviesen contaminados, -explicó la priora-.

— Resulta sorprendente que Valladolid, la Venecia de la Meseta, que ha construido un embarcadero especial en el Pisuerga, no parezca segura para reyes y nobles por causa del agua.

— Es el miedo –confesó la priora- que se ha apoderado poco a poco de la Corte, aunque en otros lugares mueran más cortesanos que aquí.

— Nosotras tampoco estamos exentas de tener miedo porque sabemos que los remedios son ineficaces, meros placebos. Los mismos médicos recomiendan la huida a otros lugares sin peste.

— Nosotras –indicó la priora- como monjas sujetas a unos votos practicaremos la oración y por estos mismos votos permaneceremos en este lugar sin comentar que tenemos la peste en nuestro convento.

Igual que a las monjas en el convento, al pueblo se le mandaba no comentar nada sobre la peste. ¿Por qué se les aconsejaba callar y ocultar la enfermedad? ¿O quizás lo que se quería ocultar era la misma muerte, traidora y sin sentimientos? Miedo a la enfermedad o a la muerte nadie lo sabía. Lo que verdaderamente se temía era la paralización del comercio, el temor a las revueltas y la creencia de que el miedo favorecía el contagio, y por ello se ocultaba aquella siniestra mortandad. También se impedía la entrada de hombres y mercancías de lugares supuestamente contaminados por la peste. Se prohibían los lamentos públicos y hasta el toque a muerto de las campanas para evitar el miedo.

La oración fue el remedio más común y los remedios religiosos. Se compraban indulgencias, se repartían limosnas, se iba todos los días a misa y se implantaban procesiones, rogativas o plegarias de diverso tipo porque se consideraban esenciales. Las ciudades solicitaban indulgencias al Papa y encargaban misas a san Sebastián. Los remedios caseros no dejaban de aplicarse antes y después de las oraciones. Se aplicaban emplastes de hojas de ciertos árboles, se quemaban plantas aromáticas, se le daba de comer a la pestilente carne de ave o de cordero, huevos y pan, y se recomendaba siempre un poco de vino para dar fuerzas. Así mismo se abstenían de relaciones sexuales, si eran con personas mayores, pues se pensaba que estas producían pérdida de vitalidad en el hombre y por tanto lo hacía más vulnerable. Por lo mismo se decía que al realizar el acto sexual había posibilidad de contagio.

El párroco del convento había informado a las mojas con todo detalle de lo que ocurría.

—En Valladolid han contratado barrenderos y limpiadores para retirar de las calles los animales muertos como gatos, perros o ratas. Retiran también las basuras y los cadáveres, sacando de las casas a los enfermos pobres y abandonados, -dijo el asustado cura-.

— ¿Podríamos colaborar nosotras en algo? Con la dispensa del obispo podríamos ayudar al pueblo con arreglo a nuestras posibilidades, -manifestó la priora.

—Es más complicado el tema de lo que parece. Se están tomando precauciones contra la indisciplina callejera y contra los pillajes a los bienes de apestados y los ataques a judeoconversos, leprosos y otros grupos a los que se les hace responsables de la peste, -indicó el sacerdote-.

— ¿Cómo se les pueden echar las culpas a los judeoconversos? ¿Acaso tienen que pagar por todos los males de Castilla?, -manifestó indignada la priora que no quiso escuchar más injusticias-.

Las consecuencias demográficas en Valladolid no fueron considerables. Sin embargo, hubo grupos profesionales donde el contagio fue mayor por el contacto con los apestados. Médicos, clérigos, sirvientes y notarios eran de los más infectados. Le seguían aquellas profesiones que estaban en contacto con ratas o parásitos como carniceros, molineros, panaderos. Los oficios que repelían a las pulgas por el olor como los arrieros, carreteros, pastores o toneleros eran los menos afectados. También los que tenían impregnadas las ropas de aceite como los porteadores y vendedores de aceite se sentían más inmunes.

En aquel convento, cárcel de herejes como Francisca y lugar de sosiego para quienes habían hecho sus votos, también entró el jinete de la muerte como un gigante montado sobre el caballo negro y sobrepasando los muros del convento de manera amenazadora. El deseo de una buena muerte, el ideal de morir en paz con todos, chocaba brutalmente con la peste que se llevaba a la gente por

delante indiscriminadamente y sin apenas tiempo para prepararse. A pobres y ricos la epidemia los arrancaba en un instante de esta tierra, aunque intentasen escapar huyendo de las ciudades y escondiéndose en el campo. Francisca Hernández tampoco tuvo tiempo de huir. Los muros del convento no resistieron los envites del jinete de la muerte y se la llevó al cielo. Fue un simple ahogo de los muchos que tuvo la revelandera y el corazón se paró.

—Dios te lleve en paz, amiga Francisca. En su presencia descansarás. Yo sentiré tu ausencia como si fueras la hija de mis entrañas, porque llegué a quererte como a una hija, - medio musitó la priora mientras sollozaba-.

Francisca Hernández nunca temió a la muerte, pero en sus últimos días un sentimiento de frustración y de fracaso martirizaba su ser por no haber hecho más por los demás. Quizás el sufrimiento mayor era su visión de la muerte como algo inevitable y por el hecho

tener que separarse de tantas cosas, de seres queridos, de actos que habían llenado de vanagloria su vida. Pero la llegada de la peste todo lo había cambiado. El carácter repentino de la peste había hecho que la vida no tuviese ningún valor. De las prisiones tal vez se podía escapar, pero ¿cómo escapar a la muerte poderosa y repentina?

Por las calles de la ciudad también llegó rauda la sombra de la muerte y las calles se llenaron de reacciones de pánico. Se apedreaba al que se suponía causante de todos los males. Se formaban cortejos de gentes flagelándose para expiar sus pecados. Se llenaban las calles de rogativas y procesiones para espantar la muerte que jugaba tramposamente con la vida de los hombres. Las reglas de una vida normal se habían vuelto inciertas y el séptimo sello se abría sin permiso. La pesadilla de la muerte repentina, esa brutal irrupción en este mundo más o menos ordenado, desconcertaba al hombre más seguro y valeroso. Es cuando el horror se instala por todas partes y cuanta más aglomeración más fuerte ataca la muerte, dejando

huérfanos por todas partes, viudas que asisten solas al funeral de sus allegados. Los cadáveres llenan las calles y la gente solo mira cuando oye la campanilla de las carretas que los recogen.

—Sin embargo – confesó la priora- la peste ha traído algo bueno en este tiempo de trasformaciones y reformas. La muerte ha igualado a potentados y menesterosos, poderosos y simples. Nada de ceremonias, de funerales con despliegue de jerarquías y pompas religiosas para los poderosos y los que se creen superiores. La peste vuelve a igualar a los muertos. Todos son iguales en la fosa común porque la muerte es un personaje autónomo y terrible.

—Deberíamos llamar a su entierro algunas de sus amistades, aunque la mayoría están encerradas en las cárceles de la Inquisición, según dicen- declaró la monja de Salamanca, sor María, quien conocía a varios devotos de Salamanca y Valladolid.

Francisca, la beata revelandera, la visionaria del futuro, no fue capaz de predecir el día de su muerte, cuando el caballo bayo se asomó por encima de los muros y las espadañas del convento. La muerte triunfal, que los pintores habían dibujado montada sobre un carro o sobre un león, no dejó a Francisca un momento para la lucha, de enfrentamiento cara a cara, porque era un tiempo perdido de antemano. La pálida muerte fue agresiva y voraz, montada en un símbolo de fuerza y con la rapidez de un corcel cabalgado por el mismo jinete del Hades, tenía la potestad de matar con la peste hasta la cuarta parte de la tierra. ¿Qué podía hacer una revelandera como Francisca ante tanto poder?

La priora comunicó oficialmente a la comunidad que había muerto Francisca.

—Nuestra hermana Francisca Hernández ya está con Dios. Daremos aviso a la Inquisición para que sepa de su muerte causada por la peste.

No tardaron en llegar al convento un gran número de beatas para despedir a una de las más grandes revelanderas. Nadie sabía cómo se habían podido enterar con tanta rapidez. Francisca también fue despedida por algunos frailes. Sin embargo, ni el General de los franciscanos Quiñones, ni el papa Adriano pudo darle su bendición, aunque ambos habían sido sus protectores. El papa Adriano había muerto en 1523 y había sido sepultado en un suntuoso mausoleo diseñado por Badassare Peruzzi. Quiñones, que estaba en Roma, aunque fue informado convenientemente, no mostró ninguna preocupación por la enfermedad y la muerte de la revelandera. Solo se preocuparían las personas con las que, por más tiempo, habían compartido su vida con Francisca. Ella seguiría siendo la

“encarnación más acabada del iluminismo”, el ejemplar más típico de los alumbrados de su tiempo” como algunos habían dicho-.

Francisca había asomado y declarado en todos los procesos de alumbrados y erasmistas-luteranos que tuvieron lugar entre 1524 y 1534, pero nunca perteneció ni al grupo de Alcaraz, ni al de Erasmo. Algunas veces había usado las doctrinas de Alcaraz y Erasmo y también las de Lutero, pero la adopción de ciertas fórmulas que estos reformadores enseñaban fue porque eran útiles para crear el entorno y la atmósfera que convenía a su estilo de vida. Sus fines, entonces, eran del todo ajenos al amor de Dios y el dejamiento de los alumbrados. Ya lo había dicho claramente, Gracián de Alderete, cinco años atrás:

— Francisca es la gran profetisa de nuestro tiempo. Es como Medusa que todo el que la mira se convierte en piedra y por eso es

una gran embaucadora que nos quiere hacer creer que es una santa y mártir.

Si Francisca no era una santa, en ningún modo fue una milagrera vulgar. Ella había sabido aprovechar hábilmente la atmósfera de los ambientes conversos y del iluminismo para impresionar a los más altos dignatarios de la iglesia de Roma. Raras veces empleó las supercherías de las betas revelanderas y solo manifestó sus “dones sobrenaturales” entre sus fervientes admiradores. Entre los teólogos, frailes y sacerdotes cultos supo mostrar de diferentes modos y extraordinarias facultades que sabía cambiar de personalidad y adaptarse a la de cada una de sus víctimas. Hoy en el velatorio del convento estaban algunos de aquellos sus devotos que le habían dado fama y también una vida de lujo y holganza.

La priora divisó al cura Antonio Medrano, que era uno de sus amigos constantes y uno de los más antiguos en su vida. ¿Cómo se había enterado tan rápidamente de la muerte de Francisca?

Francisca había confesado a la priora que Medrano había sido su amor secreto.

—Más que enamorarme, él me sedujo de tal manera que me sentía su esclava física y moralmente. Mezclaba su pasión natural con un espiritualismo tan exaltado que me ayudaba mucho en el oficio de revelandera. Con él, me sentía emancipada de todo principio moral.

— ¿Acaso no te dabas cuenta que te estaba corrompiendo?, -le había preguntado sorprendida sor Teodora-.

—Medrano era un hombre pasional y sensual, pero sobretodo se sentía atormentado y con cierta inclinación a las artes mágicas. Por

eso era mi mejor ayudante. Se prestaba a ejecutar cualquier proyecto mío aunque fuera descabellado y ruin.

—Como el que me contaste de Calero, aquel joven incauto que vendió la casa y os dio todo el dinero de la venta, -añadió la priora-.

—Medrano también se dejó seducir por mí. Yo le entretenía y le dejaba jugar conmigo. Fue tal su idolatría hacia mí, que era incapaz de sufrir la separación física, de manera que tuvo que intervenir la Inquisición muchas veces.

—Te refieres a la acusación del bachiller Pero Martín. Ya me lo habías contado pero no me dijiste de qué os acusó- dijo la priora-.

—En realidad este bachiller solo acusó a Medrano ante la Inquisición, aunque era evidente que yo estaba detrás. Decía que Medrano conversaba con muchas mujeres hermosas, beatas, doncellas y casadas, a quienes abrazaba y besaba, haciendo otras cosas deshonestas. Dice también Medrano – declaraba el bachiller-

que cuando alguna persona va a comulgar, sabe si está en gracia de Dios.

La priora no quiso recordar aquellas barbaridades que la llenaban de cierto estupor y aturdimiento. Cambió la mirada hacia otro lugar para no querer ver a Medrano y vio al profesor Bernardino Tovar que venía a saludarla. Ya lo conocía de alguna visita a Francisca. No entendía tampoco cómo un hombre culto, un fino intelectual y hasta un escéptico en materia religiosa, pudo ser cautivado por Francisca. Esta había confesado también algunas intimidades a la priora, de manera que entendía perfectamente su presencia en el velatorio.

—Con Bernardino fui menos sensual que con Medrano, pero nuestras relaciones no fueron del todo platónicas. Siempre me visitó en Valladolid y tuvimos conversaciones muy espirituales.

—En realidad hablasteis más de Lutero que de vuestra intimidad con Dios, -corrigió a Francisca la priora- pues hiciste que don Pedro

de Cazalla trajese a casa a sus hijos que estaban en la Universidad, porque pensabas que los estaban adoctrinando en las nuevas doctrinas.

—Fue su hermano Juan de Vergara el que más perjudicó nuestra relación queriendo separarnos. Por eso lo descubrí ante la Inquisición como luterano y alumbrado, delatando también a Tovar y María de Cazalla.

Tampoco le gustaba mucho a sor Teodora ver a Tovar. No entendía aquella obsesión enfermiza que desequilibraba a hombres de talla intelectual y espiritual como Tovar, pero que se dejaban seducir por unas faldas y una mirada bonita. La priora caminó hacia la entrada del convento para ver sus alrededores y la gente que llegaba al entierro.

Allí encontró muy desmejorado a fray Francisco Ortiz. Se veía que era un hombre que sufría por dentro porque también había amado a

Francisca sobre manera, pero sobre bases de absoluta pureza. Ella era la hermana del alma, la santa madre inspiradora de perfecciones que elevaban y perfeccionaban al joven y gran predicador que era Francisco Ortiz. Solo por admiración exaltaba a la beata y se identificaba completamente con ella. La comparaba con la santa Catalina de Siena. Francisca había sabido identificarse con la santa de Siena de tal manera que la imitaba conscientemente con todo lujo de detalles. Pocos conocían las dotes de actriz que tenía Francisca, sabiendo confundir a Fray Francisco Ortiz y hacerle creer hasta siete milagros propios, aunque Francisca con modestia dijera que "nadie se había de maravillar de las obras de Dios".

Indudablemente en aquel entierro no hubo ninguno de los alumbrados-luteranos. Alcaraz fue instado muchas veces por Ortiz que visitara a la santa beata, pero se negó a hacerlo. La consideraba un ser nocivo que enseñaba doctrinas contrarias a la verdadera piedad.

—Francisca se vale de la “libertad de espíritu” que tenemos estos días, para gozar mejor de los bienes nada espirituales, -le había dicho a la cara Alcaraz a Ortiz.

— ¿Acaso no entiendes que Francisca puede ser la genuina precursora del movimiento de Reforma en España? -señaló Ortiz incomprendido.

— ¿Acaso no te das tu cuenta, Ortiz, que la libertad evangélica que tenemos los alumbrados, nada tiene que ver con la sensualidad de Francisca y sus devotos? ¿Acaso no ves que el Santo Oficio usa a Francisca tan solo por su utilidad y eficacia en denunciar a todos nosotros por tener opiniones de alumbrados y de Lutero?

Posiblemente todos ellos estaban en las cárceles secretas esperando ser condenados. Francisca y Diego Hernández habían sido los delatores de aquellos círculos evangélicos. A ella le hubiese gustado reconciliarse con todos ellos, pero siempre la muerte deja a los

hombres sin hacer completamente los deberes. Reconocía que, en sus últimos días, los luteranos habían sido la voz de su conciencia y, sus consejos, el motivo de su conversión.

La priora saludó a Ortiz y agradeció su presencia. Ortiz era una persona muy tierna y la priora sabía tocar las fibras más íntimas en aquellos momentos de desgracia o de muerte como era el caso.

— La beata Francisca Hernández habló muy bien de vuestra merced –confesó la priora al angustiado Ortiz-.

—Me pasan tantas cosas por la cabeza recordando a Francisca que solo podría decir que sentí pasión por esa santa mujer.

—Me dijo que desde muy joven te había conocido a través de uno de los franciscanos que mandaba el provincial fray Sahagún para visitar a Francisca y sacar provecho de su conversación.

—Habíamos oído hablar de las maravillas de la beata de Valladolid y de los milagros que hacía con solo bendecir los

cordones que los monjes enfermos llevaban. Quise conocerla y fui en peregrinación a Valladolid. Allí tuve que esperar siete días a que me pudiera recibir y en vano me presentaba porque parecía estrechamente vigilada por la policía. Se negó a recibirme. Cuando finalmente se abrió la puerta para mí, quedé prendado de ella,- confesó nostálgico Ortiz-.

La priora sonrió su inocencia y no fue capaz de morderse la lengua y callar lo que ella conocía de la intimidad de Francisca; por eso le declaró a bocajarro:

— ¿Acaso tanta espera no fue una estratagema de Francisca para atraerle mejor y hacerle caer en sus redes?

Ortiz quedó sorprendido que esta priora creyese como Alcaraz, el predicador laico del duque de Villena, que Francisca tenía un punto más de astucia que el mismo diablo.

— Yo quedé cautivado por aquella mujer con cara de niña, pero también, tras cinco horas de conversación, me aseguró que había entrado en su casa guiado por la mano de Dios. Cuando nos despedimos, me dio un cordel bendecido por ella que pronto me quitó la enfermedad que por tantos años había luchado con gran vergüenza. Para mí fue un milagro tan grande como los que hizo Jesucristo y Santo Domingo, -confesó Ortiz sumergido en la misma candidez de siempre-.

La priora no tenía tiempo para polemizar con Ortiz, al que de ninguna manera convencería. Era tal la extraordinaria impresión desde la primera vez que la vio, que en el proceso levantado por la Inquisición aparecieron todas las nuevas palabras que él había dedicado a Francisca. La santa beata revelandera y visionaria era también "la verdadera sabiduría" que ninguna escuela de París o Lovaina, sino solo el "Paraíso" puede enseñar.

—Había buscado en otros lugares personas espirituales para que me ayudasen a encontrar el verdadero camino, pero fue Francisca la que me dio la paz que buscaba. Ella fue la inspiración de todos mis sermones –seguía repitiendo el inocente Ortiz-.

La priora no quiso escuchar aquel nudo de mentiras que una tras otra le repelían. ¿Cómo iba a saber Ortiz que ella estaba enterada de todas sus relaciones con la beata? Que últimamente, para que no visitase a Francisca, tenía oposición y se le ponían toda clase de impedimentos a Ortiz por parte del guardián Barnabás de San José de los Reyes y del guardián Fray Guinea del convento franciscano de Valladolid donde Ortiz residía durante las visitas a Francisca. Que hasta le habían prohibido verla y por eso la habían mandado a Castillo Tejeriego a casa del comandante Bernardino.

Sabía la priora que Ortiz era incapaz de soportar la ausencia de Francisca y por eso tenía visiones donde esta aparecía en forma de

ángel que se elevaba sobre el suelo y le miraba a los ojos. No pudiendo separar a Ortiz de Francisca, la Inquisición había ideado un plan para detener a Francisca y arrestarla. Con el arresto se lograría que Ortiz cometiera algún desliz, conociendo la extraordinaria veneración que sentía hacia ella. Así fue como pudo decir todo lo que dijo en un sermón en Guadalajara, proclamando desde el púlpito que Francisca era la esposa de Dios.

Lo que no sabía la priora es que Francisca ya no era un problema para Ortiz. Ya no le perturbaba después de haber pasado algunos años encarcelado. Había hecho un heroico esfuerzo para vencerse a sí mismo, renunciar a todo y sujetarse a la voluntad de Dios. Había reconocido sus errores y ahora se sentía en paz de una manera distinta. Todo parecía haberse desvanecido, sin dejar huella en su alma. Aquel sentimiento de amor hacia Francisca lo guardaba para él solo, sin que le doliese, y recordó sus propias palabras como un galimatías:

—" Puso Dios para mi alma, en este su siervo, un no sé qué y si sé qué (que sé lo sentir y no lo sé fablar) que en su bendita memoria es mi corazón despertado a divino amor, de arte que me es su memoria como aguja del Norte"

Tampoco sabía la priora la sentencia condenatoria de Ortiz. Debería marchar con antorcha en la mano desde la cárcel a la catedral y allí abjuró de vehementi. Le suspendieron las funciones de sacerdote por cinco años y se le recluyó en el convento de Torrelaguna por dos años. No fue una cobardía su retractación, ni una desintegración de su personalidad por la presión inquisitorial, sino que su deseo era permanecer en paz en monasterio de Torrelaguna a pesar de las ofertas del Almirante de Castilla para que fuese a su palacio. Allí permanecería hasta su muerte gustando del reposo que Dios le daba, meditando y escribiendo largas cartas. Solo sería interrumpido en contadas ocasiones y una de ellas fue el entierro de Francisca.

Aquellos tres hombres, Medrano, Tovar y Ortiz, enamorados de Francisca eran el único espectáculo de este mundo digno de ofrecer a los dioses, como había dicho un filósofo. Algo de razón tenía el filósofo porque el único y soberano Dios no podía tolerar la idolatría de aquellos personajes con sentimientos desbordados de adoración hacia Francisca. La vida trae a veces brisa ligera, palabras que sólo son palabras, íntimos coloquios de enamorados bajo los olivos, pero los sentimientos de estos tres hombres desgarraban esa intimidad y la deformaban. ¿Cuándo entenderían el Mandamiento de "solo al Señor tu Dios adorarás y a Él solo servirás?

La priora, sor Teodora les dio permiso para que portasen a Francisca hasta el panteón escavado cerca de un ciprés en el cementerio del convento. Quería que se diesen cuenta estos amantes personajes que aquella devoción por la beata no pasaba de ser la de un cadáver para la tumba y la tierra. Lo importante era que Francisca

había encontrado la verdad de Dios y quizás la muerte le había llamado en el mejor momento.

Las beatas visionarias y plañideras querían comenzar su fiesta de despedida a Francisca, quien había sido la más excepcional de todas ellas. Su retahíla de oraciones, sentimientos divinos, suspiros devotos, "ora pro nobis" y devociones iba subiendo de tono hasta que el murmullo se convirtió en griterío. Sor Teodora no tardó en frenar aquella parafernalia y con habilidad les explicó la necesidad del silencio:

— En este convento debemos estar en silencio, aunque haya excepciones como hoy. Pero, sobre todo, recojamos en el alma todo lo que dice el silencio de los muertos. No debemos reflejar tamaña tragedia, tanta desesperanza, tanto dolor y ese frío de muerte que invade y paraliza, cuando nuestra esperanza debe de estar más allá de la tumba.

Todos se dieron cuenta que la memoria de Francisca no debía estar teñida de tristeza. Habían visto en cada rostro el espejo del dolor y el escalofrío que recorría el cuerpo por aquella partida, pero la vida seguía, aunque fuese a trompicones. Solo había que aprender, ante la muerte repentina de la beata, lo frágiles y vulnerables que somos los seres humanos. El silencio de la tumba a todos les recordaba cuánto daño estamos propiciando con nuestras ansias de gobernar y manipular lo humano y lo divino. Lástima llegar al silencio para darnos cuenta que debemos rectificar y ajustar nuestra mirada en las cosas de arriba. Porque nadie es inocente, vivir nos hace culpables. No hay justo un aún uno. Pero cada uno de nosotros está en la tierra para descubrir su propio camino, y jamás seremos felices si seguimos el de otro.